George Ticknor.

SUUM CUIQUE.

Accessions 115471

Shelf No. D. 155.20 Vol. 2

SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.

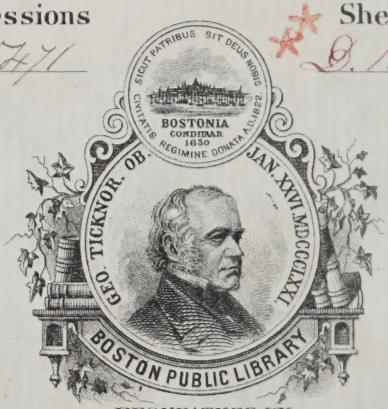
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI. MDCCCLXXI.

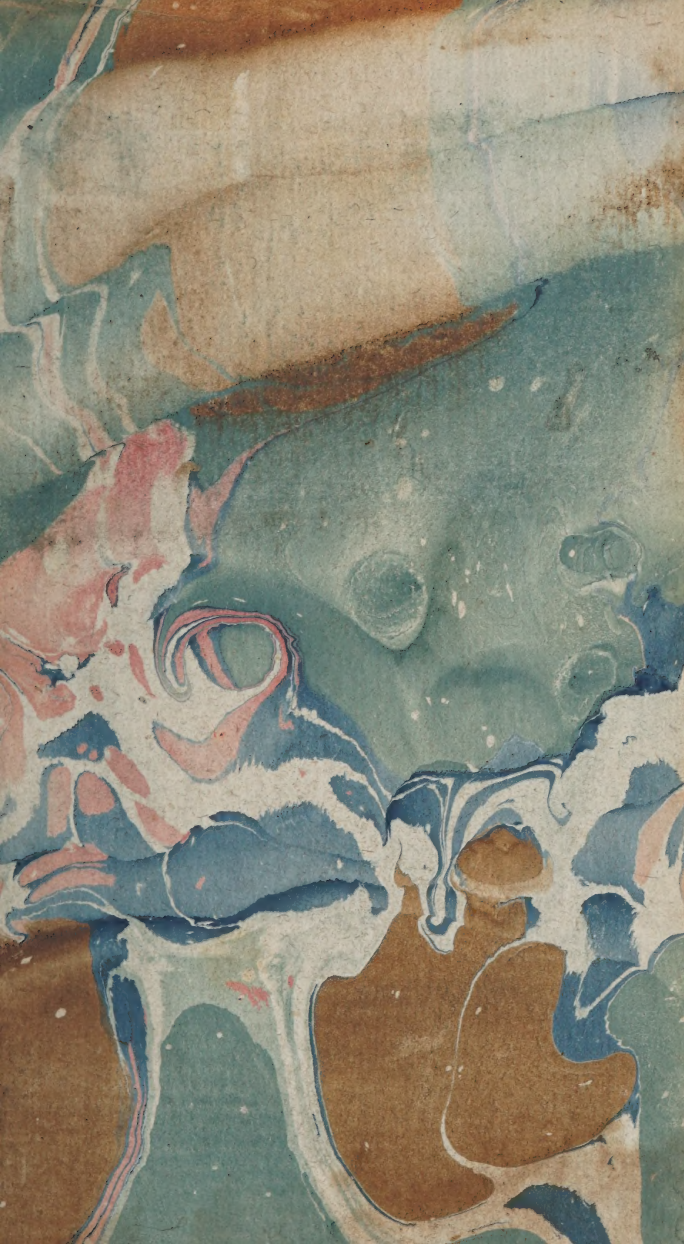
BOSTON PUBLIC LIBRARY

BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Recd. Apr. 26th 1871.





E. 6. a.

OBRAS POÉTICAS

DE

DOÑA MARIA ROSA GALVEZ DE CABRERA.

TOMO II.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1804.

D.153
'20
v.1.2

ADVERTENCIA.

Las tragedias que ofrezco al público son fruto de mi aficion á este género de poesía, y de mi deseo de manifestar, que la escasez que en este ramo se advierte en nuestra literatura, es mas bien nacida de no haberse nuestros ingenios dedicado á cultivarlo, que de su ineptitud para haber dado en él pruebas de su fecundidad. En efecto, hasta ahora casi se puede decir que no tenemos una tragedia perfecta; pero ¿cómo las ha de haber en una nacion, que recibe con poco gusto estos espectáculos, y cuyos actores huían no hace mucho al solo nombre de tragedia de exponer al público este género dramático, que hace las delicias, y constituye la mejor parte del teatro de otras naciones cultas? A la verdad en estos últimos tiempos parecia que iba mejorando la suerte de la tragedia en España: se han representado algunas con aceptacion; pero por desgracia no podemos hacer gloria de ella, porque solo se

han aplaudido las extrangeras. No es mi ánimo inquirir si el serlo puede haberlas dado mejor suerte en el público; pero es indudable que en las de otro pais se disculpan los defectos, y se exâgeran con entusiasmo las bellezas, al paso que en las originales no hay la menor indulgencia, lloviendo críticas, y aun sátiras indecentes sobre qualquiera que se atreve á emprender esta dificultosísima carrera. Nada importa que la primera composicion del gran Racine, de Corneille, y otros trágicos Franceses hayan sido detestables: á ellos se les disculpa de no haber llegado desde el primer ensayo á la perfeccion; pero el miserable Español que se atreve á escribir una tragedia ¡triste de él! Aunque haya en ella primores que compensen sus defectos, aunque prometa para lo sucesivo el ingenio del autor alguna considerable mejoría; no hay remedio; se critica, se satiriza; en una palabra, se le hace escarmentar, ó acaso maldecir la negra tentacion en que cayó de escribir original, y no traduccion. De aquí es, que hay un diluvio de traductores, y por milagro un ingenio. Sea dicho

sin ofender á nadie: es muy difícil traducir bien; pero hay tanta diferencia de esto á ser poeta, como la hay de iluminar una estampa, á abrir la lámina para tirar la misma estampa. Sin embargo, hoy vemos con extrañeza, que qualquiera que traslada á mala prosa española los dramas extrangeros, se cree ingenio, y aun se atreve á desacreditar á los verdaderos poetas originales (que algunos hay), valiéndose para dar mas importancia á su trabajo de exâltar las composiciones de otros paises, y deprimir las nuestras. Como si Apolo hubiese negado su influencia á la nacion que produxo los Lopes, los Calderones y los Moretos, y se necesitase para subir al parnaso escudarse de producciones extrangeras. Pero en vano es cansarnos. La misma nacion, los mismos compatriotas del ingenio español estan contagiados de esta epidemia de predileccion á los extraños, y desprecio de los propios. Y no es porque entre aquellos sea todo excelente: hay entre sus composiciones, buenas unas, otras malas, y tambien pésimas. Pero en ellas por una sola escena buena, se sufren cinco actos insulsos y

lánguidos: por un solo carácter trágico se pasan muchos que no lo son; y ¡quántas veces se graduan de perfecciones sus defectos! Al contrario, un drama original no puede tener una situacion, un verso, un descuido que se tolere: todo ha de ser perfecto; y si esto llegase á verificarse, que no es fácil, aun dudo si mereceria el entusiasmo y los aplausos que se tributan á los extrangeros. En esta época salen á luz estas tragedias, que son originales, y sea qual fuere su mérito, solo son produccion de una muger española: nada hay en ellas traducido, nada hay tomado sino de la historia ó suceso que ha dado asunto al drama. Por conseqüencia puedo llamar mias estas composiciones con harto mas fundamento que los traductores, que se envanecen por el suceso de sus tareas en el tearo, sin reflexîonar que los elogios públicos en semejantes representaciones ó son al verdadero autor, ó mas bien al desempeño de los actores; quedando solo para el traductor el interes pecuniario, injustamente asignado por lo regular á un trabajo, que solo puede serlo para aquellos cortos ingenios, que

nada son capaces de inventar por sí, y necesitan hallarse los pensamientos, la accion, el órden, y en una palabra, hallarse la obra compuesta para poder hacer algunos pinitos en la cuesta del parnaso. Atrevimiento es en mi sexô, y en estas desgraciadas circunstancias de nuestro teatro, ofrecer á la pública censura una coleccion de tragedias; pero espero que se me disculpe por el buen deseo que me estimula á promover ó excitar los ingenios españoles, para que despreciando, como es justo, la mordacidad de los miserables, que les hacen tan indecente guerra, publiquen sus obras dramáticas. En las mias faltará mucho para la perfeccion; pero el sexô, y las continuas ocupaciones, y no vulgares penas que acompañan mi situacion, no me han permitido limarlas con mas escrupulosidad; ni yo creo que por haberlo hecho adelantaria mucho; puesto que tal qual sea su mérito, es mas bien debido á la naturaleza que al arte, con que no me ha sido muy fácil adornarla. Ni ambiciono una gloria extraordinaria, ni puedo resolverme á creer tanta injusticia en mis compatriotas,

que dexen de tolerar los defectos que haya en mis composiciones con la prudencia que juzgo merece mi sexô. Si me engaña esta esperanza; estoy bien segura de que la posteridad no dexará acaso de dar algun lugar en su memoria á este libro, y con esto al ménos quedarán en parte premiadas las tareas de su autora.

SAUL.

ESCENA TRAGICA UNIPERSONAL CON INTERMEDIOS DE MUSICA.

El teatro representa un valle cubierto de armas, despojos y cadáveres, que auncian haberse dado una batalla sangrienta. La vista de los montes de Gelboe rodea la escena. Al levantarse el telon la música marcial y estrepitosa acompaña la salida de los guerreros de Saul, que combaten con los Filisteos, y despues de alguna resistencia huyen precipitados, y aquellos los siguen. Saul sale cubierto de polvo, desnuda y ensangrentada la espada y vestidura: en el momento que él aparece cesa la música.

SAUL.

Cobardes, esperad: Saul os llama:
Suspended vuestra fuga vergonzosa;
¿Así cedeis el triunfo al Filisteo?.....
¿Mas con quién hablo?.... Todos me abandonan:
Todos de un vil temor arrebatados
Huyen la muerte, y buscan la deshonra.
En vano mi valor por evitarla

Agotó sus esfuerzos; la victoria
Consigue á mi despecho el enemigo,
Y del laurel sus sienes se coronan....
No hay remedio: perdióse para siempre
Ya de Judea y de Sion la gloria:
Su honor, su Rey, su Dios, el pueblo Hebreo
Desampara medroso, y la afrentosa
Vida prefieren á la ilustre muerte.
¡Oh dia de ignominia y de congoja!
Dios de Israel ¿qué es esto? ¿Así permites
Que la nacion infiel que te desdora
Triunfante humille al escogido pueblo?
¿Los protege tu diestra poderosa
Para que me confundan, y aniquilen
A las humildes tribus que te adoran?
¿No soy yo aquel Saul por tu decreto
Destinado á lograr la regia pompa,
Y entre millares de varones justos
Buscado en Israel? ¿No soy quien goza
De ungido del Señor el sacro nombre?
Pues ¿cómo tu justicia vengadora
Me condena á la afrenta, y en el seno
De una desolacion tan espantosa
Sepulta en solo un dia para siempre
Mi esplendor, mi exîstencia y mi memoria?
Tu justicia.... ¡qué digo! ¡ah miserable!
¿Cómo mi labio sin temblar la invoca?
Ella es la que destruye mi grandeza;

La que en la humillacion mi audacia postra;
Y su poder, lanzándome del trono,
Mi soberbia altivez presuntuosa
Castigando severa hunde en la nada.
Piedad, gran Dios: si fue merecedora
De tu enojo mi impia inobediencia;
Si ha podido olvidar mi ambicion loca
Tus preceptos, y hollar tus santas leyes,
Satisfaga, Señor, mi vida sola
El eterno anatema; yo os imploro
Riguroso y terrible; me es odiosa
Esta exîstencia de dolor y oprobio,
Que mi tormento y mi rubor prolonga;
Lanzad un rayo ardiente; aniquiladme
En este campo en que perdí mi gloria [1].

Acabada la música continúa.

No hay muerte para mí: Dios me desdeña
Hasta para el castigo. Entre estas rocas
Vencido y solo, acaso me reserva
Para la esclavitud mas afrentosa:
No será, no.... Sigamos al contrario;
Busquemos en sus huestes vencedoras
Una muerte, que eterno haga mi nombre [2].
Pero ¡qué escucho! La guerrera trompa

1 Queda apoyado en un bastidor; intermedio de música, fuerte al principio, y al concluir patética.

2 Los seis versos siguientes trompas á lo léjos, que no impidan oir la representacion.

Resuena en las cavernas de este monte,
Anunciando mi afrenta y su victoria [1].
Ya se retiran; desde aquí descubro
El tumulto lejano de sus tropas,
Que entre el polvo fugaz desaparece [2];
Y de la noche las funestas sombras,
Cayendo de los montes á los valles,
Parece que descienden presurosas
Para impedir que logre mi despecho
El fin de mi exîstencia ignominiosa.
¡Qué espantoso silencio! Sus horrores
Aumentan las angustias que me acosan:
Ellos me representan el destrozo
De mi infelice pueblo; en mi memoria,
Que es mi mayor verdugo, está grabada
Del combate la imágen horrorosa.
¡Ah! yo he visto las tribus de Judea,
Fieles á su Monarca, á mi voz prontas
Combatir el furor del Filisteo,
Frente haciendo á sus hustes numerosas.
Yo las he visto en lid desesperada,
Por defender mi vacilante gloria,
Perecer con las armas en la mano:
De su valor testigos estas rocas
Serán eternamente; en este monte
Donde de sus cadáveres las formas

1 Mirando adentro.
2 Empieza á obscurecer el teatro.

Destrozadas se ven por todas partes,
Los invencibles de Israel reposan.
Hé aquí sus armas con su sangre tintas;
Mas allá mutilados se amontonan
Sus cuerpos, y sus miembros palpitantes,
Que horrendas haces en el valle forman;
Alguno osado en su postrer momento
Esgrimia la espada vengadora,
Y aun despues de morir el fuerte brazo
Conserva helado la actitud briosa:
Otro espiró arrastrándose en el polvo
Para seguir la huella vencedora
De su enemigo; y otros.... ¡ah! sus ayes [1]
Manifiestan sus últimas congojas:
Mueren en este instante, y mis oidos
Hieren con sus angustias pavorosas [2].

Acabada la música continúa.

¡Oh infelices! no puedo socorreros;
Pero al fin vuestra suerte es mas dichosa
Que la de aquellos, cuya infame fuga
Su patria vende, y su valor desdora.
Fuga.... ¿Y adónde irán envilecidos,
Que la fama, del tiempo precursora,
No publique en su oprobio á las edades
Su torpe miedo, su fatal deshonra?

1 Desde aquí empieza piano la orquesta el intermedio de música, que sigue.

2 Música que imite los lamentos de los heridos.

Vivirán los cobardes, y testigos
Serán de las desgracias que ocasionan.
¡Ah! de Jerusalen verán postrados
Los fuertes muros; la ciudad señora
De las gentes, rendida al Filisteo,
Sufrirá su arrogancia destructora:
En vano al templo la inocente vírgen
Correrá desolada; la furiosa
Espada del contrario allí la alcanza,
Y al pedirle piedad, feroz la inmola:
El tierno niño morirá en los brazos
De su madre infeliz, que en su congoja
En vano expondrá el pecho á la cuchilla,
Por salvar á su hijo; en triste hora
Fue fecunda; la sangre que defiende
Corre mezclada con la suya propia:
Temeroso el anciano baxo el peso
De la edad respetable, que lo agovia,
Inútilmente á vista del peligro
Clemencia pedirá: la horrible antorcha
Por la enemiga mano conducida
En tanto girará con luz medrosa
Por la triste ciudad, y sus reflexos
Harán brillar las armas que no embotan
Gemidos, ruegos, llanto ni clamores.
¡Ah! Yo los oigo.... ¿Y quién los ocasiona
Sino mi culpa? Es ella la que ofrece
A mis ojos el quadro que me asombra.

Jerusalen, yo veo tu exterminio;
Y que ardiendo en la llama pavorosa
Que encendió el Filisteo, á sus furores
Sus altos edificios se desploman.
Así en muerte y horror todo se abisme;
Todo perezca; así la tierra toda
Pudiera en este dia aniquilarse:
Dios vengador, no exîstan mas tus obras;
Vuelva á reynar el caos, y mi afrenta
La destruccion universal esconda [1].

Acabada la música continúa.

¡Oh dia de terror, amanecido
Por mi fatalidad! Campañas roxas
Con la sangre de tantos infelices
Iluminó tu luz; en breves horas
Ví en tu giro el estrago de mi pueblo;
Ví desaparecer mi augusta pompa
En tan corto periodo; y porque sea
Mas el dolor que el pecho me destroza,
Hasta mis hijos, mis amados hijos,
Feneciéron tambien en mi derrota.
¡Oh caro Jonatas! ¿por qué tu vida
Fue de mi vida escudo? ¿Por qué heroyca
Tu espada en defenderme se obstinaba?
Muriendo era mi suerte venturosa.
¡Oh feliz tú mil veces, que esgrimiendo

1 Intermedio de música fuerte.

El vengador acero en la espantosa
Lid, de los enemigos destrozados
Con noble brio tu sepulcro formas!
Tumba de honor labráron tus hazañas;
Y en la inmortalidad al fin reposas
Dichoso al espirar; mas tus hermanos,
Si fatal suerte su vivir prolonga,
Del vencedor esperan ser despojo,
Esperan muerte obscura y afrentosa.
Los hijos de Saul, los herederos
Del trono de Israel, en su deshonra
¿Serán tristes objetos del escarnio
De un contrario orgulloso, cuya mofa
Aumentará sus bárbaros suplicios
Insultando sus últimas congojas?
¡Oh dolor! Y si viven.... ser esclavos
Es su destino. Hé aquí las engañosas
Esperanzas felices, que en su infancia
Alhagáron por siempre su memoria:
Hé aquí de la grandeza de su padre
El fruto amargo que inocentes logran:
¡Ah! ¿Por qué en la batalla, en la sangrienta
Lid, que de mi fortuna me despoja,
Todos con Jonatás de honor cubiertos
No adquiristeis muriendo eterna gloria?
Y ¿por qué, si Saul fue delinqüente
Perdonando á Amalec, su culpa sola
Participar os hace del castigo

Con que el Dios de Israel mi altivez postra?
¡Hijos de mi desdicha! yo pensaba
Dividir con vosotros mi corona;
Y ya en la esclavitud desamparados
La dura muerte vuestro labio implora.
¡Qué abatimiento, ó Dios! Yo desfallezco:
La fatiga.... esta idea que me asombra....
¡Oh imágen de dolor!.... Un solo instante
Da treguas á la pena que me ahoga [1].

Acabada la música continúa.

No hay duda: fue mi solio; fue mi reyno;
No queda aun la esperanza mas remota
De alivio á mi desgracia: en solo un dia,
¡Ah! como el cielo todo lo trastorna.
¿Y no podrá Saul sin ofenderlo
Acabar con su vida ignominiosa?
No puede sin hacerse mas culpable [2].
A lo ménos busquemos en las hondas
Grutas de esta montaña alguna fiera,
De este vasto desierto habitadora,
Que en partes mil mi cuerpo destrozando
Conmigo sea en su furor piadosa....
Pero ¡ay de mí!.... Mis plantas vacilantes
Apénas me sostienen.... la penosa
Lid.... el cansancio.... en vano en esta espada

1 Se sienta sobre unas piedras. Intermedio de música patética.

2 Se levanta.

El débil paso mi valor apoya.
¡Oh quál es mi agonía en este instante!
La eternidad, del hombre aterradora,
Parece que anticipa mis tormentos
En medio de esta selva tenebrosa.
Si pudiese mi acento.... Es imposible:
En esta obscuridad solo las rocas,
Los helados cadáveres me escuchan;
A mi voz mudos, á mis quejas sordas.
Sin duda que la muerte en este sitio
Debo esperar, supuesto que me estorba
Que la busque mi propio abatimiento;
Dios en este momento me abandona
A mi mismo; me acuerda mis delitos,
Y los remordimientos me devoran.
¡Ah David! De mi inmensa desventura
Gozará tu ambicion; hé aquí la hora
De tu triunfo: Saul morirá en breve....
El infernal espíritu me acosa,
Que ahuyentaba otras veces la armonía
Celestial de tu harpa encantadora:
Él para atormentarme me presenta
La horrible imágen de mis culpas todas;
Este espiritu impuro ante mis ojos
Te conduce, David, de mi corona
Adornada tu frente, rodeada
Del pueblo de Israel, que mi memoria
Maldice, y te tributa bendiciones:

Los himnos, que celebran tus victorias,
Y causáron mi envidia, entre el aplauso
De tu dicha las vírgenes entonan;
Sí: mi envidia los tiene bien presentes
Esos odiosos cánticos; ahora
Mas que nunca me afligen sus recuerdos;
Sí: mas que nunca tu futura gloria
Mi desesperacion y rabia aumenta;
En mi postrero instante la ponzoña
Del odio, que en mi pecho te conservo,
Mas que mi afrenta mi soberbia postra [1].

Acabada la música continúa.

David será felice sobre el trono
De Judea; el Eterno su persona
Eligió para el solio.... ¿y por qué causa
Su fortuna ha de ser tan á mi costa?
¿Por qué para elevarlo me destruye?
¿Acaso á su justicia poderosa
No tributó Saul adoraciones?
O Dios, mi rendimiento á todas horas
Sacrificó en tus aras; tus ministros
Imploráron tu auxîlio en la dudosa
Suerte de esta batalla, ántes de darla:
Mas tú, sordo á sus ruegos, me abandonas
A las iras de un pueblo que te ofende;
La injusta preferencia de que goza

1 Se sienta. Intermedio de música.

David contigo ha dado al Filisteo
Contra los hijos de Israel victoria.
Héme al fin hecho víctima infelice
De tu poder: en este instante toda
Mi desdicha la causa tu decreto.
Si es que acusa tu saña poderosa
Mi desesperacion; Dios implacable,
No te ofendo tampoco, ella es tu obra:
Dexa que clame en mi postrer momento
Contra tí, pues mis males ocasionas.
En tu cólera, ó Dios, me has reprobado:
¡Ah qué furor mi corazon devora!
Me has reprobado, sí; yo llegué á oirlo,
Quando invocando la funesta sombra
Del Profeta Samuel en mi abandono,
La fuerza de un conjuro abrió la losa
De su helado sepulcro; y no fue crímen
En mí turbar la paz en que reposa:
Pues si el Señor callaba á mis clamores,
¿Qué mucho que á una infame encantadora
Pidiese que voz diera á aquel cadáver?
Recuerdo con horror su aterradora
Prediccion, y los ecos lamentables
Que en gemidos saliéron de su boca:
» ¿Por qué, dixo, perturbas mi descanso?
» Saul, el Omnipotente te abandona,
» Y á tu rival David piadoso ampara;
» A sus sienes destina tu corona.

„ El Señor te mandó que aniquilases
„ La raza de Amalec, tú la perdonas;
„ Y su justicia aniquilarte debe:
„ Al nuevo dia en esta misma hora
„ Serás conmigo."..... Sí.... seré contigo,
Fantasma, que anunciaste mi deshonra.
¡Ah! sí: ya estoy contigo.... te estoy viendo
Mostrar sobre tu frente pavorosa
El placer que te causa mi infortunio:
Tu rostro, que la muerte descolora,
Distingo ensangrentado; y en tus ojos
Brilla un fuego divino que me asombra....
¿Qué vas á proferir? El labio sella:
Aléjate, no aumentes mis congojas. (tendes?
¡Qué horror!... ¿Aun me persigues? ¿Qué pre-
Quita, espectro cruel... De tu espantosa
Vista iré huyendo yo... lo intento en vano:
Tú lo impides: ¿por qué mi fuga estorbas?
¿Qué señalas?.... ¿Mi regia vestidura?
Mirala tinta con mi sangre propia:
Con la de mi enemigo victorioso,
Que con su esmalte mi valor pregona.
¿Quieres que de este honor muera privado?
Bárbaro.... ya mi mano me despoja [1]
De este adorno: tu helada planta huelle
Mi altanería en esa vana pompa....

1 Se quita el manto y corona, y lo arroja.

Pero no.... es este acero el que señalas.
Te comprendo: presente en mi memoria
Está tu vaticinio.... » Al nuevo dia
Reposarás conmigo."..... Hé aquí la hora:
Ya lo voy á cumplir.... Pero ántes sabe,
Que ni tu Dios ni tú, implacable sombra,
Postrareis mi soberbia.... y que ha triunfado
Del valor de Saul su espada sola [1].

1 Se atraviesa con ella. Cae el telon.

SAFO.

DRAMA TRAGICO EN UN ACTO.

ACTORES.

SAFO, *poetisa griega.*
CRICIAS, *sacerdote de Apolo.*
FAON, *su hijo.*
NICANDRO, *amante de Safo.*
ARISTIPO, *segundo sacerdote.*
Comparsas de { *ministros del templo.* / *marineros griegos.* / *pueblo de Leucadia.*

La escena es en la isla de Leucadia. A la derecha se ve la roca del mismo nombre, desde donde se precipita Safo. Al lado opuesto vista del templo de Apolo con puertas practicables. En el foro mar tempestuoso. La accion empieza de noche. Se oyen algunos truenos. Las nubes se disipan, y el teatro se aclara segun dicen los versos, hasta quedar iluminado enteramente por la salida del sol.

ESCENA I.

SAFO *sentada en una piedra inmediata al templo.*

SAFO.

Noche desoladora, fiel imágen
De mis continuos bárbaros tormentos;
No cese tu rigor, no tus furores:
El hórrido silbido de los vientos,
El rayo desprendido de la esfera,
El ronco son del pavoroso trueno
Halaga un corazon desesperado.
¡Ah! perezca en tu horror el universo [1].
Perezca la morada que mantiene
Al hombre entre los hombres mas perverso:
Anegale en tus aguas, mar undoso;
Y entre tus ondas su cadáver yerto
Suba al olimpo, y del olimpo baxe
A sepultarse en el profundo aberno [2].
Mas tú te calmas; ¿eres insensible
A mi fatal plegaria, á mis lamentos?
Eres como Faon.... ¡Ay! ni su nombre
Piadoso vuelve á repetir el eco.
¡Espantosa quietud! Todo enmudece,
Y al tormentoso horror sigue el silencio.

1 Se levanta. 2 Empieza á serenar.

Las negras furias que mi amor persiguen,
Me privan hasta el bárbaro consuelo
De ver el orbe vacilar al choque
De los embravecidos elementos [1].
Vecina el alba volverá á la tierra
El marchito verdor; plácido el cielo
Ofrece al fin serenidad y vida.
Hoy, por la última vez, el firmamento
Verán mis ojos de llorar cansados.
Sol, apresura tu brillante vuelo;
Verás á Safo en su postrera angustia
Perecer, ú olvidar su ingrato dueño [2].

ESCENA II.

SAFO. CRICIAS. ARISTIPO. *Comparsas por la puerta del templo.*

CRICIAS.

Corre, Aristipo; la extendida costa
De Leucadia registra: que tu zelo
Logre salvar las miserables vidas
De algunos naufragantes extrangeros:
Víctima puede ser un hijo mio
De las iras del mar.

1 Se empiezan á disipar las nubes.
2 Queda apoyada al bastidor.

ARISTIPO.

Ya te obedezco;
Calma tus inquietudes entre tanto.
Vamos por la ribera, compañeros;
Y que iluminen las ardientes teas
Miéntras el sol nos niega sus reflexos [1].

CRICIAS.

Venid vosotros por la orilla opuesta.

SAFO.

¡Ay Faon!

CRICIAS.

Escuchad. ¿Ese lamento
El nombre de Faon no ha pronunciado?
Entre estas rocas alumbrad. ¡Qué veo!

SAFO.

Apartad esa luz [2].

CRICIAS.

Infeliz Safo,
No rendida al dolor con tal extremo
Aumentes tu desdicha. Poco falta
Para que libre de ese amor funesto
Recobres la quietud. ¿Puedes acaso
Por insultar la cólera del cielo,
Vagando entre las sombras espantosas
De esta noche de horror, de tu fiel pecho
A Faon arrancar?

1 Se va con parte de los comparsas.
2 A los comparsas que se retiran.

SAFO.

Por piedad, Cricias,
Déxame: y no repitas del perverso
El nombre odioso.

CRICIAS.

¿Tú le nombrabas?

SAFO.

Sí; porque se aumentase mi tormento.

CRICIAS.

De olvidar ó morir, Safo, en tu mano
La eleccion tienes: todo está dispuesto
Para cumplir tu voto; el sacrificio
Que has de ofrecer en el sagrado templo;
Las barcas velocísimas que formen
Del alto promontorio el ancho cerco;
Los nadadores que al socorro tuyo
Lanzarse deben; y el ansioso pueblo
Que ser testigo de tu gloria espera:
Todo á cumplir te obliga el juramento
De renovar la fama de Leucadia
En el orbe y los siglos venideros.
Pero si dudas, si el peligro temes....

SAFO.

Sacerdote de Apolo, nada temo
Sino el quedar con vida. Los socorros
Que la costumbre estableció, y el tiempo
Para los desgraciados que llegáron
Al extremo fatal en que me veo,

Mi desesperacion los abomina;
No los puedo estorbar, y los tolero.
¡Oxalá que este abismo cristalino,
Que baña de la roca el fondo inmenso,
Me sepulte, y á ver la luz no vuelva,
Si está el olvido en su profundo seno!

CRICIAS.

Pues ¿no pretendes, Safo, que se apague
Ese insensato y amoroso fuego?

SAFO.

¡Ay! no Cricias; detesto mi exîstencia,
Si pudiese vivir sin un recuerdo
De mi amado Faon.

CRICIAS.

Esos delirios
En breve olvidarás [1]. Ya los reflexos
Del sol en el oriente se descubren;
Cálmate, Safo, que el feliz momento
De tu dicha se acerca [2].... ¿Por qué huyes?

SAFO.

Su resplandor me oprime: al bosque vuelvo
A contar impaciente los instantes
Que faltan para hacer mi amor eterno [3].

CRICIAS.

¡Plegue á los dioses que tu muerte sea

1 El teatro se ha ido aclarando.
2 Safo se quiere ir.
3 Se va.

La que á mis tristes años el sosiego
Pueda volver! Por tí perdió la patria
El brazo de Faon; por tí, su esfuerzo
Envilecido en el deleyte infame,
Ni el peligro de Atenas, ni el lamento
De este padre infeliz pudo moverle:
Él era mi esperanza y mi recreo;
Y si de otra beldad el atractivo
No borrase tu imágen de su pecho,
En placer vergonzoso todavía
Viviera sumergido; mis rezelos,
Miéntras tú vives, acabar no pueden;
Pues si viese Faon el loco exceso
De tu pasion, tal vez compadecido....
Pero Aristipo vuelve conduciendo
Un jóven á este sitio.

ESCENA III.

CRICIAS. ARISTIPO. FAON. *Comparsas.*

FAON.

¡Oh padre mio!

CRICIAS.

Faon, hijo querido, ¡dioses! ¿sueño?
Estréchate en mis brazos: ¡tú en Leucadia!

FAON.

Yo en Leucadia, señor; á ser objeto

De todos los furores de los hados.
Yo, que en mi triste corazon alvergo
Las implacables furias del abismo:
Ellas me acosan; el remordimiento
Grabáron en mi alma; y ni la muerte
Me quiso conceder piadoso el cielo.

CRICIAS.

Hijo ingrato, ¿y es esta la ternura
Que te debe tu padre? ¿este el contento
Que muestras á mi vista?

FAON.

¡Ah padre mio!
No pueden mis delirios ofenderos.
He perdido á mi esposa: sepultada
Queda en el mar: los fieles compañeros
Que la seguian yacen sumergidos:
Yo intentaba con ella en el ligero
Esquife libertarme del peligro:
Las ondas la arrancáron de mi seno
Al tiempo de arrojarme, y anegáron
El mísero baxel en un momento.
¡Oh nunca las piedades de Aristipo
Me socorrieran! ¡Oxalá el soberbio
Pielago undoso fuera mi sepulcro!
Pues Júpiter sin duda de su excelso
Trono lanzaba el rayo en mi ruina:
Safo, elevando el dolorido acento
Clamó por mi castigo abandonada,

Y se han cumplido sus fatales ruegos.

ARISTIPO.

Pues qué ¿Safo....

CRICIAS.

No mas; calla, Aristipo.
Hijo mio, modera tu despecho:
Antes de amar á tu infeliz esposa,
En lazo criminal tus devaneos
Pensaban que no hubiera quien borrase
De Safo los amores: otro objeto
En Teagenes hallaste, y otros muchos
Feliz pueden hacerte.

FAON.

No lo espero.
De mi jóven esposa la belleza
Alucinarme pudo: los consejos,
Y los mandatos vuestros repetidos,
Hiciéron que en el lazo de himeneo
Buscase los placeres; pero en vano:
La lisonjera novedad huyendo
Desterró la ilusion: Safo llorosa,
Desesperada, y á mis pies gimiendo,
Mi horrible ingratitud me recordaba
Hasta en los brazos de mi nuevo dueño.
Presentes siempre su fatal constancia,
Su ternura, sus gracias, sus talentos,
Su lira, que á los dioses encantaba....
Con ninguna beldad logró mi pecho

Llenar aquel vacio que nos dexa
El delicioso goce del deseo.
¡Oh quántas veces en la obscura noche,
Entre las sombras de un pesado sueño,
La ví furiosa, arrebatada, ciega,
Clamar por mi castigo, y del averno
Invocar las deidades vengadoras
Contra un bárbaro amante! El universo
Resonó con sus gritos; y sus votos
Los dioses irritados concediéron.

CRICIAS.

No con tales ideas, hijo amado,
Aumentes tu afliccion; piadosos ellos,
Pues te vuelven al seno de tu padre,
Ni sus furores ni su rabia oyéron.
Entra en mi habitacion; descansa en ella
Miéntras á Apolo un sacrificio ofrezco
Que aleje de tu alma los terrores.

FAON.

¡Con quánto mas placer desde este horrendo
Precipicio buscara entre las ondas
A mi afligido espiritu consuelo!

CRICIAS.

No mas delirios. Conducidle [1], amigos.

FAON.

Deidades ¿para qué la vida quiero

1 A los comparsas.

Si he abandonado á Safo por amarme,
Y por mi amor Teágenes ha muerto [1].

ESCENA IV.

CRICIAS. ARISTIPO.

ARISTIPO.

Permite Cricias á un leal amigo
Que preguntarte pueda ¿quál intento
Te hace ocultar de la infelice Safo
A Faon la exîstencia? Sus tormentos
A vista de esta amante, que aun adora,
Se pudieran calmar; y tu secreto
Hace dos desdichados. ¿Es posible
Que teniendo á tu arbitrio el solo medio
De salvar una vida, que merece
Suerte mas venturosa, estes resuelto
A verla perecer?

CRICIAS.

Nunca Aristipo
Con mayor causa desearlo puedo.
¿Quieres que vuelva á publicar la Grecia,
De mi glorioso nombre en vilipendio,
Que aprisionado un hijo mio vive
En los brazos de Safo? ¿y que de nuevo,
Olvidando su patria y sus deberes,

1 Se va con los comparsas.

Como quando de Esparta el odio fiero
Amenazaba á Atenas, busque asilo
En los placeres, evitando el riesgo?
No Aristipo; que muera una y mil veces
Antes esa muger.

ARISTIPO.

¿Y el himeneo
No pudiera ligar los dos amantes,
Sin que en su amor hubiera los excesos
De un trato vergonzoso? Faon libre
Lo conduce el destino al mejor tiempo
Para estorbar la desgraciada muerte
De la mísera Safo.

CRICIAS.

Te comprendo;
Pero sabe, Aristipo, que ella nunca
Quiso unirse con él por otros medios
Que los de un torpe amor; y pues conoces
Quantas razones de evitarlo tengo,
Si eres mi amigo, ayuda por tu parte
A que Faon ignore estos momentos
La exîstencia de Safo; y si no basta
De la amistad el poderóso ruego
A obligarte; que baste la obediencia:
Yo por mi dignidad soy el supremo
Sacerdote de Apolo, y en su nombre
Que calles y obedezcas hoy te ordeno [1].

1 Se va.

ARISTIPO.

¡Cruel supersticion! ¿Será forzoso
Que esté obligado mi sensible pecho
Por tu fatal poder á ser testigo
De sacrificio tan atroz y horrendo?
Cricias da á su rencor nombre de gloria;
La religion me manda obedecerlo;
Safo y Faon, los dos desesperados,
Tal vez perecerán: ¡oh si á lo ménos
Mi persuasion pudiese libertarlos!

ESCENA V.

NICANDRO. ARISTIPO.

NICANDRO.

Escucha, sacerdote, á un extrangero
Que llega al promontorio de Leucadia,
Para hacer la experiencia que ya hiciéron
Los que olvidar ó perecer buscáron.

ARISTIPO.

Jóven ¿sabes si acaso alguno de ellos
Quedó con vida?

NICANDRO.

No; todo lo ignoro.

ARISTIPO.

Pues ántes de prestar el juramento
Que te obligue á lanzarte de su cima,

La voz de la verdad escucha atento.
El mancebo Leucates, perseguido
De las iras de Apolo, llegó huyendo
A esa roca; y desde ella despeñado
Se hundió en el mar precipitado y ciego.
Su nombre le ha quedado desde entónces;
Y para eternizar tan triste exemplo,
Todos los infelices que á la muerte
Arrastraban del crímen los excesos,
Eran precipitados de esa altura,
Ligando muchas aves á sus cuerpos,
Que hiciesen ménos fuerte el duro golpe
Con el esfuerzo natural del vuelo.
Uno, entre tantos, que logró salvarse,
Olvidó de su vida los sucesos;
Y todos los amantes desgraciados
Hacer la misma prueba resolviéron;
Pues desde entónces, sin socorro alguno,
Creyendo que el olvido está en el seno
De ese profundo abismo, en él se arrojan:
Los sacerdotes de ese antiguo templo
Previenen nadadores, que á la orilla
Saquen al miserable. En tanto tiempo
Como dura esta bárbara costumbre
Ninguno se salvó: si estás resuelto
Con este desengaño al precipicio,
Compadecerte, no evitarlo puedo.

NICANDRO.

Vana es tu compasion; al templo vamos
Que hoy la terrible prueba hacer pretendo.

ARISTIPO.

Tan presto no podrás.

NICANDRO.

¿Por qué motivo?

ARISTIPO.

Porque para morir llegó primero
Que tú la triste Safo.

NICANDRO.

¡Qué he escuchado?
¿La poetisa Safo á tal extremo
Reducida se ve? ¿La que de Atenas
Mereció los aplausos y los premios?
¿Por la que suspiráron vanamente
Millares de rendidos, y yo entre ellos?

ARISTIPO.

¿Tú la amabas tambien?

NICANDRO.

Yo la idolatro;
Y el terrible teson de su desprecio
Me conduce á buscar aquí mi muerte.
¡Ah! sin duda Faon será el perverso
Que ingrato corresponde á sus favores.
Amigo, díme, no podré un momento
Hablarla.... persuadirla....

ARISTIPO.

Sí, bien dices;
Quizá conseguirá tu rendimiento
Piedad de ella y de tí [1]. Pero se acerca;
Mírala que abatida vuelve al cielo
Los ojos, y despues al precipicio.
Sin duda considera el momento
De su amor infeliz; yo me retiro:
Los dioses favorezcan tus deseos. (*Se va.*)

ESCENA VI.

SAFO. NICANDRO.

NICANDRO *aparte.*

Al fin la vuelvo á ver: sus negros ojos
Del llanto enroxecidos son aquellos;
Y el gracioso semblante, donde ahora
Se pinta la afliccion.... pero habla.

SAFO.

¡Oh Vénus!
Desciende del olimpo, qual solias
Complacida á escuchar los dulces ecos
De mi suave lira; ven ahora
Que te invoca mi voz con el acento
De la mortal angustia; fortalece

1 Mira adentro; Safo aparece al foro.

Mi corazon con tu divino fuego
Estos breves instantes que me restan
De una odiosa exîstencia.

NICANDRO.

Yo me acerco.
Si un amante infeliz merece, Safo,
Que algun favor concedas á su ruego;
Otorgame la triste preferencia
De que pueda arrojarme al mar primero
Que tú desde esa roca.

SAFO.

Por ventura
¿Habrás hallado jóven extrangero
Alguna muger pérfida y mudable?
¡Ah! no lo extrañaré; que el universo
Solo ingratos encierra; pero sabe
Que Faon es el mas ingrato de ellos.
Cuéntame tus desgracias, y no pienses
Tendrá mayor motivo tu despecho
Que mi justo dolor.

NICANDRO.

Escucha, Safo.
Ni de perfidia ni traycion me quejo:
Me quejo de un amor tan desgraciado,
Que nunca de la cárcel del silencio
Pudo salir; me quejo de haber visto
Víctima de un ingrato el dulce objeto
Digno de mi cariño, y de que todos

De merecer se honrasen sus afectos.
Por no verlo penar mi muerte busco.

SAFO.

¡Ah! No es igual el tuyo á mi tormento.
Tú no has perdido mas que una insensible;
Pues oye por Faon lo que yo pierdo.
Por él abandoné mi patria y mi nombre;
Por él sufrí de mi envidioso sexô
La mas atroz calumnia; por su causa
De los hijos de Apolo el rendimiento
Altiva desprecié; y en fin, llevando
Mi constante fineza hasta el extremo,
Preferí ser su amante, á ser su esposa,
Que amor de libres corazones dueño
Huye un lazo que impone obligaciones.
¿Qué no me debe? yo elevé su genio
A la luz de las ciencias, y en el trono
Del amor, desplegando su talento,
Célebre fue su nombre á par del mio.
¡Ay! que en aquellos deliciosos tiempos
Solo en él exîstia; él era solo
De mi ternura y mis placeres centro.
¡Quán dulcemente en sus amantes brazos
Los elogios que Grecia á mis talentos
Dedicaba olvidé, sacrificando
Hasta mi vanidad á sus deseos!

NICANDRO.

¡Oh qué feliz otro mortal seria

Safo con tu cariño!

SAFO.

Yo desprecio
De todos el amor. Faon ingrato,
Para mí es mas amable que el excelso
Júpiter en su solio.

NICANDRO.

¡Ah! que tus voces
Aumentan mi dolor; pero á lo ménos,
Pues que los dos á perecer estamos
Por diversos motivos ya resueltos,
Sabe que te idolatro, y que tú eres
La que siempre adoré.

SAFO.

¡Qué escucho, cielos!

NICANDRO.

Sí, Safo, tú pudieras todavía,
Premiando la constancia de mi afecto,
Hacer de un desdichado un venturoso;
Ten piedad de tí misma: á tus pies puesto
Te pido que te duelas de mis ansias;
En tu favor consiste mi remedio.

SAFO.

¿Yo he de dartelo?

NIDANDRO.

Sí.

SAFO.

Pues de esa roca

Arrójate despues que yo haya muerto.

NICANDRO.

¿Ese, ingrata, me das?

SAFO.

¿De qué te quejas,
Si él mismo que yo elijo, ese te dexo?

NICANDRO.

¡Qué bárbara constancia! ¿No te mueven
Ni compasion ni amor?

SAFO.

Yo lo detesto;
Retírate de aquí, si á ser testigo
No aspiras de mi muerte.

NICANDRO.

No: primero
Iré á implorar de los supremos dioses
La piedad para tí, que en tí no encuentro [1].

SAFO.

Solo faltaba á mi tirana suerte
Escuchar el osado atrevimiento
De un insensato amante. ¡Oh quánto tarda
El suspirado fin de mi tormento!
Procuremos que llegue [2].

1 Se va. 2 Va á entrar en el templo.

ESCENA VII.

SAFO. ARISTIPO.

ARISTIPO.

Espera, Safo.
Tú no puedes entrar al sacro templo
En tanto que las víctimas entregan
A la dura cuchilla el dócil cuello:
Y ántes que con tu muerte á cumplir llegues
Tu bárbaro y horrible juramento,
Oye á un anciano que estorbar procura
Con su prudencia tu feroz despecho.
Nada hay estable; ni el amor ni el odio;
Que todo cede á la impresion del tiempo.
Quizá Faon arrepentido ó libre,
A tu constancia y tu dolor cediendo,
Volverá á tu cariño; y con la muerte,
Aun la esperanza, que es el bien postrero
De los amantes, pierdes.

SAFO.

Ya he perdido
La esperanza, el honor y el sufrimiento.

ARISTIPO.

Todo, Safo, pudieras recobrarlo:
Vive, espera y confia.

SAFO.

Nada espero.

Tú ignoras Aristipo quanto hice
Por ablandar el corazon de hierro
Del pérfido Faon, y todo en vano.
Yo lo he seguido por extraños reynos,
Despues que huyó de Gonno acompañado
De mi odiosa rival; pero mis zelos
En Sicilia lográron alcanzarlo.
Desesperada su mansion penetro:
Corro por todas partes, busco ansiosa
A mi traydor amante; él á mi acento
Sale y queda mortal, como á la vista
Del soberano Juez se queda el reo.
Suplico entónces, amenazo, lloro;
Y todo en vano: mi dolor acerbo
Me hizo humillar hasta sus pies mi frente,
Me hizo besar las huellas del soberbio;
Y todo en vano: ni mi amargo llanto,
Ni mis continuos clamorosos ruegos
Pudiéron ablandarlo; su fiereza
Llegó hasta referirme su himeneo,
Para borrar del todo mi esperanza
Con otra obligacion. ¡Hombre perverso!
¿Qué lazo mas sagrado que el que unia
Mi corazon al tuyo? Pero el cielo
Castigará tu abominable crímen:
Porque si del amor del débil sexô
Impunemente se burlase el hombre
¿Qué muger no se viera qual me veo?

ARISTIPO.

Ninguna como tú pudieras, Safo,
De una pasion funesta los excesos
Precaver sabiamente.

SAFO.

¡Ah! que ninguna
Hubiera resistido al dulce fuego
Que inspiraba Faon, quando mis ojos
La vez primera por su mal lo viéron.
Él volvia de mirtos coronado
A ofrecer sacrificios en el templo
De Júpiter olimpo, porque Atenas
Lo declaró triunfante de los juegos.
Su rostro coloraba la victoria,
Embellecido con el bozo tierno
De amable juventud; casi desnudo
Aun de la lucha, los hermosos miembros
Descubria, que envidia el mismo Apolo,
Y que amor pueden inspirar á Vénus.
Tambien me vió él entónces, y previno
Con su declaracion mi amante fuego.
Si tú Aristipo en juveniles años
Has llegado á gozar los embelesos
De amar correspondido; si has logrado
Las delicias que logra quien viviendo
Solo en su amante, en él se vivifica,
Lleno de amor, y de deleytes lleno;
No extrañarás que yo que así me he visto,

Piense morir quando gozar no espero.

ARISTIPO.

Y qué ¿no habrá otras causas que te obliguen
A conservar la vida? Qué ¿tu genio
Imitador olvidará la gloria
De la futura edad, y el lisonjero
Acento de la fama?

SAFO.

Son quimeras:
La fama ya no emplea sus acentos,
Sino en elogio vil del poderoso;
Pues ha prostituido el universo
Su aplauso al crímen, su favor al vicio,
Y oprime las virtudes y el talento.

ARISTIPO.

Ya que solo te obliga la memoria
Del ingrato Faon, quizá viviendo
Cediera su desvio á tu constancia;
Y volviéndote á ver....

SAFO.

¡Volver á verlo!
¿Dónde Aristipo?

ESCENA VIII.

SAFO. ARISTIPO. CRICIAS. *Comparsa de ministros del templo.*

CRICIAS.

Todo anuncia, Safo,
El fin de tus desgracias. Grato el cielo
Declara en las entrañas palpitantes
De las víctimas sacras que el consuelo
Llega de tus pesares.

SAFO.

Sacerdote,
Sígueme; que ofrecer quanto poseo
En las aras de Apolo solo resta,
Para cumplir la ley que estableciéron
La religion y el uso; y que mi muerte
Termine de una vez mis sentimientos [1].

CRICIAS *aparte.*

Vamos; que tu fin solo es el que falta
Para acabar del todo mis rezelos [2].

ARISTIPO.

Dioses, pues no es posible disuadirla,
Benignos permitid sea el postrero
Sacrificio su vida, y que le sirva
A los demas amantes de escarmiento.

1 Se va. 2 Se va con los comparsas.

ESCENA IX.

NICANDRO. ARISTIPO.

NICANDRO.

¡Ay, Aristipo! Todo ha sido en vano:
Ni tu prudencia, ni mi amante ruego,
La desgracia de Safo estorbar pueden:
En las manos de Cricias deponiendo
Sus brillantes adornos queda ahora.
Estoy fuera de mí: yo me estremezco:
¿Qué puedo hacer? Mi corazon palpita
De asombro y de terror: morir resuelvo.

ARISTIPO.

¿Y qué conseguirás? Aumentar solo
De esta supersticion el duro imperio.
Bastantes infelices por su influxo
Víctimas desgraciadas pereciéron.
¡Mísero aquel que sin recurso gime
Baxo el yugo cruel de sus preceptos!
Esta es mi situacion; nací sensible,
Y aunque educado en este ministerio,
Al ver sacrificar mis semejantes,
Sin poderlo impedir, lloro en secreto.

NICANDRO.

Si fuera Cricias como tú piadoso,
Jamas recibiria el juramento

De tantos desdichados.... Pero dioses [1]!
Ya anuncian estos tristes instrumentos
El instante fatal.... A socorrerla,
O á perecer con ella, voy resuelto. (*Se va.*)

ARISTIPO.

Las barcas se aproxîman [2]; y se acercan
Hácia este sitio en tropas los isleños;
Pues ya no puedo libertar á Safo,
Cumpla con mis deberes á lo ménos.

ESCENA X.

CRICIAS. SAFO. ARISTIPO. *Comparsa de sacerdotes y pueblo.*

SAFO.

Laurel glorioso [3], que la sabia Atenas
Concedió á las tareas de mi genio,
Dexa mi frente, y queda donde sirvas
A mi nombre y mi amor de monumento.

CRICIAS.

Tú le recobrarás mas venturosa:
Vamos.

ARISTIPO.

¡Oh Safo, quánto compadezco

1 Dentro música.
2 Aparecen las barcas con los nadadores.
3 Deponiendo el laurel.

Tu ceguedad!

CRICIAS.

¿Ahora te detienes?
¿Por qué estás indecisa?

SAFO.

Considero
Quánta es la diferencia de mi suerte
Por un traydor amante. En otro tiempo
Solo al nombre de Safo resonaba
Con vivas repetidos el liceo
De la célebre Atenas; y á mi vista
Aplausos tributaba todo un pueblo:
Hoy á verme morir otro se junta,
Lleno de compasion, de dolor lleno.
¿Y por qué enternecidos al mirarme
Lágrimas derramais? Yo nada siento.
¿Qué pudiera sentir quando el sepulcro
A mis desgracias se presenta abierto?
Aquel es [1]. ¡Oh mugeres de Leucadia!
Vosotras que mirais en mí el exemplo
De la negra perfidia de los hombres,
Abominad su amor, aborrecedlos;
Pagad sus rendimientos con engaños,
Pagad su infame orgullo con desprecios;
Giman á vuestros pies; vengadme todas;
Humillad para siempre esos soberbios.

1 Señalando el mar.

Y tú, ingrato Faon, hombre nacido
Por mi fatalidad, plegue á los cielos
Que mi sombra interrumpa tu reposo,
Que la tierra te niegue el alimento,
Que el sol te oprima, y que la muerte arranque
De tus aleves brazos el objeto
Que causa tu perfidia; y que á tus ojos
Muera, del mismo modo que yo muero.

ARISTIPO.

Si volvieses á verlo....

SAFO.

¡Ay Aristipo!

CRICIAS.

Si lo vieras en brazos de otro dueño.

SAFO.

Calla, bárbaro: no, no es necesario
Me recuerdes la imágen de mis zelos,
Para que yo al sepulcro vuele ansiosa [1].

CRICIAS.

Mi astucia se logró [2].

ARISTIPO.

¡Qué sentimiento!

SAFO.

Vosotros [3], moradores de Leucadia,
A Faon le direis, que Safo ha muerto
Víctima de su engaño, y que esta roca

1 Sube á la roca. 2 Aparte. 3 En la roca.

Su delito y mi amor harán eternos [1].

ARISTIPO.

¡Favorecedla dioses! ¡Desgraciada!

CRICIAS.

Logróse mi venganza: ya en el centro
Del mar se han sepultado mis afrentas.

ESCENA XI.

CRICIAS. FAON. ARISTIPO. *Comparsa de sacerdotes y pueblo.*

FAON.

¿Por qué me deteneis [2]. ¿Ese lamento
No pronunció mi nombre? ¡Oh padre mio!
¿Quál es el sacrificio que habeis hecho
En mi favor? El templo resonaba
Con himnos clamorosos; y aunque quiero
Indagar el motivo, me detienen,
Hasta que los ministros atropello
Que me estorban el paso; respondedme:
¿Por qué esta confusion? Decid ¿qué es esto?

CRICIAS.

Esto ha sido impedir que vieses, hijo,
De una triste muger el fin funesto,
Que se ha precipitado de esa roca;

1 Se arroja. 2 A los sacerdotes.

En tu estado pudiera ser su exemplo
Causa de renovar tus aflicciones.

FAON.

¿Y quién es?

NICANDRO *sale.*

¡Ay de mí! ¡ya no hay remedio!
Sin duda ha perecido: ¡oh desdichada!

ARISTIPO.

Pues ¿qué di, socorrerla no pudiéron?

NICANDRO.

Aun no lo sé, Aristipo: al duro golpe
De su caida el mar abrió rugiendo
La espalda cristalina, y arrastrando
En doble giro el delicado cuerpo,
Por dos veces luchando con las ondas,
Los remolinos de este golfo inmenso
La vuelven á la luz: los nadadores
Se arrojan por salvarla: yo pretendo
Antes que ellos lanzarme; pero todos
Se oponen, y sujetan mis esfuerzos.
¡Desventurada Safo!

FAON.

¿Qué pronuncias?
¿Safo es la que perece?.... que á lo ménos
Muera Faon con ella.

CRICIAS.

¿Qué haces, hijo?

NICANDRO.

¿Tú eres Faon? ¡Ah bárbaro! mi acero [1]
Tomará en tí venganza de su muerte.

ARISTIPO.

Detente [2], jóven.

FAON.

Ven: no me defiendo:
Padre, no os opongais: yo soy un monstruo.

NICANDRO.

Déxame, sacerdote.

FAON.

He aquí mi seno.

ARISTIPO.

Insensatos, ¿qué haceis? Volved los ojos
A ese infelice miserable objeto.

ESCENA XII.

DICHOS, SAFO *moribunda, conducida en un lecho de yerbas por los nadadores.*

ARISTIPO.

Ved á qué extremo deplorable arrastran
De un criminal amor los devaneos.

NICANDRO.

¡Oh dioses [3]! Aun respira....

1 Empuña la espada.
2 Deteniéndole.
3 Observándola.

FAON.

Que postrado
Pueda yo recibir su último aliento.

CRICIAS.

Hijo, repara [1]....

FAON.

Vos no sois mi padre;
Sois un hombre cruel, cuyo secreto
A su rencor sacrificó esta vida.
Por vos, manchado de un engaño horrendo,
He sido infiel, traydor, abominable:
Ve aquí el fruto fatal de los consejos,
De los mandatos vuestros, que me obligan
A ser testigo de mi oprobio eterno.
¡Oh Safo sin ventura [2]! tú que hiciste
Mi corazon feliz en mejor tiempo,
Recibe de Faon ántes que mueras
El llanto que á tus pies derrama.

SAFO.

¡Cielos!....

NICANDRO.

Habla, oigamos.

SAFO.

¡Oh tú... sea, quien fueres...
Que has visto de mi muerte el triste exemplo,

1 Deteniéndole.
2 Arrodillándose inmediato á ella.

Publica que es.... supersticioso engaño....
Buscar aquí el olvido.... pues yo muero....
Adorando á Faon.... y hasta el sepulcro....
Su imágen y mi amor conmigo llevo!

Concluye con una actitud propia de la situacion.

FLORINDA.

TRAGEDIA EN TRES ACTOS.

ACTORES.

RODRIGO, *Rey de los Godos.*
FLORINDA.
PELAYO, *primo de Rodrigo.*
TULGA, *tio de Florinda.*
EGERICO, *parcial del Obispo Opas, y confidente de Rodrigo.*
EL CONDE JULIAN, *padre de Florinda.*
TARIF, *General moro conquistador de España.*
Comparsas de Godos con Rodrigo y Pelayo.
De Moros con Tarif y el Conde Julian.

La escena es en Andalucía á orillas del rio Guadalete. La accion empieza al amanecer, y concluye á media noche.

Decoracion de campo devastado por la guerra, donde estan los puestos avanzados de los Godos. De trecho en trecho se verán las centinelas de estos, armados unos con lanzas y otros con espadas. Cerca del proscenio se verán hogueras que van á extinguirse. Junto á una de ellas está Tulga y algunos soldados.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

TULGA. *Guerreros.*

TULGA.

Respiramos al fin, ilustres Godos;
El alba alumbra, y dentro de sus tiendas
Se esconde avergonzado el Africano.
Siete veces del sol la luz primera
Nos encontró formados en batalla,
Y sin descanso la tenaz defensa
De nuestra madre España, siete veces
Iluminó con su fugaz carrera.
Hoy no se atreve el bárbaro enemigo
A volver al combate; su fiereza
Cedió á nuestro valor desesperado.
¡Ah! Si hemos satisfecho las ofensas
Que hicimos á un Dios justo, si el delito
De Rodrigo perdona su clemencia,
Y expia nuestras culpas la victoria,
Que tanta sangre y tantas vidas cuesta;
Sirva al comun desastre de consuelo
La inmortal gloria que á los Godos queda
De libertar á España; y si algun dia
El labrador, rompiendo de esta tierra
El seno bienhechor, halla los restos

De los que fuéron ya por defenderla,
Lleno de gratitud, bañado en llanto,
Bendecirá su nombre hasta en la huesa.

ESCENA II.

DICHOS, PELAYO.

PELAYO.

Tulga, abrazad á vuestro fiel amigo,
Que vuelve vencedor de la soberbia
Del Sarraceno.

TULGA.

¡Oh Dios! Noble Pelayo,
Héroe de España, díme ¿quál empresa
Consiguió tu valor?

PELAYO.

Que Tarif tiemble
Del nombre Godo dentro de sus tiendas.
Escucha: En las tinieblas silenciosas
De la pasada noche, á sus trincheras
Llegué con mil soldados escogidos,
Que aun la terrible muerte no amedrenta.
Observo el campamento, y advirtiendo
Que en él el sueño y el silencio reynan,
Animo á mis soldados, y á sus golpes
Espiran las contrarias centinelas;
Salto los fosos; rápido extermino

A quantos alarmados se despiertan,
Y osados se me oponen: el estruendo
Con estrago feroz la llama aumenta,
Pues el campo incendiado por mis tropas
Era un globo de fuego: el ayre pueblan
Dolientes alaridos: en tumulto
Corren los Africanos, y acrecienta
El confuso desórden su destrozo:
Mis soldados destruyen con fiereza
Los bárbaros Alarbes, y dexando
Poblada de cadáveres la tierra,
Cansados de matar nos retiramos;
Quedando entre las huestes agarenas
La espantosa memoria de esta noche
Para su confusion y su vergüenza.

TULGA.

Siempre mi corazon por tus hazañas
Esperaba, Pelayo, que tuviera
Libertad nuestra patria; pero dime,
¿Mi sobrina Florinda, esa belleza,
Causa de nuestro daño, que ha seguido
Con su padre las huestes sarracenas,
Ha perecido acaso en el estrago
De esta noche de horror? ¡Ah quánto anhela
Mi corazon su muerte! sí; su sangre
Solo puede lavar de mi nobleza
La mancha que mi honor ha amancillado
Por la infame pasion y por la afrenta

Con que sació Rodrigo su apetito.
¡Oh con quánto placer mi brazo hubiera
Inmolado á Florinda, y mi deshonra
Con mi venganza terminára en ella!

PELAYO.

Ignoro su destino.

TULGA.

¡Infeliz Tulga,
Aun vives sin honor!

PELAYO *aparte.*

Callar es fuerza
Temiendo su rigor, que está Florinda
Dentro del campamento prisionera
En mi Real pabellon. Inútilmente (*á él.*)
Te abates, Tulga; tu dolor modera.

TULGA.

¿Cómo puedo? Un traydor cubre de oprobio
El nombre Godo por vengar su afrenta,
Y destroza millares de inocentes,
Sin que el culpable castigado sea.

PELAYO.

Pues qué ¿contra su Rey puede ninguno
Satisfacer la personal ofensa
De Florinda? Si tú....

TULGA.

Pese á mis años;
Pese á mi honor y á la lealtad, que fuerza
A tolerar su agravio al hombre ilustre;

Porque del Rey abaxo si otro fuera
El ofensor.... ¡inútiles furores!
Florinda es mi sobrina, y pues la guerra
Su fatal deshonor traxo á mi patria,
Yo sabré perecer por defenderla.

PELAYO.

Admiro tu valor y tu heroismo [1].
Yo parto á ver al Rey, pues que se acerca
Egerico, y sin duda mi tardanza
Culpará ya Rodrigo: en paz te queda. (*vase.*)

TULGA.

Vuelva al pecho el dolor que me devora.
Egerico.... ¡qué odiosa es su presencia
A mis ojos! Las tropas del Obispo
Opas dirige cauto en esta guerra;
Yo de la lealtad dudo de un Prelado,
Hermano de Witiza, que debiera
No abandonar el templo del Eterno
En la afliccion.... pero Egerico llega.

ESCENA III.

TULGA. EGERICO *y Godos.*

EGERICO.

¿Tulga, qué haceis? Alborozado el campo
Con ecos de placer el viento puebla.

[1] Mirando adentro.

Los valientes guerreros Españoles,
Al ayre tremolando sus banderas,
Repiten, viva nuestro Rey Rodrigo;
Y quando celebrar el triunfo ordena,
Y al lado de Pelayo entre el aplauso
Al regocijo general se presta,
¿Vos faltais de su lado?

TULGA.

Sí; vos mismo
El exemplo me dais; vuestra presencia,
En tanto que yo animo á estos soldados
Cansados de lidiar, mas útil fuera
Al lado de Rodrigo.

EGERICO.

¿Por qué, Tulga?

TULGA.

Porque vuestra privanza os da licencia
Para advertir al Rey, que no es el triunfo
Seguro ni completo: no pelean
Los Africanos hoy, pero no huyéron;
¿Querrán acaso abandonar la empresa?

EGERICO.

No, Tulga; á la conquista de la España
Estan resueltos; conseguirla espera
El valiente Tarif, que extender quiere
La abominable ley de su profeta
A costa de su sangre: vuestro hermano

Julian bien sabeis vos que en esta guerra
Es....

TULGA.

Callad, Egerico, mis oprobios;
Yo espero, de la patria en la defensa,
O vencer ó morir: contra mi sangre,
Contra mi honor combate mi nobleza.
¡Plegue á Dios que este exemplo de constancia
A los traydores sirva de vergüenza!

EGERICO.

Opas tambien imita vuestro exemplo;
Pues olvidando las privadas quejas
Que tiene de Rodrigo, de Toledo
Dexó la silla episcopal desierta,
Trocando en lanza el pastoral cayado,
Convirtiendo en soldados sus ovejas.
Sus tropas tienen parte en la victoria,
Segura la juzgueis, ó no completa;
Pero por no gozar de los aplausos,
De Rodrigo lo aparta su modestia.

TULGA.

Egerico, volved, y el ministerio
Mas digno de su clase haced que vea:
El Rey en él: decidle le aconseje,
Que el gran tesoro que al festejo apresta
Gaste en armar los valerosos Godos,
Para que defender su solio puedan.

EGERICO.

Vos [1] mismo le podeis dar el consejo;
Pues á este sitio con Pelayo llega;
Que Opas y yo venimos á servirlo,
Y no á dictar avisos al que reyna.

TULGA.

¡Infeliz Soberano el que no tiene
Quien á decirle la verdad se atreva!

ESCENA IV.

DICHOS, RODRIGO, PELAYO, *Guerreros Godos.*

RODRIGO.

Ilustres Godos, pues el fiero Alarbe
Escarmentado á nuestra vista tiembla,
Celebremos el triunfo. Tulga, al punto
Haz retirar tus gentes á sus tiendas,
Adonde de la gloria de este dia
El premio gocen que al valor le espera.

TULGA.

Dexad, Señor, que el bárbaro enemigo
A nuestro campo las espaldas vuelva;
Dexadlos que á lanzadas los arrojen
Mis tropas de la España; recompensa
Tendrán entónces en su propia gloria

1 Mirando adentro.

Mas digna, y para vos mas duradera.
¿Quereis que dexen estas avanzadas
A discrecion del moro sin defensa?
¿Quereis....

EGERICO.

Tulga, escuchad: Si el Rey permite
Que mis soldados su custodia sean,
Los vuestros gozarán de sus favores;
Y aunque el peligro y la batalla cesa,
Alguna parte en tan heroyco empleo
Tendrán mis Toledanos.

RODRIGO.

Mal pudiera
Negar esa demanda á tus servicios.
Obedéceme, Tulga.

TULGA.

Mi nobleza
Siempre fue obedecer: Ved, Egerico,
El exemplo tambien que Tulga os dexa,
Y en este sitio pereced mil veces
Si es forzoso, lo mismo que yo hiciera [1].

EGERICO *aparte.*

Logré mi intento.

PELAYO.

En retirar á Tulga
No sé, Rodrigo, si el descuido os ciega;

1 Váse con sus soldados.

Él fue nuestra muralla; sus soldados
Rechazáron las huestes agarenas
Léjos de nuestro campo: estos parages,
En tanto que la noche dada treguas
Al bélico furor, de él defendidos
Aseguraban la ventaja nuestra;
Sus guerreros tambien mejor armados....

RODRIGO.

Mas rebeldes dirás; pues aunque exerzan
Al presente sus armas contra el moro,
Jamas quiso entregarlas su soberbia
A Witiza ni á mí: siempre escondidos
De Asturias y Leon en las cavernas,
Insultáron sus propios Soberanos,
Sus espadas negando á la obediencia.

EGERICO.

Si á vos, Pelayo, desagrado os causa
El favor que merezco ...

RODRIGO.

No; mas cierta
Veneracion le tiene á ese caduco,
Y hasta su misma obstinacion respeta.
Siempre ensalza de Tulga las hazañas;
Ningun guerrero habrá que le merezca
Tan alta distincion, aunque otros muchos,
Sin que en su sangre la traycion se vea,
Mas dignos son.

PELAYO.

No son tan virtuosos.
Entre Tulga y Julian ¡qué diferencia!
Julian venga su honor contra su patria,
Tulga defiende á quien causó su afrenta.

RODRIGO.

¿Qué profieres, Pelayo? ¿Cómo olvidas
Que es tu sangre y tu Rey á quien tu lengua
Osa acusar en público? ¿Tú apoyas
Los soñados agravios que fomenta
La que aspiraba al trono? ¿Esa Florinda
Que pretendió ceñir mi Real diadema?
¿Y podrás recordar....

PELAYO.

Vos sois, Rodrigo,
Quien primero el agravio me recuerda
De esa odiosa muger. Jamas mis labios
Sobre el funesto orígen de esta guerra
Se abriéron al dolor. Rey poderoso,
Pues sabeis la lealtad y la inocencia
De un corazon, que ignora el artificio,
Perdonad generoso mi franqueza.

EGERICO.

De Pelayo no deben ofenderos
Los libres sentimientos que demuestra;
Es al fin Leones, y está educado
Léjos de la política que enseña
Vuestra brillante corte, y no es posible

Que desmentirse su carácter pueda.

PELAYO.

No es carácter la patria; un alma noble
Que anima la Real sangre, su grandeza
Jamas humillar sabe al disimulo.
Respeto el parentesco que me eleva
Al favor de Rodrigo, y mis deberes;
Con mi espada defiendo en esta guerra
El trono de mi Rey; pero mi pecho
Esa falaz política detesta,
Pues solo en corazones corrompidos
Perpetuamente he visto que se alberga.

RODRIGO.

Basta [1].

EGERICO.

Pelayo, si pensais acaso....

RODRIGO.

No mas [2]; y tú, Pelayo, pues te precias
De tener sangre mia, mas prudente
Procura reprimir esa fiereza;
Celebra tu victoria, y quando todos
Al regocijo general se entregan,
No turbes mi alborozo.

PELAYO.

Yo no puedo
Recordar sin horror la lid tremenda,

1 A Pelayo. 2 A Egerico.

Que el alba vió nacer por siete veces;
Que la noche envolvió con sus tinieblas,
Y que vende tan caro el vencimiento.
De mis amigos, de mi patria humea
La sangre en estos campos; son sus miembros,
Sus cadáveres son los que se encuentran
Sembrados en el polvo. ¿No habeis visto
De los terribles Godos la fiereza
Embotar los alfanges africanos
En sus propias entrañas, y á las flechas
Oponer sus valientes corazones
Armados de furor, sin mas defensa?
Su multitud triunfó desesperada,
Pues de matar cansados á sus tiendas
Volviéron los alarbes: ¡Ah! Rodrigo,
Quántas serán las lágrimas que viertan
La desolada huerfana, el anciano
Que sus hijos perdió, la esposa tierna
Que su viudez lamente y os acuse;
Y si acaso Egilona nuestra Reyna,
Cuya virtud adoran sus vasallos,
Igual suerte el destino le reserva;
Quál será su desgracia.... me horrorizo....
¡Oh nunca, nunca en tal dolor se vea!

RODRIGO.

No me acuerdes, Pelayo, los estragos:
Y para siempre de mi oido aleja
Tan terribles imágenes; pensemos ,

En reparar piadosos las funestas
Desgracas que han sufrido mis vasallos,
Y demo á los héroes recompensa.

PELAYO.

De vuestro corazon es digno empleo
De los premios usar y la clemencia:
Sí; socorred, Señor, con vuestro amparo
Sus infortunios.

RODRIGO.

Ve, Pelayo, ordena
En mi nombre las gracias, los auxílios
Que la piedad te dicte, y haz que tengan
Socorro los heridos.

PELAYO.

Con qué gozo
Seré parte á serviros mi obediencia. (*vase.*)

ESCENA V.

RODRIGO, EGERICO, *Soldados.*

RODRIGO.

¡Oh quánto mis enojos con Pelayo
Disimular á mi altivez le cuesta!
Ese traydor silencio con que oculta
Que Florinda por él fue prisionera
En la pasada noche, de mis iras
El reprimido mongibelo aumenta.

¿Quál será su intencion?

EGERICO.

Señor, la ignoro.
Quando llegó Pelayo á nuestras tiends
Ví á Florinda llorosa, conducida
Por los feroces Godos con violencia:
Al pabellon llegáron de Pelayo,
En él los dos entráron, mi cautela
Vió su traycion, y, mi deber cumpliendo,
Mi lealtad os previene, os aconseja
Un sabio disimulo, y....

RODRIGO.

Ve, Egerico,
A Florinda conduce á mi presencia;
Arráncala del seno de su ámante.

EGERICO.

¡Pues qué! ¿Pelayo?....

RODRIGO.

Amaba su belleza
Antes que yo la viese: si resiste
Usa todo el rigor de la violencia.

EGERICO.

Ya sabeis mi lealtad. Venid, soldados.
Tirano[1] Rey tu destruccion se acerca.

RODRIGO.

¡Oh amor! ¡oh zelos, bárbaros verdugos

1 Aparte, y vase con los soldados.

De un triste corazon!.... Florinda bella,
Yo te volveré á ver.... ya el fuego activo,
Que en mi amoroso pecho se conserva,
Vuelve á excitar violento la esperanza:
Bendigo los estragos de la guerra,
Que á mi poder te vuelven, donde amante....
Pero ¿qué estoy diciendo? Amor... ¿qué espera
Mi ceguedad de una muger altiva,
A quien cubrí de oprobio y de vergüenza?
¿A quien la triste copa del deleyte
Arranqué á su despecho con la fuerza?
Ella me odiaba entónces; su himeneo
Esperaba Pelayo, y mi violencia
Rompió el lazo que amor les preparaba.
¡Ah si hubiese podido mi diadema
De Florinda ceñir la hermosa frente,
Ménos su ultraje y mi delito fuera!
Mas no pude romper el yugo impío
Que á Egilona me unió: son las cadenas
De los Reyes sagradas y terribles;
Porque Dios y la ley las hizo eternas.
Sujeto á las pasiones un Monarca,
Para gozar placer solo le resta
Usar del despotismo, y las desdichas
Huyen de sus deleytes la carrera.
Es bien; si no es posible conseguirlos,
Á costa de estragos y violencias,
Reinemos por todo, y no á mis ojos

Un rival me arrebate la suprema
Delicia del amor. Vuelva Florinda
A mi poder; Pelayo se estremezca
De mis enojos, y el que osado intente
Oponerse á mis gustos, en la tierra
Se confunda; y aprendan mis vasallos
A respetar mis voluntades regias.

ESCENA VI.

RODRIGO, FLORINDA, EGERICO, *Soldados.*

FLORINDA *á* EGERICO.

¿Adónde me llevais? ¡Cielos! ¿qué miro?

RODRIGO.

¡Ah mis ojos al fin vuelven á verla!

FLORINDA.

Él es. ¿Dónde me escondo? ¡oh Dios eterno!

EGERICO.

Ya estás obedecido.

RODRIGO.

¡Oh cómo aterra
Mi corazon su vista!

FLORINDA.

¿Qué pretende
Rodrigo de Florinda?

RODRIGO.

Sus ofensas

Reparar con mi amor.

FLORINDA.

Es imposible.
Tu sangre solo lavará mi afrenta.

RODRIGO.

En poder de un Monarca ¿así te atreves
A insultar su rigor, muger soberbia?

FLORINDA.

¿Qué puede ya temer de tí Florinda?
Tirano, ¿no la has hecho de la befa
Del orbe el triste objeto? ¿No has perdido
Por tu crímen su patria, sus riquezas,
Su estado y su decoro? ¡Ah cómo vivo,
Cómo vivo, inhumano, con la horrenda
Mancha del deshonor! Abominada
Del universo, odiada de la mesma
Patria que me dió el ser, aborrecida
Aun de mi propia sangre, y sin que pueda
Entre bárbaras huestes de Africanos
A un Dios clemente dirigir mis quejas.

RODRIGO.

Infeliz, tu dolor ha enternecido
Mi amante corazon: no mas; serena
Tu desesperacion: en breve espero
Que cesen los horrores de la guerra,
Y entónces, olvidando tus pesares,
En mi palacio....

FLORINDA.

¡Oh cielos! nunca sea:
Jamas Florinda en su mansion horrible
Vuelva á gozar la pompa lisonjera
Con que cubre el poder su tiranía.
Mi juventud sencilla no vió en ella
El espantoso abismo que encubierto
Está para perder á la inocencia.
Allí deslumbra el fausto; allí la envidia
Se oculta con la máscara halagüeña
De la santa virtud, y allí los vicios
Contigo en torno de tu solio reynan.

RODRIGO.

Basta de injurias: á borrar aspiro
Al presente la causa de tus quejas.

FLORINDA.

Yo siempre te abomino.

RODRIGO.

Y yo te adoro.

FLORINDA.

¡Oh qué exècrable amor!

RODRIGO.

Con mi grandeza
Al fin te será grato.

FLORINDA.

¿Aun este ultraje
A mi afligido corazon reservas?
¿No te sacias, cruel? ¿Tu tiranía

está de mis desgracias satisfecha?
un quieres añadir á mi desdoro
tu favor la ignominiosa oferta?

RODRIGO.

puedo reparar....

FLORINDA.

Ni tus tesoros,
el brillante esplendor de tu diadema
puede compensar la desventura,
llanto y la deshonra que me cuesta
criminal amor. Lo perdí todo
ando me envileciste: yo ántes era
iz con mi candor; era el consuelo
un padre ilustre, de una madre tierna.
ómo de tu mansion volví á sus brazos!
estremezco al pensarlo. Casi yerta
moribunda madre me recibe
etrada de horror: su hora postrera
resuró mi involuntario crímen.
erno Dios!.... Aun me parece verla
su lecho alejarme, de mis labios
helada mano retirar severa,
garse á bendecirme en su agonía,
levando al extremo su fiereza,
ojos cadavéricos lanzaban
re su infeliz hija las tremendas
adas de la muerte.... En mis oidos
a la espantosa imprecacion resuena,

Que sus lívidos labios pronunciáron....
Vive, dixo, Florinda, vive, y sea
Tu nombre abominado de las gentes,
Mísera, ¡oh nunca yo te concibiera
Para que me cubrieses de ignominia,
Para que de tu padre la nobleza
Por tu venganza manchen las trayciones!
Vive, y que las edades venideras
Como yo te maldigan.... Estas fuéron
Las últimas palabras que su lengua
Articuló.... ¡Ay de mí! Gran Dios perdona
A mi madre en favor de mi inocencia;
Y no cumplas severo lo que falta
De su terrible imprecacion funesta.

RODRIGO.

Estoy horrorizado y confundido.
¡Ah Florinda, tus lágrimas modera!
Yo cedo á tu dolor: ¿de mí qué quieres?

FLORINDA.

Que en libertad me dexes; que me vuelva
Al poder de Pelayo; en él confio;
Él me ofreció un asilo; yo mi afrenta
Pienso ocultar de todos con su amparo.

RODRIGO.

¿Y él aquí te conduxo con violencia?

FLORINDA.

Yo voluntariamente con él vine:
En medio del estrago á sus pies puesta

Le supliqué....

RODRIGO.

No mas: ¡ah lo comprendo!
Un instante has podido, muger fiera,
Alucinar mi pecho con tu llanto.
Ola, Egerico; custodiada lleva
A mi Real pabellon á esa enemiga:
Que no la hable Pelayo ni la vea:
Yo en breve dispondré de su destino.
De mi furor [1] y de mis zelos tiembla. (*vase.*)

ESCENA VII.

FLORINDA, EGERICO, *Soldados.*

FLORINDA.

Cruel, escucha.... En vano mis lamentos
Pretenden detenerlo. ¿A quién pudiera
Amar esta infeliz que has humillado?
¿De quién tus zelos son? No hay en la tierra
Ningun mortal que el nombre de Florinda
Oiga compadecido. ¡Ah! Si se encuentra [2]
Piedad en vos, mis ruegos....

EGERICO.

Yo, señora,
Soy quien aspira á la venganza vuestra.

1 A ella. 2 A Egerico.

Opas, el noble Obispo de Toledo,
Parcial de vuestro padre, á mi prudencia
Debe todos los medios infalibles
De arrancar á Rodrigo la diadema,
Y de hacer que su sangre aborrecida
Espie vuestro ultraje: no salieran
Para vos de mi pecho estos arcanos
Si ántes no hubiese visto la fiereza
Con que habeis despreciado de Rodrigo
El amor, el poder y las ofertas;
Y así ordenad, señora, á vuestro agrado
Quanto Egerico por serviros pueda.

FLORINDA *aparte.*

Este es otro traydor que sus maldades
Encubre, pretextando que me venga.

EGERICO.

¿Qué resolveis, Florinda?

FLORINDA.

Conociendo
Vuestra bondad, os pido que á la tienda
Me volvais de Pelayo.

EGERICO.

No es posible
En eso obedeceros: las sospechas,
Que á Rodrigo causara mi conducta,
Sobre todas mis tropas recayeran;
Y entónces se alejaba la venganza
Que se va á consumar.

FLORINDA.

Pues que yo vea
A Pelayo os suplico.

EGERICO.

En complaceros
Se esforzará, señora, mi cautela;
Venid.

FLORINDA.

¡Oh Dios, en tanta desventura
Para quándo la muerte me reservas! (*Se van.*)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

El teatro representa lo interior de la tienda de Rodrigo, magníficamente adornada. Gran trono á la derecha: puertas á los lados; y la principal en el foro. A la izquierda un sillon donde aparece sentada Florinda: mesa con insignias Reales de Rodrigo.

FLORINDA.

¡Infelice Florinda! ¡Con que es cierto
Que cercada de horrores y de estragos,
De Rodrigo ultrajada y perseguida,
Vuelves á su poder llena de espanto!

¡Ay! Es cierto; y tambien que por vengarme
Una inmensa caterva de malvados
Amancilla la gloria de la España,
Vendiéndola á los fieros Africanos.
Opas su Dios olvida; sus parciales
Devoran de este Reyno desgraciado
Las fértiles campiñas; y mi padre
Ambicioso, soberbio y agraviado,
Contra su misma patria, de la guerra
La horrible llama enciende en estos campos.
Y todos estos males con mi nombre
Se fomentan [1].... ¡Oh cielos! En llegando
A pensar este cúmulo de horrores,
Siento en mi corazon desesperado
El furor del infierno.... ¡Qué venganza
Tan vil pretenden darme! Ven, Pelayo,
Ven á esconder á la infeliz Florinda
De todo el universo; ven, en tanto
Que Rodrigo celebra tu victoria,
A ocultar mi existencia, donde el astro
Que ilumina la tierra aun no penetre
Mi pavoroso asilo con sus rayos.

1 Se levanta.

ESCENA II.

FLORINDA, PELAYO.

PELAYO.

Allí está.

FLORINDA.

¿Quién?.... él es. ¡Oh Dios! respiro.

PELAYO.

A mi pesar, señora, hoy ha llegado
El amor de Rodrigo á tal extremo,
Que sin respeto á mi valor bizarro
Con violencia os arranca de mi tienda;
Yo pretendo vengar este atentado,
Que amancilla mi honor, en el infame
Que de vuestra beldad pudo informarlo:
Decid quién es.

FLORINDA.

Lo ignoro; mas no es tiempo
De inútiles venganzas; vuestro amparo
Necesito; mas vos pensad prudente,
Que el heroyco valor de vuestro brazo
Se debe reservar para defensa
De la abatida España.

PELAYO.

Pero en tanto
Que mi esfuerzo y mi espada la defiende,
No sufriré que exista el temerario

Que al Rey os descubrió: no; ni debiera
Rodrigo las hazañas de Pelayo
Compensar con insultos: él, cediendo
A su pasion funesta, se ha olvidado
De qual era el asilo que elegisteis
En vuestros infortunios; mas mis labios
Le darán á entender....

FLORINDA.

No; la discordia
No verterá su tósigo inhumano
En vuestros corazones por mi culpa;
Bastante sus furores sanguinarios
Destrozan á la España por Florinda;
No aumenteis mi desgracia y mis quebrantos.

PELAYO.

¡Ah! Florinda, mi patria.... Sí: yo cedo;
En mi silencio quedará este agravio;
Pero es en vuestro oprobio, es en el mio,
Que en este pabellon esteis al lado
De Rodrigo un momento.

FLORINDA.

Sí: mi fuga,
Que es mi sola defensa, es la que aguardo
Lograr por vuestro medio, y el consuelo
Que espero conseguir: sepulte un claustro
O una caverna ignota á los mortales
Mi exêcrable existencia. Con mi llanto,
En medio del estruendo de las armas,

Os pedí esta merced; vos apiadado
Ofrecisteis cumplir mi humilde ruego;
Perdonad si me atrevo á renovarlo,
Y que para obligaros, la memoria
Os recuerde del tiempo afortunado
Con que la suerte á vos me destinaba,
En que ibais á texer el tierno lazo
Para ser mi....

PELAYO.

No mas: en el olvido
Ese tiempo se hundió, y el recordarlo
Es renovar mi afrenta; es excitarme
A que ofenda mi propio Soberano.
Muerto para el amor, vivo á la gloria:
De mi sensible pecho se borráron
Las funestas, las débiles pasiones.
Soy noble, soy leal, y ya en los campos
De Marte asolador hice á la patria
Sacrificio de todos mis cuidados.
Ved pues, señora, si sabré cumpliros
Lo que ofrecí las armas en la mano.

FLORINDA.

Si pensais que pudiéron mis desdichas
Abatirme al extremo de rogaros
Como amante....

PELAYO.

Ni vos ni yo debemos
Pronunciar ese nombre: á mi cuidado

Queda haceros partir asegurada,
Luego que el sol descienda al océano.
A fuer de noble Godo mi promesa
Os cumpliré, señora; vos en tanto
Borrad de vuestro pecho la memoria
De lo que fue por siempre.... pues el hado
Separó eternamente con la infamia
La suerte de Florinda y de Pelayo. (*Se va.*)

FLORINDA.

¡Cielos! ¿qué nueva especie de tormento
Mi triste corazon ha penetrado
Con su desprecio?.... ¿qué dolor, qué rabia
Es esta que me enciende? ¡ay! que ni el llanto [1]
Puede apagarla.... En mis dolientes ojos
Las fuentes del consuelo se agotáron.
¿Y no podré vengarme del perverso,
Que en la ignominia atroz me ha sepultado?
¿No podrán de Rodrigo, de ese monstruo
El corazon romper mis propias manos?
¿No puedo ni aun morir?.... Dios justiciero,
De tu eterno poder descienda el rayo
Que aniquile.... ¡ah!.... yo siento las angustias
De la muerte acosarme.... Sí.... ha escuchado
Mi plegaria el Criador.... ¡Oh madre mia!....
¡Oh Rodrigo!.... yo muero.... Cielo santo [2].

1 Quiere llorar, y no puede.
2 Queda desmayada en la silla.

ESCENA III.

TULGA *por la puerta del foro*, FLORINDA.

TULGA *sin verla.*

¡Qué profusion! ¡qué júbilo y desórden
Reyna en el campamento! Los soldados
Licenciosos se entregan al festejo
Que el Monarca preside; y descuidando
El peligro, que en torno de ellos vuela,
Olvidan que á su frente el Africano
Levanta la guadaña de la muerte,
Que amenaza sus vidas. ¡Oh insensato
Rodrigo! ve aquí el fruto de la pompa
Con que elevar quisiste tu reynado.
Ningun adulador estas verdades
Se atreverá decirte; mas mi labio,
De mi lealtad á impulso, en tus oidos
Repetirá.. ¡Gran Dios [1], qué estoy mirando!
En este sitio una muger.... ¿Es sueño?
¿Es ilusion?.... No hay duda [2].... y al descanso
Entregada parece.

FLORINDA *volviendo en sí.*

¡Ay infelice!

TULGA.

Cielos.... ¿qué voz?....

1 Viéndola. 2 Acercándose á ella.

FLORINDA [1].

Espera.... Oye, Pelayo [2].
¿Quién es?.... ¿dónde me escondo [3]?

TULGA *conociéndola.*

¡Tú! ¡Florinda!
Oprobio de mi honor y de mis años [4],
No huyas de mí.

FLORINDA.

Señor, piedad.

TULGA.

Responde,
Infame, á mis preguntas. ¿Quién te traxo
A este sitio?

FLORINDA.

Pelayo.

TULGA.

¡Qué profieres!
¿El otra vez te vuelve al vil estado
De tu prostitucion?

FLORINDA *con altivez.*

Nunca ese nombre
Mereció mi desgracia. Por su brazo
Salí de entre enemigos y traydores.

1 Levantándose.
2 Viendo á Tulga.
3 Quiere irse.
4 Deteniéndola.

TULGA.

Para ser de Rodrigo. ¿Y te ha ocultado
Para ese fin de Tulga? ¿Y es el héroe
Que defiende la España?

FLORINDA.

No ese agravio
Hagas á su nobleza. Fue Egerico
Quien por órden del Rey, atropellando
Su pabellon....

TULGA.

No mas, Florinda; basta;
Violencia, indignidad, todo lo alcanzo.
Pero ¿piensas que puede sincerarte
A la vista del mundo el atentado
Con que tu honor envileció el Monarca?
¿No sabes que á la fuerza ni al engaño
Dan crédito los hombres corrompidos?
Y aunque le diesen; viendo desolado
Este fértil Imperio por tu causa;
Viéndote conducir los Africanos
Contra tu misma patria; y finalmente,
Mirándote volver entre el estrago
Al poder de Rodrigo, ¿quién creyera
Que inocente eras causa de los daños?

FLORINDA.

Lo soy; Dios es testigo....

TULGA.

No profanes

Con una falsedad su nombre santo.
Florinda, eres culpada: sí; recuerda
Que al entrar de Toledo en el palacio
A servir á la Reyna, mis consejos
Tu vanidad y orgullo despreciáron.
Desvanecida entónces, como hermosa,
Tu juventud lozana hundió en el fausto
La modestia, el candor y las virtudes
Que tus padres y Túlga te enseñáron.
Este el orígen fue de tu deshonra:
Tus brillantes adornos deslumbráron
Los ojos de Rodrigo, y tu hermosura,
Ese don que á la España cuesta tanto,
Encendió su pasion; era Monarca;
Tú jóven y orgullosa; desayrarlo
Fue irritar su poder; tu resistencia
Oponer á sus gustos era en vano:
Si humilló tu altivez, obró, Florinda,
Como Rey, como amante despreciado.

FLORINDA.

¡Ah! De mi vanidad los extravíos
No puedo disculpar; pero los cargos
Que me haceis de que vengan lor Alarbes
Contra la España por mi culpa armados
Puedo satisfacer. Opas es solo,
Quien por vengar la muerte de su hermano,
A mi padre impelió para esta guerra,
Que aun es mas horrorosa que su agravio.

Yo solo le pedí que me sacase
De la mansion odiosa, del palacio
Donde sufrí mi afrenta; y sus trayciones
Mayor motivo diéron á mi llanto.
Él me arrastró consigo á esta campaña,
Mi ultraje y su venganza publicando;
Y esto es, señor, bastante á disculparme
En vuestro corazon; porque los vanos
Juicios del vulgo mi altivez desprecia:
Si los hombres mordaces y malvados
Califican la fuerza de mentira,
Es porque en sus amores no gozáron
El favor de mugeres de mi clase,
Sino los desperdicios, los halagos
De algunas hembras viles, licenciosas,
Que el pudor de su sexô degradáron.

TULGA.

¡Qué altanero lenguage en la ignominia!
Ve aquí otro testimonio declarado
De tu funesto orgullo; di, soberbia,
Entre la multitud de tus quebrantos
¿No pudiste morir?

FLORINDA.

Con su desdicha
Llega á ser inmortal el desgraciado.

TULGA.

No; tú no lo serás. De mi nobleza
Sabré vengar la afrenta por mi mano,

Lavando [1] con tu sangre mi deshonra.
Muere, infeliz [2].

ESCENA IV.

DICHOS, RODRIGO, EGERICO, *Soldados.*

RODRIGO [3].

Detente, temerario:
Suelta, cruel.

FLORINDA.

Rodrigo, no le impidas
Que me dé muerte.

RODRIGO.

De furor me abraso.
¿Qué pretendeis los dos? Mirad, soberbios,
Que ya mi disimulo está cansado
De sufrir vuestra loca altaneria.

TULGA.

Yo aspiro á que su sangre dexe intacto
Mi honor.

FLORINDA.

Yo á que la muerte mis tormentos
Acabe de una vez.

1 Sacando un puñal.
2 En ademan de herirla.
3 Deteniendo á Tulga, y quitándole el puñal, que guarda.

RODRIGO.

¿Y habeis pensado
Que mi poder tolere vuestras iras?
¿Que de Tulga consienta el desacato
En mi Real pabellon, casi á mis ojos?
Os engañais. Tu vida [1] está en mi mano:
Solo Rodrigo es árbitro en la tierra
De tu suerte; la fuerza que le ha dado
El dominio feliz de tu hermosura
Sabrá con sus rigores conservarlo.
Egerico.

EGERICO.

Señor.

RODRIGO.

Lleva á Florinda
Al centro de esta tienda; y tus soldados
No la pierdan de vista un solo instante.
Obedece mis órdenes.

FLORINDA.

Tirano,
Tú puedes ultrajarme; pero tiembla
La justicia de un Dios que ofendes tanto [2].

1 A Florinda.
2 Egerico y los soldados se la llevan.

ESCENA V.

RODRIGO, TULGA.

RODRIGO.

Huye tú de mi vista.

TULGA.

Antes espero
Que me habeis de escuchar; pues colocado
Sobre el trono, las leyes os obligan
A que atendais las quejas del vasallo.

RODRIGO *aparte.*

¡Qué altivez! Pero debo mis enojos
Disimular prudente, pues lo agravio.
¿Pretendes disculparte? (*á él.*)

TULGA.

No hay delito
En mi lealtad, señor, para intentarlo.

RODRIGO.

Está bien; habla.

TULGA.

Oid; aunque pudiera
Con viles sumisiones aplacaros
En vuestra injusta cólera, no saben
El arte de mentir, señor, mis labios.
Tampoco haré de mis servicios cuenta
Para fundar mis quejas; este anciano,
Aunque lleva en su pecho las señales

Que publican quien fue, y aunque en el campo
De Marte envejeció, sabe que solo
Cumplió con los deberes de vasallo.
Pero sobre mi frente los laureles,
Que arranqué de las sienes del contrario,
Al golpe de una afrenta inesperada
Con eterno baldon se marchitáron.
¡Oxalá que en mi oprobio solamente
Siempre quedáran tan inmensos daños!
Pero la patria gime: vos, Rodrigo,
De vuestra ardiente juventud guiado,
Privasteis de las armas á los Godos;
Los funestos placeres enervárón
Su invencible valor, y de Witiza
Por nuestro mal seguisteis el reynado.
El cielo os avisó, quando la torre
De la imperial Toledo profanando,
Hallasteis en su centro pavoroso
El misterioso lienzo, en que pintados
Vimos la vez primera los alfanges,
Y el ademan feroz de los contrarios;
Vos visteis en extraños caractéres
De todos nuestros males el presagio.
Ya se cumple el funesto vaticinio
Que leyéron mis ojos con espanto:
Pues ¿cómo vos, testigo del portento
Con que os previno Dios, tan descuidado
No habeis reconocido los semblantes

De los conquistadores Africanos?
¿Y cómo entre festines y delicias
Volveis, á un vil amor abandonado,
A buscar en Florinda los deleytes?
Entrad en vos; quitad de vuestro lado
La causa del delito; sí: entregadme
Esa infeliz muger, y Soberano
De vuestro corazon, haced que España
Recobre su esplendor amancillado.
Rendido [1] á vuestras plantas os suplico
Domeis vuestra pasion, y hasta lograrlo
No me alzaré del suelo, donde humilde
Vuestra virtud, vuestro valor reclamo.

RODRIGO.

Alza [2]; no mas; ¡oh qué poder encierra
La voz de la verdad! Cedo postrado
A su luz celestial: dispon que luego
Florinda partir pueda de mi campo,
De tus fieles amigos escoltada,
Adonde determine; pero en tanto
Contra esa triste olvida tus rigores,
Como me olvido yo de sus encantos.

TULGA.

Dexad que agradecido....

1 Se arrodilla. 2 Levantándolo.

ESCENA VI.

DICHOS, EGERICO.

EGERICO.

Corre, Tulga,
Corre á estorbar que logren tus soldados
Sembrar la sedicion entre las tropas;
Sin duda algun traydor pudo informarlos
De que Florinda se halla en esta tienda;
La nueva se difunde por el campo,
Y en pos de ella el motin se ha descubierto:
Los ménos atrevidos desertáron
De sus banderas, y á las armas corren
Sin subordinacion los mas osados.

RODRIGO.

Yo iré donde escarmienten mis enojos....

TULGA.

No os expongais, Señor, á ser el blanco
De alguna vil traycion ó indigna trama:
Yo con mi vista á confundirlos basto. (*Se va.*)

RODRIGO.

¡Oh generoso Tulga!

EGERICO.

No comprendo
Por qué medios, Señor, ha serenado
La justa indignacion de vuestras iras.

RODRIGO.

Por los de la virtud; que el hombre en vano
Se opone á su poder, si enteramente
Su corazon los vicios no domáron.
He resuelto, Egerico, que á Florinda
Tulga de mí separe en breve espacio.

EGERICO.

¿Luego vos ignorais [1]?....

RODRIGO.

Calla [2]. ¿Qué anuncia
Ese marcial clarin?.... Pero Pelayo.

ESCENA VII.

DICHOS, PELAYO.

PELAYO.

Señor, Tarif en órden de batalla
Dispone con presteza sus soldados;
Y al tiempo mismo que lidiar previene,
De paz blanca bandera tremolando,
Se acerca á nuestras tiendas con su guardia,
Y en este sitio solicita hablaros.

EGERICO *aparte.*

¡Qué escucho!

RODRIGO.

Ve al momento á conducirlo;

1 Suena un clarin. 2 Mirando adentro.

Y harás que nuestro exército ordenado
Se prepare al combate, y que tus tropas
Mi Real persona asistan; que yo en tanto
Me prevengo á escucharlo sobre el trono,
De mis regias insignias adornado.

PELAYO.

A obedeceros voy. (*Se va.*)

RODRIGO [1].

Tarif sin duda
Dispone abandonar luego su campo,
Debilitado ya con la victoria
Que consiguió la audacia de Pelayo;
Y para que mis tropas no persigan
Su retirada al mar, pedirá acaso
Tregua ó paz, que á negarle estoy resuelto.

EGERICO *aparte.*

Aquí de mi cautela. Si el contrario (*á él.*)
Abandona de España la conquista
Ya de vuestro valor escarmentado,
¿Por qué de las delicias amorosas,
Monarca y vencedor, quereis privaros?
Vos ignorais que Tulga es quien propaga
La nueva que el motin ha originado.

RODRIGO.

¡Qué dices!

2 Miéntras los siguientes versos se pone manto y corona; y toma el cetro de la mesa.

EGERICO.

La verdad; y si consiguen
Con esta rebelion amedrentaros
Las españolas huestes, obteniendo
Lo que anhelan, las armas en la mano,
¿Quién duda que en continuas sediciones
Insulten vuestro solio; y que alentados,
Al ver que vos cedeis por este medio,
Renovarán la ofensa á cada paso?

RODRIGO.

Bien dices; tu política me enseña
Lo que puedo esperar. Alucinado
Por Tulga me engañé; no penetraba
Que era el infame autor del desacato.
Egerico, dispon que en el instante
Del campamento salgan sus soldados;
Y con ellos su gefe artificioso
Vaya de mi presencia desterrado.
Parte al punto.

EGERICO.

De vos, Señor, es digna
Resolucion, que venga vuestro agravio.
Logré [1] mi intento [2].

RODRIGO.

Sí; que reconozca
Ese Godo y sus viles aliados,

1 Aparte al irse. 2 Se va.

Que Rodrigo desprecia sus astucias
Y su conspiracion: quando humillado
Tarif viene á buscarme, ya en mi pecho
De la dulce esperanza brilla un rayo;
Que á quien glorioso y vencedor se mira,
No puede amor negarle sus halagos.

ESCENA VIII.

Suena marcha militar: Tarif con séquito de Africanos: Pelayo con guardias que cercan la escena: Rodrigo sentado en su trono.

TARIF [1].

En el nombre de Alá, salud desea
A Rodrigo, Tarif; y lastimado
De la espantosa suerte que previene
Mi valor á tu Imperio y tus vasallos,
Antes que te destruya en el combate,
Como el torrente asolador los campos,
La paz vengo á ofrecerte generoso:
Estos, para lograrla, son los pactos.
Primero: que del hijo de Mahoma,
Del Miramamolin, mi Soberano,
Por el justo derecho de conquista
Se declare este Reyno tributario.

1 Se sienta ántes de hablar.

Segundo: que la ley del gran Profeta
Abrazarán los Godos voluntarios.
Tercero: que con estas condiciones
Del gobierno de España pase el mando
A poder de los deudos de Witiza,
Y Opas debe regirla, que es su hermano.
Y último: que á Florinda has de entregarme,
A quien su prisionera hizo Pelayo;
Y dicen que tu amor ó tu capricho
Por medio de la fuerza ha deshonrado;
Para que al poder vuelta de su padre,
No tengan mas pretexto los estragos.
Si aceptas los partidos que te ofrezco,
Sin efusion de sangre....

RODRIGO.

Sella el labio,
Altanero Tarif: ¿qué propusieras
Si fuera yo de tu soberbia esclavo?
Jamas será la España tributaria
Por mi causa de un déspota tirano:
Ni en tiempo alguno esperes que los Godos
Abandonen su Dios por ese falso
Profeta que dictó tu secta impía.
¡Yo del poder supremo despojado
Por precio de la paz! Jamas lo esperes.
Afrentas son los exêcrables pactos
Que á Rodrigo propones; tú debieras
Estar en mi presencia avergonzado,

Pues siete veces en marcial combate
Mis valerosos Godos te encerráron
Dentro de tus trincheras á lanzadas.
Di, ¿qué audacia te alienta, temerario,
A insultarme? ¿Qué triunfo has conseguido
Sobre los Españoles? Si el estrago
De la pasada noche no te humilla,
Ya en órden de combate estan formados
Mi exército y el tuyo: á la batalla
Ve á convocar tus viles aliados.
Y di al traydor Julian, que si á Florinda
Rodrigo pudo amar, fue por honrarlo;
Y que si altivo espera recobrarla,
No será con las armas en la mano.

TARIF.

Me agrada tu fiereza; tú eres digno
De tener á Tarif por tu contrario.
Mas cálmate, y escucha mis razones,
Como yo tus denuestos he escuchado.
Tú ignoras el peligro en que te hallas;
Antes que el sol nos prive de sus rayos,
Millares de aguerridos agarenos
Lloverán de los montes inmediatos
Sobre tus miserables esquadrones,
Y en fuego y sangre nadará este campo.
No el número excesivo de tus huestes
Te asegure, Rodrigo; desarmados
Estan por culpa tuya los leales,

Y en medio del tropel desordenado
Infinitos traydores y ambiciosos
Estan contra tu vida conspirando:
Y entre tantos caudillos que te sirven,
Solo, Rodrigo, tienes un Pelayo.
Pues evita el combate y tu ruina;
Aunque el cetro renuncies, yo á mi lado
Te llevaré al Arabia, donde aprendas
A conocer los hombres y á domarlos.
Yo te ofrezco, si vences tus pasiones,
Y si á mi arbitrio entregas tus estados,
Que quien ahora te arranca la diadema,
Algun dia te vuelva á gobernarlos,
Quando digno de ser Monarca, sepas
Tu Reyno defender como soldado.

RODRIGO [1].

Aun te falta vencerme; entónces puedo
Disfrutar tus ofertas; pero en tanto
Registra la campaña, y mira en ella
Lo que has de contrastar. Esos soldados
Solo de que defienden á su patria
Se acuerdan en el choque sanguinario;
Tú los verás lidiar porque no sean
Sus esposas, sus hijos tus esclavos,
Y verás el valor que les infunde
El poderoso Dios de los Cristianos.
Ni pienses que abatir los fuertes Godos

1 Se levantan.

Es como esclavizar los Africanos.
Vuélvete, pues, al mar, si no pretendes
Que de tumba te sirvan estos campos.

TARIF.

No: yo fixaré en ellos mi dominio;
Tarif les ha ofrecido á sus soldados,
Que premien los tesoros de la España
Su invencible valor y sus trabajos;
Saben que esta conquista les promete
Los inmensos tesoros que no halláron
De la abrasada Libia en las arenas;
Y porque su furor desesperado
Solo espere la muerte ó la victoria,
Por mi órden los baxeles se quemáron,
Que á estas ricas y fértiles riberas
De la africana costa nos pasáron.
No podemos huir: á nuestra espalda
Sus ondas nos presenta el oceáno;
Y así es fuerza romper por vuestros pechos
Para hallar el Imperio que buscamos.

RODRIGO.

Lo hallarás en la muerte: al arma toca [1];
Al combate, Tarif [2].

TARIF.

Rodrigo, al campo [3].

1 A los suyos.
2 Se va con los Godos.
3 Se va con los Africanos.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

El teatro representa lo interior del campamento de los Godos; vista de la tienda de Rodrigo en el foro con puerta practicable; á la espalda de ella una colina, sobre la que hay una hoguera, que se verá arder á su tiempo.

EGERICO, *Soldados que guarnecen las tiendas.*

EGERICO.

Ve aquí la hora feliz en que se logre
De nuestra astucia el fruto, compañeros:
Trabada la batalla, ya se acerca
La ruina de Rodrigo; el campamento,
Que á mi guardia y la vuestra ha confiado,
Al valiente Julian entregarémos
Al punto que las sombras de la noche
Caygan de las montañas: el sangriento
Combate, que en seis horas de exterminio
Aun no cede al terror, en breve espero
Que ceda de una vez á la cautela,
Y eleve nuestra suerte; ya el momento
Se avecina de que Opas al contrario
Incorpore sus tropas: llegue luego
Este importante aviso, para hacerle

La señal convenida por los nuestros
A Julian; él, oculto entre los montes
Que ciñen este campo, conduciendo
Ocho mil Africanos escogidos,
Llegará á completar el vencimiento:
Verémos sobre el trono colocado
A Opas nuestro caudillo, y gozarémos
De su grande poder las recompensas
Que ofreció su justicia á nuestro esfuerzo.
Cayga pues de su solio ese tirano
Usurpador Rodrigo.... Mas [1] ¡qué veo!
Él viene hácia este sitio; el disimulo
Cubra nuestra intencion, miéntras sabemos
Por qué causa abandona la batalla.

ESCENA II.

DICHOS, RODRIGO.

EGERICO.

¿Adónde vais, Señor? Decid ¿qué es esto?

RODRIGO.

La traycion mas infame; la perfidia
Mas horrorosa que los siglos viéron.
El vil Opas con todos sus parciales,
Que en el choque lidiaban los primeros

1 Mirando adentro.

Contra los Africanos, abandona
Nuestra comun defensa, y revolviendo
Sus numerosas tropas las espadas
Contra su misma patria, sus esfuerzos
Unen á los Alarbes. ¡Oh malvados!
En vano con un crímen tan horrendo
Pensais hollar la gloria de la España;
Para hacerla triunfar basta mi acero.

EGERICO.

¡Oh vergüenza! Señor, yo á vuestro lado
Iré donde escarmiente....

RODRIGO.

No pretendo
Que me sigas.

EGERICO.

Si acaso sospechosa
Puede ser mi lealtad....

RODRIGO.

Yo no sospecho
Sino de la fortuna, ni confio
Mas que de mi valor en tanto riesgo;
A este fin, Egerico, de mi carro
En la batalla abandoné el gobierno;
La tierra de cadáveres sembrada,
Sus acinados palpitantes miembros
Retardaban el giro de las ruedas
En el duro combate á mi despecho.
Anda, Egerico, la acerada silla

Oprima las espaldas del ligero
Orelia al punto, y su espumosa boca
Ardiente tasque el reluciente freno,
Que en él para animar á mis soldados
A la batalla presuroso vuelo.

EGERICO.

Voy, Señor, á serviros. Que se aleje [1]
Conviene á mi cautela de este puesto.

RODRIGO.

¡Oh España! si mi brazo no te libra
Del yugo del infame Sarraceno,
No contará la fama que Rodrigo
Sobrevivió á tu afrenta. ¡Amor funesto!
Tú eres de mi baldon el triste orígen.
¡Ah! yo de tu pasion maldigo el fuego,
Que mi gloria eclipsó.

FLORINDA *dentro de la tienda del foro.*

Dexadme libre.

RODRIGO.

¡Qué voz hiere mi oido con su acento!

1 Aparte, y se va.

ESCENA III.

RODRIGO, FLORINDA *á la puerta de la tienda; los soldados la impiden que salga.*

FLORINDA *á los soldados.*

¡Ah! no me detengais: dexad que vaya
A buscar una muerte que deseo.

RODRIGO *á los soldados que se apartan.*

Soldados, apartad; no se la impida
Que disfruten sus ojos el sangriento
Placer de la venganza.

FLORINDA.

¿Qué profieres?
Cruel, ¿de qué me acusas?

RODRIGO.

Del funesto
Destino de la España; tú eres causa
De mi desdicha y su baldon eterno:
Goza de tu traycion.

FLORINDA.

¡Solo este golpe
Faltaba á mi desgracia, santo cielo!

RODRIGO.

Sí, muger detestable; tu hermosura,
Que yo ciego adoraba, y ya aborrezco,
Es el fatal orígen del estrago
Que destroza la patria; tu altanero

Desden y tu venganza abominable
Diéron á los traydores el pretexto
Para que conspirasen en su daño.
¡Ah! tarde lo conozco; pero al ménos
Conseguiré morir en este dia,
En que se ha roto al fin el triste velo
De mi infame pasion: muger nacida
Por mi fatalidad, huye al momento
De mi presencia: aléjate al instante
De mi vista y de todo el campamento:
Ve á buscar entre infieles y traydores
Un asilo seguro á tu perverso
Rencor, miéntras Rodrigo en la campaña
Opone su valor á tus deseos.

FLORINDA.

¡Hombre cruel!...

ESCENA IV.

DICHOS, EGERICO.

EGERICO.

Venid, Señor, ya queda
Prevenido el caballo.... Mas [1] ¡qué veo!
¿Florinda aquí? ¿Quién es el temerario [2]
Que, olvidando atrevido mis preceptos,

1 Repara en Florinda. 2 A los soldados.

La permite salir de la Real tienda?

RODRIGO.

Yo lo mandé, Egerico; y te prevengo,
Que si no se retira de mi campo,
En este mismo instante tus guerreros
La arrojen fuera de él con ignominia
A merced del contrario; porque viendo
Los valerosos Godos su abandono
Lidien en mi favor con mas esfuerzo;
En tanto que yo, odiando su hermosura,
Que ahora me infunde horror, ira y desprecio,
Consigo en la defensa de la España
O vivir vencedor, ó quedar muerto. (*Se va.*)

ESCENA V.

EGERICO, FLORINDA.

FLORINDA. (¡es!
¡Qué escucho, eterno Dios! ¡Oh qué de ultra-
¡Ah monstruo de fiereza!

EGERICO.

En breve tiempo,
Señora, llegará vuestra venganza.
Sabed que vuestro padre.... Mas los fuegos [1],
Que sobre los collados se descubren,

1 Mirando adentro.

Su llegada me anuncian. Compañeros [1],
Alumbrad esa hoguera, que es su llama
La señal convenida [2].

FLORINDA.

¡Qué oygo, cielos!
¿Vos á la confianza de Rodrigo
Faltareis? ¿Llegarán al campamento
Los contrarios? Traydor....

EGERICO.

A vos, Florinda,
Quando humillada os veis por el desprecio
Del Rey, no os corresponde darme un nombre,
Que por mis procederes no merezco.
Yo debí obligaciones á Witiza,
Que á Opas su hermano compensar pretendo:
Rodrigo es á mis ojos solamente
Un vil usurpador del solio regio;
Y á vos, que habeis sufrido su violencia,
(Si no fuisteis sensible á sus afectos)
No os toca motejar vuestra venganza.

FLORINDA.

¡Yo sensible á su amor! ¿Qué estais diciendo?
Jamas ha merecido ese tirano
De mí sino rencores y odio eterno.
De su postrer insulto sois testigo....
Bien decis.... mi venganza es mi deseo.

1 A los soldados. 2 Encienden la hoguera.

Sí: perezca Rodrigo entre el estrago;
En su alcance volad; rompa su pecho
Vuestra espada, Egerico; ante Florinda
Arrastradlo á morir; que en sus tormentos
Mi corazon se goce; que penetren
Mis ojos las heridas de su seno;
Que á mis plantas su infame sangre corra;
Que sirva de tapete su sangriento
Cadáver á mis pies; y en fin, que goce
Del horror de sus últimos momentos.

EGERICO.

Esa gloria, Florinda, se reserva
De vuestro padre al vengador acero;
A él le toca; y si acaso la fortuna
Hace que su valor no llegue á tiempo,
La lanza de Tarif sabrá lograrla,
O los corvos alfanges agarenos.

FLORINDA.

Pues qué ¿vuestra inaccion....

EGERICO.

Yo de este sitio
Ni un instante, señora, faltar debo.

FLORINDA.

¡Ah! quien vive de astucias y cautelas,
Del general peligro siempre léjos,
Como vos, se mantiene; pero Tulga
En breve de mi honor y mi desprecio

Podrá lavar la afrenta con mi sangre [1].

EGERICO.

¿Adónde vais, señora? Deteneos:
Tulga con sus parciales ha partido
Por órden del Monarca; y á Toledo
Antes de la batalla desterrado
Fue con todas sus tropas.

FLORINDA.

Ya comprendo,
Que en vano por salvar la triste España
Los valerosos Godos sus esfuerzos
Oponen á Tarif; les falta el brazo
Del invencible Tulga; ya perdiéron
Con él á los leales; y aun yo misma
De su justo rigor perdí el consuelo.
La muerte buscaré [2].

EGERICO.

Ved....

FLORINDA.

Apartaos;
No me impidais que encuentre en el horrendo
Combate quien furioso ó compasivo
Acabe de mi vida el vilipendio.

EGERICO.

Mirad que vuestro padre.... Pero él llega [3];

1 Quiere irse; Egerico la detiene.
2 Quiere irse; Egerico la detiene.
3 Mirando adentro.

Pues que descubro ya los Sarracenos
Penetrar por las tiendas.

FLORINDA.

¿Quién.... mi padre?
¡Oh Dios! ¿qué haré?

EGERICO.

Ya viene hácia este puesto.

ESCENA VI.

DICHOS, JULIAN, *Guerreros Moros con los alfanges desnudos.*

JULIAN.

Africanos, seguidme; Amigo, hija,
A mis brazos llegad [1]. El justo cielo
Cansado de sufrir la tiranía
A Tarif le concede el vencimiento.
Florinda, libre estás; si de Pelayo
Te reduxo al infame cautiverio
El valor insensato, ya tu padre
Logró romper tan vergonzosos hierros.

FLORINDA.

¡Ah, señor! mi destino....

JULIAN.

Se ha trocado

1 Se abrazan.

En suerte venturosa; pero debo
Mi promesa cumplir ántes que todo.
Egerico, á los fuertes Agarenos
Que me siguen entréguese al instante
La guardia y el botin del campamento:
Ellos han completado mi venganza;
A ellos debo mi honor; y en fin, son ellos
Los que arrostrando mares y peligros
Desde el Africa ardiente me siguiéron
A la fértil España, de mi afrenta
Vengadores y fieles compañeros.
Opas, á quien el trono justamente
Le toca por legítimo derecho,
Les pagará el tributo estipulado
Por la entera conquista de este Reyno;
Y yo que su favor y sus fatigas
Les ofrecí tuviesen digno premio,
Con los grandes tesoros de Rodrigo
De mi oferta he logrado el cumplimiento.

EGERICO.

¿Sabeis si ha conseguido enteramente
La victoria Tarif?

JULIAN.

Aunque el esfuerzo
De Pelayo y de algunos atrevidos
Disputan con furor el vencimiento,
Perecerán en breve destrozados
Entre el horror, la confusion y estruendo.

Desde esa cordillera, que domina
El campo del combate, ví encubierto
A Opas pasar con todos sus parciales
Al lado de Tarif; y revolviendo
Sus armas contra el resto de los Godos
La suerte de la España decidiéron:
La señal hice entónces convenida;
Y sin esperar mas, veloz desciendo
Con mis tropas al valle; de esa hoguera
Tu auxîlio me confirma el raudo fuego;
Y si aun del triunfo dudas....

EGERICO.

No mas, Conde;
Esa noticia ahuyenta mis rezelos.
Africanos, venid. Estos soldados [1]
Son mis parciales y aliados vuestros:
Ellos no impedirán que la riqueza
Quede en vuestro poder del campamento:
El nombre de Florinda es contraseña,
Que os hará en todas partes conocerlos;
Y el que no lo pronuncie, á nuestros golpes
Sin dilacion ni excusa quede muerto [2].

1 Señalando á los Godos.
2 Se va con todos los comparsas.

ESCENA VII.

JULIAN, FLORINDA.

FLORINDA.

Egerico, escuchad.

JULIAN.

¿Tú lo detienes?

FLORINDA.

¡Oh padre! ¡si supieseis los tormentos
Que mí afligido corazon destrozan!

JULIAN.

¡Qué escucho! Quando todos mis deseos
Se logran, quando ves en este dia
La destruccion completa del perverso
Que amancilló tu honor, ¿así abatida
Te entregas al dolor y al desconsuelo?
¿Qué es esto, hija querida?

FLORINDA.

Amado padre,
No puede resistir mi débil pecho
La imágen horrorosa del estrago,
Que por mi causa sufren sin remedio
Millares de inocentes; ni mi patria,
Ni los Godos jamas parte tuviéron
En mis afrentas; fue Rodrigo impío
Quien me sumió en la infamia, y el soberbio
Quizá se salvará, quando perecen

Tantos míseros hoy por defenderlo.

JULIAN.

No lo esperes; Tarif me ha prometido
Conducirlo á tus plantas vivo ó muerto:
Si lo cumpliere, que Rodrigo sufra
De tí la humillacion y el menosprecio;
Insulta su poder y su soberbia,
Y ante tus ojos el erguido cuello
En el polvo doblegue, hasta que espire
Entre angustias mortales y tormentos:
Abre tu corazon á la alegría
Que te presenta el quadro lisonjero
De la venganza; para siempre borra
La compasion de tu sensible pecho;
Y piensa que esos Godos, que te deben
Tan inútil piedad, los mismos fuéron
Que astutos motejáron tu deshonra,
Haciéndote feroces el objeto
Del escándalo público; los mismos
Que de Egilona los rabiosos zelos
Contra tí suscitáron, y que nunca
Ni tu violencia ni dolor creyéron.
Gózate en su exterminio; que yo en tanto
Voy á que en salvo al punto quede puesto
El botin de las tiendas, porque acabe
De consumirlas por mi mano el fuego. (*Se va.*)

FLORINDA.

Bien dice: ya no es tiempo de piedades;

Del rencor solamente el fatal eco
Mi corazon escucha; sí; perezcan
Esos viles esclavos, que tuviéron
Lengua para ultrajar á una infelice,
Y que cobardes en el choque fiero
No salváron la gloria de su patria,
Por estar desarmados como siervos.
¿Y he podido un instante de su suerte
Compadecerme? ¡Oh rabia!.... Me avergüenzo
De mi debilidad. ¿No soy Florinda?
¿No soy la que afrentada.... ¡Oh vil recuerdo
De mi ignominia!.... ¿Acaso á repararla
Basta la destruccion de todo un Reyno?
¿Basta la sangre toda de los Godos
Serviles, miserables? ¿Valen ellos
Mas que mi agravio? No: pues si no pueden
Sus vidas espiar mi vituperio,
Al ménos que señalen con su muerte
Mi venganza á la faz del universo.

ESCENA VIII.

FLORINDA, *despues* PELAYO *con la espada desnuda.*

PELAYO *dentro.*

Rodrigo.

FLORINDA.

¡Qué he escuchado! ¿Quién....

PELAYO *dentro.*

Rodrigo.

FLORINDA.

¿No es la voz de Pelayo?

PELAYO *saliendo.*

¡Oh vilipendio!
¡Desventurada España!.... Patria mia....
¿Adónde estás, Rodrigo?... ¡Oh Dios qué veo!
¡Florinda, vos aquí con los traydores!

FLORINDA.

¿Qué os admira, Pelayo? Si mis ruegos
Para que me alejarais de este sitio
Fuéron vanos con vos.

PELAYO.

Me admira el veros
Con vida, quando ya por vuestra causa
Religion, patria y Godos feneciéron.

FLORINDA.

Pues aun vive mi afrenta.

PELAYO.

Sí, y eterna
Será para serviros de tormento
Con esta vil venganza.

FLORINDA.

¡Qué!... Pelayo

PELAYO.

¡Oh Dios!... dexemos
Vanas reconvenciones: si se alberga
Algun resto de honor en vuestro pecho,
Decid qual es la suerte de Rodrigo;
Y si aun puede mi brazo socorrerlo,
Esta espada....

FLORINDA.

Pelayo, reservadla,
Para que acaso logre en mejor tiempo
Recuperar la gloria de los Godos,
Si son dignos algunos de teneros
Por su caudillo; entónces mas valientes
Recobrarán su patria; y si el deseo,
Que á este sitio os conduce es la defensa
De Rodrigo, sabed que ya habrá muerto [1].

PELAYO.

¿Quién el bárbaro fue....

FLORINDA.

Fue mi venganza;
Fue mi rencor, y en fin, los mismos fuéron
Que oprimió con su orgullo y tiranía.
Si no quereis tambien que vuestro esfuerzo
Víctima llegue á ser del Africano,
Huid, Pelayo, huid del campamento,
Pues sabeis las salidas mas ocultas;

1 Empieza el teatro á obscurecerse.

Y si alguno intentase deteneros
Mi nombre pronunciad. Ya de la noche [1]
Las sombras se avecinan; los momentos
No perdais vanamente en este sitio;
Y sabed que yo os libro de este riesgo,
Por la grata memoria de que un dia
Tuvisteis el ilustre atrevimiento
De aspirar á que fuese vuestra esposa.

PELAYO.

Castiguen ese infame pensamiento
Los cielos con su colera implacable
En mi odiosa exîstencia; ya comprendo
Vuestro horrible designio; ya descubro
Vuestro falaz engaño, y me arrepiento
De haberos compasivo conducido
Adonde vuestros viles fingimientos
Consiguieran su fin. ¡Oh qué insensato!
Habeis alucinado con el velo
De la santa virtud mi confianza:
Quedad entre traydores y perversos,
A quienes vuestro nombre abominable
Sirve de vil señal; vivid con ellos
Viendo la esclavitud de vuestra patria;
Vivid, para que el bárbaro Agareno
A vuestra vista imponga sus cadenas,
Las vírgenes reduzca al vituperio,

1 Obscurece mas.

Atropelle las leyes, y profane
La inmunidad sagrada de los templos;
Allí sereis testigo del ultraje
De vuestro Dios; los frios monumentos
De vuestros respetables ascendientes,
Por vuestra infamia hollados con desprecio
Serán del Africano, y levantando
Sus pavorosas sombras el lamento
De la venganza, acompañando el grito
De la desolacion sus tristes ecos,
Maldecirán el detestable nombre
De la odiosa Florinda; y repitiendo
Su imprecacion el orbe horrorizado
Será eterna en los siglos venideros. (*Se va.*)

FLORINDA.

Esperad ¡ay de mí!.... Pelayo, oidme.
¡Qué horrible maldicion! Yo me estremezco.
Misera, ¡qué he escuchado! Sus palabras
Para siempre destierran de mi pecho
El bárbaro placer de la venganza:
¡Qué imágenes odiosas, qué funesto
Quadro de la ignominia de mi nombre
Sus voces á mi oido repitiéron!
¡Padre cruel! lográron vuestras iras
Mi orgullo despertar por un momento;
Llegué á vanagloriarme del estrago
Causado por mi afrenta. ¡Qué horror, cielos!
¿Y lo habeis consentido? Ya Pelayo

Del atormentador remordimiento
Dispertó en mí las implacables furias....
Aniquilad piadoso, Dios eterno,
Mi vida criminal, lanzad el rayo,
Que en vuestra justa diestra está suspenso,
Sobre mi delinqüente vil orgullo,
Que con loco teson pudo ofenderos;
Y ántes que llegue á ver tantos horrores,
Exterminad mi vida justiciero [1].

ESCENA IX.

FLORINDA, TARIF, *Africanos con el manto, corona y puñal de Rodrigo; los alfanges desnudos.*

TARIF.

Florinda.

FLORINDA.

¿Quién?... Tarif... ¡oh Dios!

TARIF.

Escucha.

Ya mis gloriosas armas consiguiéron
El dominio de España; en vano ha sido
Que opusieran los Godos sus esfuerzos
Al valor de Tarif; sembrado el campo

1 Queda apoyada al bastidor con abatimiento.

Queda de sus cadáveres sangrientos:
He tenido presente tu venganza;
En medio del horror mis Agarenos
Aspiraban furiosos á dar muerte
Al Monarca Rodrigo; él oprimiendo
La fuerte espalda del fogoso Orelia,
Ceñida la corona al duro yelmo,
Prendido al hombro el manto salpicado
Con la sangre africana, y el acero
En ella enroxecido, la victoria
Retardó á nuestras armas largo tiempo;
Hasta que al verse solo, y acosado
De nuestras fuertes lanzas, con despecho
Se arranca y tira las insignias Reales,
Los ijares desgarra del ligero
Bruto, y veloz del hondo Guadalete
Saltar el cauce intenta; mas los muertos,
Que amontonados con las rotas armas
Engrosaban las ondas de su lecho,
Hiciéron que el caballo generoso
Sepultase en las aguas á su dueño.
Sin duda ha perecido; y pues la suerte
Impide que á tus plantas prisionero
O muerto lo postrara, los despojos [1]
Altiva huella de su solio regio.

1 Arroja á sus pies el manto, corona y puñal de Rodrigo.

Así cumple Tarif con la palabra
Que á tu padre le dió; y aunque los medios
De su infame traycion y tu venganza
Son viles á mis ojos, si por ellos
La España he conquistado, y la ley santa
Del gran Profeta en su confin extiendo,
Publicará la fama las victorias
Que mis grandes hazañas consiguiéron.
Africanos, venid; pues solo falta
Consumir y asolar el campamento [1].

FLORINDA.

¡Ah, Florinda! ve [2] aquí de tu venganza
El suspirado, el exêcrable resto.
Considera si pueden tus ultrajes
Compensar estos débiles trofeos [3]:
Reflexîona, infeliz, el cruel lenguage
Con que un bárbaro muestra el menosprecio
Que la traycion merece: ¿y quién la causa?
¡Ay triste! ¿qué discurro? yo el funesto
Orígen soy de tantas desventuras,
De tanto estrago, horror y vilipendio.
¿Y estar podré inocente? No: mi orgullo,
Mi vanidad acusan los lamentos
De un pueblo desolado.... yo los oygo
Mi nombre maldecir.... ya llegó el tiempo,

1 Se va con los suyos.
2 Señalando los despojos de Rodrigo.
3 El teatro está obscuro enteramente.

Madre cruel, de ver cumplida en todo
Tu horrible imprecacion... ¡oh Dios [1]! ¿qué veo?
¿Esa llama qué anuncia? Mi venganza....
Mi bárbara venganza.... ¿adónde, cielos,
Me ocultaré?.... ¿Qué pretendeis vosotras,
Errantes sombras, que á la luz del fuego
Vuestras heridas me enseñais sangrientas,
Me descubris los destrozados miembros?
¿Qué pretendeis? Rodrigo fue la causa....
Yo fui solo infeliz.... piedad.... teneos....
¿Señalais sus despojos.... su corona....
Su manto enroxecido? Sí.... este acero [2]
Cobarde, con que Tulga enfurecido
Penetrar quiso mi angustiado pecho,
Es el que señalais; vuestros semblantes,
De mortal palidez y horror cubiertos,
Se animan á su vista: sí: mi sangre
Pedis con alaridos y lamentos....
Sí.... la vereis correr.... Muera Florinda
Quando perece España, y en el seno
Del sepulcro su vida y su delito
Hunda por siempre con oprobio eterno [3].

1 Se ve arder por todas partes el campamento.
2 Tomando el puñal.
3 Se hiere y cae.

ESCENA X.

FLORINDA *moribunda*, TARIF, JULIAN, EGERICO, *comparsa de Africanos, y parciales de Egerico.*

JULIAN.

Florinda, la venganza... ¡Oh Dios! ¿qué miro?
Socorredla [1]. Hija mia....

FLORINDA.

¡Oh qué tormento!
¡Ah traydor!... es mi padre.... Retiraos [2]....
Por vos murió la patria...¡Oh Dios!.. yo muero [3].

TARIF.

El crímen, la traycion y la venganza
Siempre tal recompensa mereciéron.

1 A los comparsas que la levantan.
2 A su padre.
3 Espira.

BLANCA DE ROSSI.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS.

ACTORES.

BLANCA DE ROSSI.
FELICIA, *dama suya.*
ACCIOLINO, *conquistador de Bazano.*
BAUTISTA, *esposo de Blanca.*
GENARO, *padre de la misma.*
LEOPOLDO, *General de Acciolino.*
ALBERTO, *Senador de Bazano.*
Comparsa { *de guerreros de Germania.* / *de nobles.* / *de soldados.* / *de pueblo de Bazano.*

La accion es en la ciudad del mismo nombre: empieza por la tarde, y acaba al amanecer del dia siguiente. Trage del tiempo de las Cruzadas. Todos los actores, á excepcion de Leopoldo, Alberto y los comparsas, llevan la cruz en armas y manto.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

El teatro representa gran plaza de Bazano: el telon del foro será de varios edificios con un arco en medio, por cuyo hueco se verá en lontananza una de las puertas de la ciudad incendiada á su tiempo. Templo magnífico á la derecha con entrada practicable: en su inmediacion ancianos, mugeres y niños consternados. Genaro en medio de ellos.

GENARO.

Elevemos á un Dios omnipotente
Nuestros humildes ruegos. Si á la patria
No pueden socorrer en su conflicto
El débil sexô, ni la edad cansada,
Los clamorosos votos al Eterno
Imploren en favor de nuestras armas.
¡Oh tristes ciudadanos! ved el fruto
De la guerra civil, de aquella infausta
Discordia horrible que vosotros mismos
Habeis fixado en la infelice Italia.
Eternamente la ambicion y el odio
Harán nacer el duelo y la desgracia;
Y por siempre tambien los enemigos,
A merced de tan tristes circunstancias,

Triunfarán de nosotros. Acciolino,
Al frente de las huestes de Germania,
Juró nuestro exterminio; ha conquistado
Este fértil pais, y las murallas
De esta ciudad en vano á sus victorias
Oponen el valor y la constancia.
Oprimidos del odio y de la guerra,
Asolados los campos, destrozadas
Las invencibles tropas, ¡ay! en vano
Queremos evitar nuestra desgracia.
Dios solo puede hacerlo: entrad al templo
En tanto que la suerte de las armas
Fixa nuestro destino, y del asalto
Sabemos el horror ó las ventajas [1].

GENARO *solo.*

Todos temen la imágen espantosa
De nuestra esclavitud; ansiosos claman
La viuda triste, el huérfano, el anciano
Que sus hijos perdió; sus hijos.... Blanca,
Yo soy padre tambien, y tu peligro
Me llena de terror: virtud, desgracia,
Hermosura y valor son tus adornos.
¡Oh quántas veces de mi edad anciana
Apoyo fuiste, gloria y alegría!
¡Oh con quánto placer te vi enlazada
Al ilustre Eautista, ese guerrero,

1 El pueblo entra en el templo.

Que con su exemplo y su invencible espada
Defiende en estos muros nuestras vidas!
¡Ah! si la suerte acaso me prepara
El dolor de perderos, si en vosotros
Llego á ver sepultar mis esperanzas,
¿Para qué padre fuí? Pero [1] el estruendo
Y el tropel pavoroso de las armas
Se acerca hácia este sitio.

ESCENA II.

GENARO, BAUTISTA, *Guerreros con la espada desnuda.*

GENARO.

¡Oh Dios! Bautista,
¿Adónde vas?

BAUTISTA.

A defender la patria,
O perecer con ella.

GENARO.

¿Los contrarios
Han vencido?

BAUTISTA.

Jamas; miéntras mi espada
Desnuda brille, y mi furor la esgrima.

[1] Ruido dentro.

De Acciolino las huestes rechazadas
Dos veces, del asalto abandonáron
La inaccesible empresa; avergonzada
La altiva presuncion de ese caudillo,
Viendo que sus esfuerzos se estrellaban
En nuestra valerosa resistencia,
Las máquinas previene; á las murallas
Acerca los arietes destructores;
Yo, dexando las puertas custodiadas,
Voy á impedir que la invencion consiga
Lo que el valor no pudo; nuestra saña
Destrozará sus máquinas astutas,
Y sobre los guerreros, cuya audacia
Se atreva á conducirlas, lanzarémos
Mil géneros de muertes; dardos, lanzas,
Fuego de combustion, enormes rocas,
Desde los altos muros desplomadas,
Sepultarán los bárbaros contrarios;
Y al pie de nuestros muros su arrogancia,
Su teson, y tambien nuestra victoria,
Dexarán con su sangre señalada.

GENARO.

Todo de tí lo espero: mas mi hija,
Tu esposa, ¿dónde está?

BAUTISTA.

Mi amada Blanca
Cumple con su deber; lidia animosa,
Infundiendo á las tropas su constancia.

A imitarla volemos, compañeros;
Este es el dia de salvar la patria [1].

GENARO.

Espera.... Pero ¡oh Dios [2]! aquellos golpes,
Que lejanos se escuchan, mi esperanza
Destruyen con el eco del espanto;
De los arietes son; á las murallas
Ya los pudo acercar el enemigo....
Tarde llegas, Bautista; tarde tratas
De impedir la ruina. Los cimientos
De nuestros edificios, ¡ay! las altas
Torres, y la soberbia arquitectura
De mi antiguo palacio contrastada
Veré temblar; y en breve á vista mia
El muro combatido por la saña
De la guerra feroz, á los impulsos
Del rigor cederá: siento exâltadas
Mis abatidas fuerzas por el riesgo.

1 Se va con los guerreros.

2 Golpes lejanos de tarde en tarde, que no impidan oir la representacion.

ESCENA III.

GENARO, BLANCA *armada*, *Guerreros de Bazano.*

GENARO.

¡Qué miro! Estos guerreros... ¡ah! mis plantas,
Aunque lo impida el peso de los años,
Los seguirán donde el valor me llama.
Amigos, escuchad; al lado vuestro
Conducidme al combate; mas la espalda [1]
Me volveis.... Solo tú [2] compadecido
Contemplas mi dolor... ¿Te vas?... Aguarda...
En vano los detengo; de un anciano
El débil brazo, inútil á las armas,
Excita su abandono. ¡Oh Dios eterno [3]!
Ante tu trono mis angustias claman
En favor de este pueblo desdichado;
Tu poder lo defienda; el hombre es nada
Sin tu auxílio; y tú solo sus esfuerzos
Puedes hacer triunfar de la desgracia.

1 Los comparsas hacen lo que dicen los versos.

2 A Blanca, que se detiene, hace un movimiento de dolor hácia su padre, y se va con los comparsas.

3 Se arrodilla en las gradas del templo.

ESCENA IV.

ALBERTO *con la espada desnuda*, GENARO, *que se levanta al verlo.*

ALBERTO.

Infelice Genaro, aquel caudillo,
Que á defender el muro se adelanta....

GENARO.

¿Quién es, Alberto? di.

ALBERTO.

No es necesario:
Ya es la ciudad despojo de la rabia
Del furioso Acciolino; y nuestros pechos
Son la sola defensa de la patria.
Ese ilustre guerrero, que ahora vuela
Adonde logre eternizar su fama,
El cuidado me encarga de tu vida;
Yo vengo á que encerrado en la sagrada
Mansion del templo evites el peligro;
Donde nunca Acciolino....

GENARO.

Alberto, calla.
Tu compasion me insulta, y el cuidado
De ese noble guerrero, ¡oh Dios! me infama.
¡Ah! ¿qué importa mi vida, quando todo
Perece en este dia? Si humillada
Esta ciudad, despojo miserable

Llega á ser de un tirano, si de Blanca
La suerte ignoro, di, ¿qué habrá en el mundo
Que me obligue á vivir?

ALBERTO.

Esa hija amada.

GENARO.

Llevame donde está.

ALBERTO.

No; que pudiera
El riesgo de su padre intimidarla.
Si en vano nuestros brazos se opusieren
Al furor de las huestes de Germania,
Yo te ofrezco salvar esa heroina
Del general peligro; asegurada
La conduciré al templo, y en tus brazos
Llorareis juntos la comun desgracia.

GENARO.

Alberto, yo me rindo á tu promesa
Y á la necesidad; socorre á Blanca,
Y á este anciano infelice compadece,
Que no tiene en la tierra otra esperanza [1].

ALBERTO.

A mi valor ninguna ya le queda:
Obstinados perecen con las armas
En la mano mis fuertes compañeros.
¡Ah! si por mi prudencia se guiaran

1 Se entra en el templo.

No venciera Acciolino con ardides [1].
Pero, ¡ó Dios, qué estoy viendo! Sí; las llamas
Ya consumen las puertas, que dexáron
Por defender el muro descuidadas:
Cierta es la desventura; el humo, el fuego
La destruccion anuncian; mas mi espada
Impedirá....

ESCENA V.

Se ven caer las puertas: ACCIOLINO, LEOPOLDO *y sus tropas entran por ellas con las espadas desnudas*, ALBERTO.

ACCIOLINO.

Soldados, ya vencimos
La obstinacion, la bárbara constancia
De estos hombres feroces: que la muerte
A ninguno perdone; de mi saña
Sufran todo el rigor; ese atrevido [2]
Será la primer víctima.

ALBERTO.

Bien cara
Os venderé mi vida.

LEOPOLDO *á los comparsas.*

Deteneos.

1 Se ven arder las puertas de la ciudad.
2 Señalando á Alberto.

Acciolino, ¿qué intentas? Tu venganza
En estos infelices habitantes
Te cubrirá de oprobio; derramada
Su sangre, contra tí clamará al cielo;
Perdona generoso.

ACCIOLINO.

¡Ah! que mi rabia
Me recuerda los bárbaros estragos
Que han sufrido mis huestes: la obstinada
Resistencia que ha opuesto á mis esfuerzos
La ciudad de Bazano, de mi gracia
La hace indigna.

LEOPOLDO.

El ilustre Federico,
Emperador glorioso de Germania,
Tu Soberano y mio, á la clemencia
Siempre inclinó su pecho; y esta mancha
De crueldad, con que intentas que sus tropas
Queden de la victoria avergonzadas,
Te hará merecedor de su castigo.

ACCIOLINO.

Leopoldo, solo puede de mi fama
El lustre contenerme. Ciudadano [1],
Al pueblo haz entender, que si las armas
Deponen á mis pies en el momento,
Y á discrecion se rinden, aplacadas
Mis iras quedarán.

1 A Alberto.

ALBERTO.

Voy al instante [1].

Por si á Bautista oculto, y salvo á Blanca.

ESCENA VI.

ACCIOLINO, LEOPOLDO, *Guerreros.*

ACCIOLINO.

Leopoldo, que jamas en mis oidos
Penetren por tu voz las amenazas
Del supremo poder de Federico;
Bien sabes tú que á doblegar no bastan
Mi corazon el premio ni el castigo,
Y que el Emperador, mas de mi espada
Necesita, que yo de su corona.

LEOPOLDO.

Porque no manches tu victoria....

ACCIOLINO.

Basta.
Ya has visto mi piedad; pero no puedo
Perdonar de un guerrero la arrogancia
Que defiende los muros: ve al instante
A prenderlo ó matarlo; la nevada
Cimera del plumage, el roxo manto,
Y el pavor, mas que todo, que sus armas

1 El verso siguiente aparte al irse, y se va.

A mis huestes inspiran, lo distingue.

LEOPOLDO.

Para servirte corro á la muralla [1].

ACCIOLINO.

¡Oh quánto cuesta á mi valor altivo
La furia reprimir! toda mi saña
Se despierta á la voz de la obediencia.
¿Acciolino obedece?.... No; que manda;
Manda en un Soberano, que asegura
Su cetro en el impulso de esta espada;
En su exército impera, y ya domina
En el vasto recinto de esta plaza,
Que inútilmente á mi rigor se opuso.
¿Pero no es este el templo en que de Blanca,
De la hija de Genaro, el himeneo
Se celebró en mi afrenta? No me engañan
Mis ojos: sí; aquí mismo de Bautista
Coronó con su mano la esperanza:
Y entónces yo ultrajado, aborrecido....
¡Ultrajado Acciolino, y no se baña
En sangre y exterminio! Al templo entremos;
Quantos sus vidas tienen resguardadas
En ese sacro asilo, á mis rencores
Víctimas de mi agravio mueran; cayga
Despues ese edificio desplomado
En polvo y destruccion hasta mis plantas.

1 Vase con parte de los soldados.

Venid, soldados; ni la edad ni el sexô
Cobarde, engañador, de nuestra rabia
Se pueda libertar; será su tumba
El mismo asilo que sus vidas guarda;
Y el que fue monumento de mi ultraje,
Trofeo venga á ser de mi venganza.

ESCENA VII.

DICHOS, GENARO *y pueblo á la puerta del templo.*

GENARO *al pueblo.*

Salgamos; que el estruendo.... mas ¡qué veo!
Ya todo está perdido.

ACCIOLINO.

Él es: repara [1],
Miserable caduco, en Acciolino;
Tiembla al ver el furor con que amenaza
Tu exîstencia: yo soy aquel amante
Que despreció por tus consejos Blanca.
Conóceme; ha llegado de vengarme
La hora por mi rencor tan suspirada.

GENARO.

Y el momento feliz en que mi muerte
Termine de una vez mi tolerancia.
La vida me es odiosa; está perdida

1 A Genaro.

Para siempre la gloria de mi patria;
No dilates el golpe; yo soy solo
De tus agravios la primera causa;
Pero perdona á un pueblo que inocente
No mereció tus iras; no me espanta
La vista del sepulcro, si le otorgas
A mis últimos ruegos esta gracia.

ACCIOLINO.

¿Adónde está tu hija?

GENARO.

Yo lo ignoro:
Quizá habrá perecido.

ACCIOLINO.

No me engaña
Tu fingido dolor.... Pero [1] ¿qué estruendo
El combate renueva? ¿Quién la audacia
Tiene de resistirme?

ESCENA VIII.

DICHOS, BLANCA *lidiando con* LEOPOLDO *y sus soldados.*

LEOPOLDO.

Temerario,
No te defiendas mas; dexa la espada;

1 Ruido de armas dentro.

O si no mi valor [1]....

ACCIOLINO *interponiéndose.*

Tente, Leopoldo:
Respeta una deidad.

BLANCA.

¡Mísera Blanca!
Ya no hay remedio, padre.

GENARO.

Hija querida,
Ten presentes tu honor y tu constancia.

LEOPOLDO *confuso.*

Acciolino, mi engaño.... ¿Quién creyera
Que tan bizarra accion....

ACCIOLINO.

No digas nada;
Y admira como yo de su semblante
La hermosa magestad que excede á Palas [2].
¿Y eres tú la que opone tanto brio
Al invencible curso de mis armas?

BLANCA.

Yo defiendo estos muros; nací en ellos,
Cumplo con el deber de ciudadana.

ACCIOLINO.

Y qué, ¿siempre enemiga de Acciolino
Serás á mi despecho? ¿No te basta

1 Al golpe de Leopoldo cae el morrion de Blanca, dexándola descubierta.

2 A Blanca.

Vencer mi corazon con tu hermosura,
Sino que tambien quieres, inhumana,
Que tu valor dispute mi victoria?
No lo conseguirás, muger ingrata:
Ese ademan guerrero, esa osadía,
Ese sudor marcial, con que se baña
Tu halagüeño semblante, me renueva
Tu desprecio, y me acuerda mi venganza.

BLANCA.

Este es mi pecho; hiere.

ACCIOLINO.

Tu hermosura
Segura está del golpe de mi saña;
Pero tu padre no, ni ese vil pueblo;
Su altivo orgullo pertinaz, la osada
Resistencia que hicieron á mis huestes
No pueden espiar, si no derraman
Su sangre ante mis ojos.

BLANCA.

No, Acciolino,
Te ciegues del furor que te arrebata.
Todos son inocentes é infelices;
Fieles á los deberes de la patria,
A su noble caudillo obedecieron;
Y si esta obligacion no les bastara,
De Bautista el exemplo....

ACCIOLINO.

¿Y tú te atreves

A proferir el nombre que me agravia?
¿Adónde está? ¿Qué es de él? ¿Respira acaso?

BLANCA.

Mi esposo existirá, pues vive Blanca.

ACCIOLINO.

Tu esposo.... ¿y tú le adoras?... ¿A qué espero?
Detestable Genaro, tú eres causa [1]
De un amor que me ofende, y en tu vida....

BLANCA *interponiéndose.*

¡Ah! no, Acciolino; escúchame, repara
Que es mi padre ese anciano; si te ha sido
En algun tiempo mi memoria grata,
Perdónalo; no tiene en tu desayre
Culpa alguna....

GENARO.

¿Qué dices, insensata?
No te humilles por mí, ni tus extremos
El furor del tirano satisfagan.

ACCIOLINO.

¿Tú me insultas, osado [2]?

LEOPOLDO.

No se tiña
Tu ilustre acero con la sangre helada
De ese mísero anciano.

ACCIOLINO.

Yo....

1 En ademan de herirlo.

2 En ademan de herirlo; Leopoldo se interpone.

ESCENA IX.

DICHOS, ALBERTO *y Guerreros de Bazano desarmados.*

ACCIOLINO.

¿Qué es esto?

ALBERTO.

Esto es, que confiando en tu palabra
De Bazano los nobles habitantes,
Y cediendo tambien á su desgracia,
A discrecion se rinden desarmados.
Concede á nuestra firme confianza
El honor y las vidas: ya perdimos
Nuestro caudillo, ¡ó Dios! de la muralla
Por defender las puertas del incendio
Se arrojó despechado, y su bizarra
Resolucion costándole la vida,
Con Bautista murió nuestra esperanza.

BLANCA.

¡Cielos, perdí á mi esposo! ¡Oh padre mio [1]!

GENARO.

¡Oh dolor! ¡oh hija mia desgraciada!

ACCIOLINO *aparte.*

Ha llegado á su colmo mi ventura;
Ya no tengo rival, y desarmadas

1 Se apoya en los brazos de su padre.

Estan todas mis iras á la vista
De este precioso llanto. Mi palabra [1]
De vuestro honor y vidas el indulto
Os concede y confirma; sí; ya basta
De estragos y de muertes. Tú, Genaro,
Libre estás de mi enojo; goce Blanca
Del paternal amor; vive tranquila,
Muger tan admirable como ingrata;
Y piensa que si pierdes un esposo,
Te ofrece un héroe reparar su falta.

BLANCA.

Nunca será Acciolino.

GENARO.

Vamos, hija,
Que mas su piedad temo que su saña [2].

ACCIOLINO.

¡Implacable Genaro! Pero al tiempo
Cede la obstinacion. A las murallas [3]
Vuelve, Leopoldo; y haz que mis soldados
Vigilantes en torno de esta plaza
Aseguren el campo, de las puertas
Reparen la ruina; y sin tardanza
Que busquen el cadáver de Bautista,
Y con fúnebre pompa, si se halla,
Quiero que se sepulte en mi presencia.

1 A Alberto.
2 Se va con Blanca.
3 A Leopoldo.

Ve con Leopoldo tú [1], que de su infausta
Muerte has sido testigo.

ALBERTO *aparte.*

Mi cautela
Frustrará tus astucias inhumanas [2].

ACCIOLINO.

Vosotros, habitantes de Bazano,
A ocupar volvereis vuestras moradas
En paz por mi piedad. En sus semblantes [3]
Su rencor implacable se retrata:
Yo los perdono, y ellos silenciosos
Ni mi clemencia ni mi nombre aclaman.
Pero si temen mi poder, ¿qué importa
El débil odio que en sus pechos guardan?
Aborrézcanme todos; solo aspiro
A conseguir la posesion de Blanca;
Y si el amor no basta á persuadirla,
La fuerza triunfará de su constancia [4].

1 A Alberto.
2 Se va con Leopoldo.
3 El pueblo se retira con abatimiento.
4 Se va con sus soldados.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

El teatro representa la habitacion de Blanca, con puertas á los lados y en el foro.

BLANCA, FELICIA.

FELICIA.

Modera tu afliccion, amada Blanca,
Y no irriten tus quejas imprudentes
A un Dios, que te conserva para alivio
De tu mísero padre; si la muerte
Te arrebató en Bautista un fiel esposo,
Su fin ilustre tu dolor consuele.

BLANCA.

¡Ay Felicia! ¡ay amiga! yo le envidio
De la tumba el descanso; él para siempre
Reposa en el sepulcro, y yo abatida
Vivo para gemir eternamente.
La opresion de mi patria, de mi padre
El continuo peligro, y los crueles
Nombres de esclavitud y de violencia
Mi corazon aterran; si supieses
Que tiemblo por mi honor... ¡Oh cara amiga!
Mi estado y mis extremos compadece.
¿Quién me podrá salvar?

FELICIA.

Cielos ¡qué escucho!
¿Y posible será? ¿Y hay quien intente
Ultrajar tu decoro, que respeta
Acciolino?

BLANCA.

¡Ay de mí! todo lo teme
Mi corazon de su piedad fingida.

FELICIA.

¿Qué dices? ¿su respeto es aparente?
¿Puede abrigar su pecho sanguinario
La llama del amor?

BLANCA.

Felicia, puede;
Y tú lo ignoras: los amables lazos
De amistad que nos unen tiernamente,
En el dichoso tiempo se formáron
De mi felicidad, quando yo alegre
De un padre y de un esposo idolatrada,
Hice envidiar mi venturosa suerte.
Escucha, fiel amiga, el triste orígen
Del temor que en mí ves; ántes que uniese
Bautista su destino con el mio,
Me adoraba Acciolino vanamente;
Yo desprecié su afecto, y á Bautista
Mi mano y corazon le di por siempre.
Furioso y despechado del desayre,
De Bazano Acciolino partió en breve

A las costas del Asia; y en los campos
De Palestina su furor ardiente
El sagrado pendon de las Cruzadas
Manchó con los excesos mas crueles.
Bien sabes los desastres de esta guerra
Que ha desolado al orbe; y bien presentes
Las civiles discordias de la Italia
Por nuestro daño en la memoria tienes:
Mi esposo combatió tambien entónces;
Jerusalen cobrada por dos veces
Debió en parte al impulso de su espada
El yugo sacudir de los Infieles:
Obscureció la gloria de Acciolino,
Y tan piadoso en fin, como valiente,
Volvió Bautista á mis amantes brazos
Cubierto de esplendor y de laureles.
Voló el tiempo, borróse la memoria
Del bárbaro Acciolino; quando al frente
Le vimos de las tropas de Germania:
Embiste nuestros muros, lidia, vence,
Y se resuelve á ser de nuestras vidas
El verdugo cruel; la infausta muerte
De mi esposo modera sus rigores;
Pero nunca un tirano nos concede
Perdon en su venganza, sino espera
Sus fines conseguir mas fácilmente
Por la astuta piedad y el disimulo.
¡Ah! yo soy el objeto que merece

Tan triste distincion: mira, Felicia,
Si con causa mis lágrimas se vierten.

FELICIA.

Y á tí, que has arrostrado en estos muros
El semblante espantoso de la muerte
Con tanta intrepidez, ¿valor te falta
Para hacer que el tirano de tí tiemble?

BLANCA.

Tengo valor; mas temo la violencia,
Si no puedo morir antes que llegue.
Rezelo por mi padre.... Pero él entra [1].

ESCENA II.

DICHAS, GENARO.

GENARO.

Somos felices, hija; esposo tienes.

BLANCA.

¡Ah señor! ¿qué decis?

GENARO.

Bautista vive.

BLANCA.

¡Oh placer! Que mis brazos [2] os estrechen
Por nueva tan feliz. ¿Quién lo ha salvado?
¿Dónde mi esposo está? ¿Por qué no viene

1 Mirando adentro. 2 Lo abraza.

A calmar con su vista mis tormentos?

GENARO.

Blanca, el gozo modera, si no quieres
Exponerlo á las iras de Acciolino.

BLANCA.

Es verdad, padre mio; ¡oh qué imprudente
Es el placer de amor! Pero mis dudas....

GENARO.

Yo las satisfaré. Felicia, vete,
Y observa cuidadosa si el tirano
Viene á esta habitacion.

FELICIA.

Ya te obedece
Mi amistad; que en el júbilo de Blanca
Bien sabes quanta parte mi fe tiene [1].

ESCENA III.

GENARO, BLANCA.

GENARO.

Hija, espera un momento en este sitio [2].

BLANCA *deteniéndolo.*

Pues ¿qué es esto, señor? ¿Qué? ¿De esta suerte
Os vais, sin explicarme de mi esposo
El destino? Decidme....

1 Se va por donde entró Genaro.
2 Yendo hácia la puerta de la izquierda.

GENARO.

Muy en breve
A Bautista verás, y con su auxîlio
Haremos que la patria se liberte [1].

BLANCA.

Pero adonde.... Gran Dios ¡qué es lo que miro!
De la lóbrega senda, que desciende
Al fúnebre panteon de mi familia,
La puerta abrió [2], y el eco sordamente
De sus huellas las bóvedas repiten.
Mi corazon palpita, y se sorprende
Entre el amor, el susto y la esperanza.
Mas ¿por qué me acobardo? Si exîstiese
Mi esposo en la morada de las sombras,
¿Pudiera yo un momento detenerme
En seguirlo? La duda me avergüenza;
Busquémoslo en el reyno de la muerte [3].

ESCENA IV.

BAUTISTA, BLANCA.

BAUTISTA.

Amada esposa.

1 Se va por la izquierda.

2 Se acerca á la puerta y observa.

3 En ademan de ir tras su padre; sale por la misma puerta Bautista.

BLANCA.

Él es; mi bien, Bautista,
Mi tierno esposo, dime ¿quién te vuelve
A mis brazos?

BAUTISTA.

El cielo, y las piedades
Del generoso Alberto; él cautamente
Me arrancó del combate, y sus cuidados
Ocultáron mi vida dentro de ese
Lóbrego panteon, donde reposan
Las sombras de mis nobles ascendientes:
En él furioso, sobre el mármol frio
Que conserva con rasgos indelebles
Su valor y sus nombres, he jurado
Libertar á la patria de ese aleve
Conquistador feroz; el juramento
Sus manes recibiéron, y al hacerle
Sentí temblar las sepulcrales urnas,
Y sus heladas lasas encenderse
Al fuego de mi voto. ¡Oh caras sombras
De virtud y heroísmo, si os conmueve
La ignominia que oprime vuestra cuna,
Haced desde la bóveda celeste,
Donde habitais, que el Dios de la justicia
Salve á Bazano, y mi valor apruebe!

BLANCA.

Sí hará; pues te libró del exterminio
Para tan noble empresa, y en mi débil

Corazon afligido, con tu vista
De nuevo el fuego del furor enciende.
¡Con qué placer para seguirte al riesgo
Me cubrirán los bélicos arneses,
Que á tu lado me hiciéron invencible!
Mi cortadora espada de la muerte
Vendrá á ser la segur. Dime los medios
Que á tan glorioso fin tu honor previene:
Nómbrame los ilustres compañeros,
Cuyo valor la libertad protege;
Y en tu mano recibe el juramento,
De que primero moriré mil veces,
Que el tirano consiga con astucias
Ni con la fuerza el triunfo que pretende.

BAUTISTA.

¿Quál es, dime?

BLANCA.

Saciar de su apetito
Los infames deseos; pues vilmente
Con su amor criminal persigue, insulta
Mi constancia y mi fe.

BAUTISTA.

Yo haré que tiemble
Al nombre de Bautista: ese tirano
Su atrevimiento vil llorará en breve.
Aun la misma victoria, que lo alienta
A que cubrirme de ignominia intente,
Servirá á su escarmiento y mi venganza.

He aquí el instante [1]: ya Genaro vuelve.

ESCENA V.

DICHOS, GENARO, ALBERTO, *Nobles de Bazano por la puerta de la izquierda.*

GENARO.

Venid, nobles guerreros, y en presencia
De este ilustre caudillo [2], cuya frente
Coronó la victoria en Palestina,
Y cuyo brazo nuestro honor defiende,
Disponed la venganza de Bazano:
A este fin os convoco ansiosamente.

BAUTISTA.

Gloriosos ciudadanos, compañeros
De mis victorias y mi triste suerte,
¿Con qué causa mas digna que el sagrado
Nombre de libertad, que tantas veces
Inflamó vuestros pechos y heroismo,
Os pudiera implorar? Ella padece
Dentro de nuestros muros; ella gime
Con la oprimida patria, si valientes
No rompen nuestros brazos las cadenas,
Con que abatidas yacen nuestras leyes.
La destruccion del barbaro Acciolino

1 Mirando á la puerta de la izquierda.
2 Señalando á Bautista.

Dispongamos briosos; si él perece,
Nosotros somos libres; y la gloria
Vivirá de Bazáno eternamente.
No os intimide el nombre del malvado,
Ni el poder de su exército os arredre:
Esos mismos soldados que le siguen,
Esos que forman las soberbias huestes
De la antigua Germania, se avergüenzan
De la necesidad de obedecerle:
Ellos miran un déspota inhumano
Coronarse á su costa de laureles,
Faltando á la piedad que Federico
Su Emperador ilustre le previene:
Ellos de su crueldad testigos fuéron
En los campos del Asia; y si pudiesen
Sin hollar la obediencia exterminarlo,
Destrozaran el monstruo impunemente.
A nosotros sin duda se reserva
Esta gloriosa accion; pues que la muerte
Perdonó nuestra vida en los combates,
Tantas sombras heroycas é inocentes
Intrépidos venguemos; á sus manes
La sangre de Acciolino se les debe:
Vertiéndola nosotros, restauramos
La humanidad por su furor doliente,
Y de un malvado libertando al orbe,
La eterna fama nuestro nombre eleve.

BLANCA.

Y si acaso á la voz de la venganza
Vuestras almas dudosas permanecen,
Al eco del honor volverá el brio
A inflamar vuestros pechos ¿Quién no teme
Ver ultrajar las tímidas doncellas?
¿Quién habrá que cobarde titubée
A vista del peligro de su honra?
Quando Acciolino á mi pudor se atreve
Con voces amorosas, con ofertas,
Que su infame apetito le sugiere,
Temed por vuestras hijas al tirano;
Temed que sus soldados no respeten
Vuestras mismas esposas, y que un dia
Pueda lograr la fuerza.... Me estremece
Esta espantosa idea. ¡Oh ciudadanos,
Ved en Blanca la víctima que quiere
Inmolar Acciolino á sus deseos!
Vuestro valor imploro; defendedme;
Estorbad que en mi honor logre ese impío
Marchitar de mi esposo los laureles.

ALBERTO.

No mas, Blanca; tu ruego nos agravia:
Quando la patria y libertad padecen,
El riesgo de tu honor no es necesario
Para inflamar nuestro valor ardiente.
Todos los que aquí ves hemos jurado
Bañarnos en la sangre de ese aleve,

De ese infame Acciolino; solo falta
Señalar sitio y hora. De la muerte
A Bautista salváron mis cautelas,
Para que en esta empresa nos gobierne.
Vamos á conseguirla: habla, Genaro;
Tu precepto esperamos solamente.

GENARO.

Este mismo palacio será el sitio
Que le sirva de tumba; él por albergue
Lo ha elegido en mi oprobio: en él perezca:
La hora, amigos, será la en que celebre
Con regocijos públicos su triunfo,
Despues que el sol descienda al occidente:
Las sombras de la noche protectoras
Serán de nuestra hazaña; entre el alegre
Tumulto del festin vuestras espadas
Terminarán sus bárbaros deleytes.
Halle su fin en medio del desórden
El tirano sumido en sus placeres;
En tanto vuestras armas cuidadosos
Ocultad en el templo, y quando llegue
La feliz ocasion de la venganza,
Por esa misma bóveda valientes
Entrareis á matarle; yo el aviso
Llevaré al panteon.

ALBERTO *á los nobles.*

Amigos fieles [1],

1 Los nobles empuñan las espadas.

Empuñad las espadas cortadoras,
En tanto que mis voces el solemne
Juramento pronuncian. Sí; en tus manos [1]
Recibe el homenage que te ofrecen
Conmigo estos guerreros: en su nombre
Que perezca Acciolino te promete,
Genaro, mi valor [2]: acepta el voto,
Dios eterno, y destruye á quien te ofende.

GENARO.

Él nos protegerá; y el que cobarde
Desista de la empresa, ó la revele,
Como infame perezca.

ESCENA VI.

DICHOS, FELICIA.

FELICIA.

Huye, Bautista.
Sin duda que Acciolino se previene
A venir á este sitio: el movimiento
De sus guardias lo anuncia; y si te viese,
Todo estaba perdido.

BAUTISTA.

¿Y de qué sirve

1 Tomando una mano á Genaro, y la otra puesta en su espada.

2 Se apartan, soltando las espadas.

Una vida que á Blanca no defiende?
Venga, y tiemble á mi vista.

BLANCA.

¡Oh Dios! Esposo....

GENARO.

Bautista, no destruyas imprudente
La empresa á que aspiramos. Ve á ocultarte;
A tu esposa le basta que yo vele
A su lado; soy padre.

BAUTISTA.

Mas si acaso....

BLANCA.

Adorado Bautista, no rezeles;
Confia en mi valor. El puñal mira [1],
Que en las marciales lides tantas veces
Se bañó con la sangre del contrario;
Si el tirano intentase....

BAUTISTA.

Te comprende
Mi corazon; no mas: seguro parto
Al sagrado retiro.

GENARO *á los nobles.*

No os encuentre
A ninguno el malvado en este sitio.
A Bautista seguid, y no sospeche
Acciolino la empresa meditada.

1 Mostrándole un puñal, que vuelve á guardar.

ALBERTO.

Vamos.

BAUTISTA.

A Dios, esposa. ¿Tú enmudeces?

BLANCA *abrazándolo.*

Mis brazos te respondan.

BAUTISTA.

Tierna Blanca,
¡Qué feliz soy en ellos! ¡Ah! por siempre
A pesar de las iras de Acciolino
Este amoroso lazo se conserve [1].

BLANCA.

No son bastantes, no, para romperlo
El poder, los rigores ni la muerte.

GENARO.

Retírate, hija mia, de este sitio [2];
Felicia, ve con ella [3]. No conviene
Que Acciolino en su rostro las señales
De su ternura y conmocion leyese.
Enmudezca el rencor por un momento
Para hablar al tirano; pero él viene.

1 Se va con Alberto y los nobles por donde entráron.

2 Se va Blanca.

3 Se va Felicia.

ESCENA VII.

GENARO, ACCIOLINO, LEOPOLDO, *Guardias.*

ACCIOLINO.

¿Adónde Blanca está? Venga á mi vista:
Genaro, mis preceptos obedece.

GENARO.

Aunque nunca al lenguage del orgullo
Respondió mi nobleza, pues lo quiere
La fortuna, que humilla mi constancia,
Es forzoso, Acciolino, responderte.
Blanca llora la muerte de un esposo,
A quien tierna adoraba; inútilmente
Con lágrimas su pérdida lamenta,
Cumpliendo con su amor y sus deberes.
Respeta su dolor; no tus rigores
Quieran en sus angustias complacerse;
Y pues su padre en soledad permite
Que gima su desgracia, no inclemente
Redobles con tu vista sus martirios.

ACCIOLINO.

¿Con que soy tan odioso á esa rebelde
Muger fiera y hermosa, que sus ojos
Aun mi presencia soportar no pueden?
Conozco quien la inspira ese desprecio
Del amor de Acciolino; sí; tú eres,
Implacable Genaro, quien su encono

Por tus rencores contra mí sostiene:
Pero mi tolerancia está cansada
De sufrir el teson con que me ofendes.
Tu vida está en mi mano; no me obligues
A que de mis agravios me recuerde,
Y se goce mi pecho en la venganza.
Blanca será mi esposa; y si opusieres
A mi amor tu fiereza, como esclava
Sufrirá los rigores de su suerte.
Ley será mi placer; la resistencia
El rayo del poder la desvanece;
Y yo, para abatir á quien me insulta,
Tengo á mi arbitrio deshonor y muerte.

GENARO:

Si con morir el deshonor se evita,
En vano me amenazas; quando llegue
Mi fama á peligrar, Blanca á la tumba
Descenderá conmigo; ella aborrece
El amor de un despótico tirano,
Tanto como su padre: en fin, si quieres
Que ceda el odio antiguo, y que algun dia
Blanca te pueda amar, usa clemente
De tu poder; procura en las virtudes
Imitar á Bautista, y que tus sienes
Jamas ciña el laurel enroxecido
Con sangre de infelices inocentes.
Entónces serás digno de la gloria
De entrar en mi familia; entónces puedes

Tu ventura lograr, sin que Genaro
Del enlace á que aspiras se avergüence [1].

ESCENA VIII.

LEOPOLDO, ACCIOLINO, *Guardias.*

ACCIOLINO.

Temerario caduco....

LEOPOLDO.

No, Acciolino,
Ultrajes á un anciano, á quien la suerte
Aun no puede humillar. El que infelice
En su desgracia con honor procede,
Debe ser á la vista de los hombres
Un objeto sagrado.

ACCIOLINO.

¿Tú te atreves
A defender su encono, que disfraza
Con el nombre de honor? ¿Cómo pretendes
Que permita se oponga á mis designios
Un esclavo insensato? Si el que vence,
No logra conseguir con la victoria
El reposo feliz de los placeres,
¿De qué le sirve el triunfo?

LEOPOLDO.

De que el orbe

1 Se va por donde entró Acciolino.

Admire su valor; de qué respeten
Su memoria los siglos; tú, Acciolino,
Debes hacerte amar: haz que no tiemblen
A tu vista los nobles de Bazáno;
Pues si por el rigor te obedecieren,
Ni será tan gloriosa tu conquista,
Ni acaso tan segura.

ACCIOLINO.

Inútilmente
Para impedir el yugo de mis armas
Lidiáron contra mí nobleza y plebe;
Ya estan escarmentados; mas, Leopoldo,
Tus consejos un médio me sugieren
De asegurarme de ellos; ve al instante,
Y harás que la nobleza se congregue
Dentro de este palacio.

LEOPOLDO.

¿Y á qué efecto?

ACCIOLINO.

Para que el sacro juramento presten
De su fidelidad á Federico.
Quiero en su augusto nombre concederles
Una segura paz, si por su parte
En mi enlace con Blanca consintieren.
De su padre el encono será en vano,
Si los nobles lo exîgen; y á su suerte
Servirá de garante este himeneo.

LEOPOLDO.

Complacido Leopoldo te obedece. (*Se va.*)

ACCIOLINO.

Ve, importuno; la augusta ceremonia
Sellarán mis contrarios con la muerte,
Si mi gusto contrastan: Sí; perezcan
Todos los que intentaren oponerse
Al poder de Acciolino; solo Blanca
A saciar mi apetito se reserve.
¿Y partiré sin verla de este sitio....
Sin hablarla?.... Es preciso; no conviene
Que un instante de amor, de la venganza
Destruya los designios, quando en breve,
Sin amparo, sin padre y sin esposo,
Pondré fin á su vida ó sus desdenes [1]

[1] Se va con los guardias.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

El teatro representa un salon magnífico de la casa de Genaro, iluminado, y adornado de varios trofeos, para celebrar la victoria de Acciolino. ACCIOLINO, *Guardias.*

ACCIOLINO *á los guardias.*

Valerosos amigos, la memoria
De las grandes hazañas y trabajos
Que habeis sufrido tengo bien presente;
Sé que de la conquista de Bazáno,
Derramar vuestra sangre á vista mia
Es el premio fatal que habeis logrado.
Yo quise que el botin y las riquezas
De esta ciudad rebelde, á vuestros daños
Fueran la recompensa; mas Leopoldo
Se opuso con teson á mis mandatos.
Sabeis que es su poder igual al mio,
Y que el Emperador le ha confiado
La suerte de la Italia, porque teme
De mi valor los ímpetus bizarros:
Yo lidio, y él gobierna; yo conquisto,
Y él coge los despojos de mis lauros;
Y en fin, yo por sus órdenes concedo
La paz á los rebeldes sin premiaros.

Pero si no consienten que de Blanca
Obtenga los favores con su mano,
No gozarán jamas mis beneficios
Estos fieros y altivos ciudadanos:
A este fin los convoco; si resisten
Mis preceptos, al punto los estragos
Vuestro furor renueve; del pillage
Y de la muerte vuelva á ser teatro
Esta ciudad, sirviendo sus tesoros
De justa recompensa á mis soldados;
Pues quien tiene el derecho de las armas
Aniquila al tenaz, desprecia al sabio [1].
Pero Leopoldo....

ESCENA II.

DICHOS, LEOPOLDO.

LEOPOLDO.

Quedan, Acciolino,
A este sitio los nobles convocados.
Regocijado el pueblo con la nueva
De la paz, que asegura por el sacro
Juramento que prestan sus caudillos,
Por la ciudad discurre alborozado,
Aclamando tu nombre, y bendiciendo
La piedad de mi augusto Soberano.

1 Mirando adentro.

¡Oh Acciolino! las jóvenes doncellas,
Las madres, las esposas, los ancianos
Al templo se encaminan, conduciendo
Las prendas de su amor en su regazo.
Allí postrado el pueblo, á Dios eleva
De gratitud y gozo el tierno llanto,
Y allí repite el inocente niño
El eco fiel con balbuciente labio.
Si los vieses; si oyeras los acentos
Del general tropel regocijado
Gritar »la paz llegó, somos felices."
¡Ah! sin duda espectáculo tan grato
Gozar te hiciera de un placer, que nunca
Tu corazon guerrero ha penetrado.

ACCIOLINO.

Yo pudiera en la pública alegría
Tener la mayor parte, si Genaro,
Cediendo á mis deseos, me otorgase
De Blanca bella el amoroso lazo.
Pero su fiero orgullo.... ya lo has visto,
Leopoldo, y tú tambien lo has apoyado.

LEOPOLDO.

Te engañas: no defiendo sus rencores,
Ni tu furor apruebo; los estragos
De la guerra le toca á mi prudencia
Prevenir, vuestras iras estorbando.
Cumplo con mi deber, si lo executo;
Pero dime, Acciolino, ¿quál encanto

Es el que de tu gloria así te aleja?
¿Es posible que amor con sus halagos
El corazon seduzca de un guerrero
Tan fuerte como tú? ¿Qué? ¿Sus engaños
Pudiéron extender su poderío
Sobre un ánimo heroyco, que en los campos
De Marte....

ACCIOLINO.

En ellos fue donde su llama
Renovó en este pecho desgraciado.
Yo vi á Blanca, Leopoldo, en otro tiempo,
Como una tierna flor, que desplegando
Sus hojas al rocío de la aurora,
Inspira un placer puro, dulce y grato,
Pero no duradero ni temible;
Y aunque por ella entónces despreciado,
Mas que el amor se resintió el orgullo;
Pues la débil terneza abandonando,
Volé á buscar la gloria en los combates.
Mas ¡ay! que del amor, el pecho humano
Con la ferocidad no se liberta:
Él postró mis furores sanguinarios
Dentro de estas murallas; yo vi en ellas
A Blanca destrozar con fuerte brazo
Mis valientes guerreros: ¡ah! recuerda
Su celestial belleza, su bizarro
Adorno y marcial pompa; aquel semblante
Que descubriste tú, quando saltando

Roto en mil partes el brillante yelmo,
Presentó á nuestros ojos el encanto
De una diosa en beldad: yo la vi entónces,
Sin duda fue, Leopoldo, por mi daño,
Digna de ser esposa de Acciolino;
Su valor, su fiereza, el aparato
Del acerado arnes, y hasta el cabello
De polvo y sangre y de sudor bañado,
Mi corazon rindiéron, no de amores,
Sino de un nuevo ardor en que me abraso,
Que mitigar no puedo, que consume
Mi pecho con furor desesperado:
Pero yo apagaré su horrible llama,
A pesar del teson con que insensatos
A mi poder se oponen; yo [1].... Leopoldo,
No temas, no serás tú el temerario.

LEOPOLDO.

Desconozco el temor; mas tus extremos
Envilecerte pueden, pues acaso
Logrará conducirte á ser impío
Esa pasion funesta, degradando
La gloria de un guerrero.

ACCIOLINO [2].

No prosigas,
Que á este sitio los nobles van llegando.

1 Leopoldo hace un extremo de admiracion; Acciolino vuelve sobre sí.

2 Mirando adentro.

ESCENA III.

DICHOS, ALBERTO, GENARO, *Nobles de Bazáno desarmados.*

GENARO.

Ya tienes, Acciolino, en tu presencia
Los valientes caudillos de Bazáno;
Excusarles debieras generoso
Asistir al magnífico aparato
Que anuncia tu victoria y su desgracia:
La suerte de las armas no te ha dado
Derecho de abusar de su infortunio;
Permite que lamenten retirados
La ruina de su patria, sin que sean
Testigos de su afrenta en el palacio,
Donde otra vez en mas felices tiempos
Su grandeza y su gloria celebráron.

ACCIOLINO.

Cese tu obstinacion de seducirlos
Con inútiles quejas; tú, Genaro,
Ofendes mi piedad, y no contento
Pretendes que me tengan por tirano.
Ellos me juzgarán; yo solo aspiro
A que de la paz gocen el descanso [1].
Escuchadme vosotros; mis deseos

1 A Alberto y los nobles.

No son injustamente doblegaros
Con la ley de la fuerza, ni tampoco
En vuestra humillacion fundar mi aplauso.
Pretendo que goceis las exènciones
De vuestra libertad; yo de Bazáno
Protegeré las leyes y el gobierno,
Con que os hizo felices el Senado:
Caudillo de las huestes de Germania
Me hizo el Emperador, porque arrancando
La discordia civil de vuestro suelo,
Os ofrezca la paz baxo su amparo.
Vuestra obstinada loca resistencia,
Orígen del furor y los estragos,
De su heroyca piedad os hace indignos:
Pero si mi valor supo humillaros,
Tambien sabe despues compadeceros.
Jurad reconocer por Soberano
Al grande Federico; él solo exîge
Vuestra fidelidad, para dexaros
Libremente gozar de las ventajas
De vuestros institutos; y en tu mano [1]
Hoy consiste, Genaro, se confirme
En favor de tu patria este contrato.

GENARO.

¿De qué forma?

ACCIOLINO.

Otorgándome de Blanca

1 A Genaro.

El enlace feliz; con este pacto,
Que como vencedor exîgir puedo,
Y que para mi dicha ansioso aguardo,
Conservaré los justos privilegios
De vuestra libertad tan suspirados.

GENARO.

Te comprendo; mas sabe que á mi arbitrio
No está su corazon para entregarlo:
La voluntad, la inclinacion de Blanca
Son libres; si consiente en este lazo,
No se opondrá su padre.

ACCIOLINO.

Ve, Leopoldo,
Condúcela á mi vista.

GENARO.

Sus quebrantos,
Sus penas y su amor son muy recientes,
Para que de su pecho el triste estado
Te conceda la union, que tanto anhelas.

ACCIOLINO.

Obedece, Leopoldo, yo lo mando [1].

1 Vase Leopoldo.

ESCENA VI.

DICHOS, *ménos* LEOPOLDO.

GENARO.

Inútilmente del poder te vales;
Blanca, cubierta de dolor y llanto,
Desdeñará tu amor.

ALBERTO.

Piensa, Acciolino,
Que nosotros rendimos confiados
En tu nobleza las sangrientas armas;
Que prometiste entónces conservarnos
Honor, vida, riqueza y privilegios;
Y que este ofrecimiento tan sagrado
Fue del amor de Blanca independiente:
Si ahora altivo intentases quebrantarlo,
Expones tu poder y tu conquista:
Aun hay almas feroces, aun hay brazos,
Que opongan su valor á la violencia.

ACCIOLINO.

¿Dónde estan? ¿Quiénes son los temerarios,
Que no tiemblan al nombre de Acciolino?
¿Quiénes los miserables, que humillados
Por mi furor, se atreven á oponerse
A la ley de mi gusto? Dime, osado,
¿Eres tú?

ALBERTO.

Yo pudiera....

GENARO.

Alberto, calla;
Modérate, Acciolino; ¿qué logramos
Con despertar el odio entre nosotros,
La voluntad de Blanca disputando [1]?
Ella se acerca.

ACCIOLINO *aparte.*

¡Oh cielos! con su vista
Mis iras implacables se calmáron.

ESCENA V.

DICHOS, LEOPOLDO, BLANCA *vestida de negro.*

BLANCA.

¿Qué pretendes de mí? ¿Por qué, Acciolino,
No respetas el tiempo mas amargo
De mi espantosa soledad? ¡Ay triste!
Las lágrimas mis penas consoláron
Léjos de esta vil pompa, que celebra
La muerte de un esposo que idolatro.
¡Ah cruel! ¿y aun me privas de este alivio?
No; déxame volver....

ACCIOLINO.

Deten el paso,

1 Mirando adentro.

Muger fiera, y escucha. De tu patria
La gloria ó la ruina está en tu mano:
La paz, la libertad, que á concederla
Dispuesto estoy por reparar sus daños,
Tendrá efecto, si logro tu desgracia
Desvanecer amante con el lazo
De un feliz himeneo.

BLANCA.

¿Y que, Acciolino,
Será mi eterno oprobio necesario
Para tan noble accion?

ACCIOLINO.

¡Tu oprobio! ¿Cómo?

BLANCA.

Como si mi constancia á los halagos
De tu pasion cediera, envilecida
Blanca fuera por siempre: en el estado
De mi inmensa afliccion; con el adorno
Del luto y del dolor; y de mi llanto
Mis tristes ojos aun enroxecidos,
Por mi desgracia de llorar cansados;
Y en fin, sin que al cadáver de mi esposo
Se tributase el fúnebre aparato
Debido á su valor; ¿pudiera Blanca
Su memoria ultrajar en otros brazos?
¡Ah! no es posible; si mi amante pecho
Fuera capaz tan pronto de olvidarlo,
Yo con mis propias manos me arrancara

El corazon infiel; y destrozado
Sobre la helada tumba de mi esposo
Lo ofreciera á su sombra en holocausto.

ACCIOLINO.

Pues bien....

GENARO.

Oye, Acciolino. Dexa al tiempo
De conseguir tus ansias el cuidado:
Procede compasivo y generoso
Con el ilustre pueblo de Bazáno;
Harás con tu clemencia intercesores
Para el logro feliz de tus halagos
Sus mismos habitantes; y no dudes
Que de tu compasion movida acaso
Blanca....

ACCIOLINO.

Cesa, caduco miserable;
Yo no escucho consejos de un esclavo:
Ni tampoco de astucias femeniles
Me dexo seducir. Blanca, es en vano
Alucinar mi amor con esperanzas,
Mi dicha y mis placeres dilatando.
Resuelve en este instante ser mi esposa,
O entrego de la guerra á los estragos
Esta odiosa ciudad.

BLANCA.

¡Tu esposa! Nunca.

ACCIOLINO.

Yo abatiré tu orgullo. Ola [1], soldados,
A la prision mas fuerte de este alcázar
Conducid luego á Blanca y á Genaro.

BLANCA.

Cruel, no triunfarás de mi constancia.

ACCIOLINO.

La muerte de tu padre en breve espacio
Te obligará á ceder á mis deseos.

GENARO.

Nada importa mi vida. Blanca, vamos.

BLANCA.

¡Ah! que ella de mi honor es la defensa [2].
Esperad. ¡Justo Dios! Oye [3], inhumano.
Si me concedes tiempo, yo....

ACCIOLINO.

Resuelve;
Aquí; en este momento.

ALBERTO *á* BLANCA.

No en tu daño
Te dexes humillar; todos los nobles,
A quienes tu valor ha libertado
Tantas veces la vida, en la defensa
De tu honor y la gloria de ese anciano
La perderán gustosos. Acciolino,

1 A los guardias que se acercan á Blanca y su padre.
2 Lo siguiente á los guardias.
3 A Acciolino.

El supremo Hacedor está cansado
De sufrir tus delitos; no provoques
Con la violencia....

ACCIOLINO.

Infame, sella el labio.
¿Quién eres tú? ¿Qué sois vosotros todos,
Para oponer al fuego en que me abraso
Vuestras débiles locas amenazas?
¿Cómo vuestra osadía llega á tanto,
Que insultais mi furor, quando á mi arbitrio
Estais en mi presencia desarmados?

ALBERTO.

La virtud ofendida nos da fuerza;
Nos da resolucion el falso trato
De tu perfidia; teme al justo cielo,
Él tiene ya los medios preparados
Para tu destruccion; sobre tu frente
Está de su poder suspenso el rayo.

ACCIOLINO.

Descienda, si se atreve á castigarme;
Acciolino lo insulta, y quiere en tanto
Triunfar de esa virtud feroz y débil.
¿Así olvidais que puedo aniquilaros?
Pagareis con la vida vuestra audacia.
Vuestros aceros esgrimid [1], soldados;
Sufran esos traydores á mi vista

1 A los guardias que desnudan las espadas.

La muerte que merecen.

LEOPOLDO.

¡Qué he escuchado!

BLANCA *interponiéndose.*

¡Ah! no: piedad.

ACCIOLINO *á los guardias.*

Obedecedme luego.

LEOPOLDO [1].

¿Qué es lo que haceis, cobardes? Insensatos,
Suspended los aceros: no la infamia
Con esta horrible accion llegue á mancharlos.
¿Qué hazaña de ignominia y de vergüenza
Vais á exercer con estos ciudadanos?
¿No los veis indefensos y vencidos?
¿No sabeis que aquí fuéron convocados
Para jurar la paz y la concordia
En mi noble palabra confiados?
¿Pensais que yo tolere que á mi vista
Vuestro furor consiga asesinarlos?
No será, ni lo espero de vosotros;
Os conoce Leopoldo; avergonzados
Estais al escucharme [2]: los aceros
Se reserven á empeño mas bizarro;
Y el amor de Acciolino no consiga
La fama obscurecer de sus soldados.

1 Poniéndose delante de los nobles, y hablando á los guardias.

2 Los guardias se retiran al foro.

ACCIOLINO.

Pues ¿cómo tú....

LEOPOLDO.

Yo soy quien de Germa ni.
El militar honor tiene á su cargo.
Estas tropas que ves te obedeciéron
En las marciales lides, en el campo
Donde el laurel glorioso disputaban
En favor de su augusto Soberano.
A este fin te siguiéron valerosos
En los duros combates, y arrancáron
La discordia del seno de la Italia;
Pero no su obediencia degradarlos
Podrá para servirte de ministros
En las hazañas dignas de un tirano.
No te abandonarán en la campaña,
Pero sí en la ignominia; yo te salvo
De sufrirla, Acciolino, y de perderte,
Impidiendo este exceso sanguinario [1].

ACCIOLINO.

Yo basto solo á conseguir....

LEOPOLDO.

Te engañas:
Yo la virtud defiendo.

ACCIOLINO [2].

Me faltáron:

1 Los guardias envaynan las espadas.
2 Aparte observando los guardias.

Estoy vendido; el disimulo importa
Para evitar mi afrenta. Ciudadanos [1],
Me arrebató de mi pasion el fuego;
Leopoldo, he conocido de tu sabio
Discurso la razon; ella me rinde;
Comprendo [2] la lealtad de los soldados,
Que el honor me conservan; sed dichosos;
Que el tiempo, de mi amor formará el lazo:
Blanca, de mis rigores me arrepiento.
Ilustres habitantes de Bazáno,
¿Jurais fidelidad á Federico,
Sin otra condicion, sin otro pacto,
Que obedecer á su benigno imperio
Para vivir felices?

ALBERTO.

Sí juramos.

ACCIOLINO.

Pues á vuestros pacíficos hogares
Volved en libertad.

LEOPOLDO.

Mi Soberano
Os ampara; Acciolino lo confirma;
Sed leales; ninguno tan osado
Será que de sus órdenes se olvide,
Para tener la audacia de insultaros.

ALBERTO *á* LEOPOLDO.

Mi gratitud recibe; y tú, Acciolino,

1 A los nobles. 2 Con intencion.

Conservanos á Blanca y á Genaro;
Pues sus virtudes siempre mereciéron
Nuestra veneracion. Amigos [1], vamos.

ESCENA VII.

ACCIOLINO, LEOPOLDO, BLANCA, GENARO, *Guardias.*

BLANCA.

Acciolino, ¿es verdad que tú cediendo....

ACCIOLINO.

Tu padre y tú sois libres: retiraos
A vuestra habitacion; gozad en ella
Los alivios que el tiempo fuere dando
A vuestra desventura.

LEOPOLDO.

Y yo os ofrezco
Velar continuamente en vuestro amparo.

GENARO.

¡Hombre de probidad!

BLANCA.

Hombre sensible,
Tú conservas mi honor en este anciano.
¡Oh Dios justo y clemente, recompensen
Tus bendiciones su valor bizarro [2]!

1 A los nobles, y se va con ellos.
2 Se va con su padre.

ESCENA VIII.

LEOPOLDO, ACCIOLINO, *Guardias.*

ACCIOLINO.

Tú me vendes, Leopoldo; me arrebatas
De mi victoria el premio: ya has logrado
Que me nieguen rebeldes la obediencia
Las victoriosas tropas que yo mando;
Las tropas que han debido sus conquistas
Al esfuerzo invencible de mi brazo.
¡Oh furor! Completad [1] vuestros insultos
Contra Acciolino: ¿á qué esperais, malvados?
Solo falta esgrimir vuestros aceros
Para mi destruccion.

LEOPOLDO.

Extremos vanos,
Que obscurecen tu gloria. Oye, Acciolino;
Modera tu despecho; y del aplauso
Tranquilo gozarás de tu victoria.

ACCIOLINO.

¡Ah! que desaparezca ese aparato
Con que pensaba celebrar mi dicha;
A su vista me siento avergonzado
De mi débil poder: dexadme todos.

1 A los guardias.

LEOPOLDO *á los guardias.*

Venid; la soledad podrá calmarlo.
Por mi parte os ordeno en el silencio
Sepultar para siempre su atentado [1].

ACCIOLINO.

¿Qué es esto? ¿Dónde estoy? ¿Será posible?
¡Oh noche!.... los placeres, que esperáron
Gozar en tus tinieblas mis deseos,
¿Son estos? ¿Y se atreven á estorbarlos
Los mismos que debieran á mi vista
De sumision, de horror estar temblando?
Vil Leopoldo.... traydores.... ¿Quién os dixo,
Que ostenteis en favor de esos esclavos
La insubordinacion? ¡Oh Blanca, oh fiera!
Por tu causa me encuentro abandonado;
Por tu orgullo padezco estos ultrajes;
Pues si en tí mi venganza satisfago,
No me llames cruel: fui generoso,
Quando rendido te ofrecí mi mano;
Me despreciaste altiva.... ¿á quién acuso
De mi debilidad? Desengañado
Ya, y ofendido por tu fiero padre,
A gozar tus favores me preparo
Con la ley de la fuerza. Sí; busquemos
Para lograr mi intento los soldados
Que siguiéron mi suerte en Palestina;

1 Se va con los guardias.

Ellos cumplirán fieles mis mandatos;
Y ántes que de esta noche de ignominia
Acabe el lento giro, entre mis brazos
De la altivez de Blanca á su despecho
Mi violencia y furor habrá triunfado. (*Se va.*)

ACTO QUARTO.

ESCENA I.

El teatro representa la habitacion de Blanca, en los mismos términos que el acto segundo. Luces en la escena.

BLANCA *sola.*

Aun no vuelve Felicia; y de mi pecho
No calman un momento los pesares.
¿Qué intentará Acciolino? No es posible
Que un tirano tolere sin vengarse
La oposicion de la virtud sagrada.
De Leopoldo ofendido, su desayre
Dictar podrá al impío pensamientos
Sanguinarios, atroces. ¡Ah! mi padre
No logrará su intento; y si Acciolino
Por mi desgracia acaso sospechase
Que mi esposo respira.... si algun dia
Fuese objeto infeliz de sus crueldades,

Yo.... ¡qué horror! Esta idea me estremece:
No será; no, gran Dios; primero acabe
Mi vida una y mil veces.... ¿Quién se acerca[1]?

ESCENA II.

BLANCA, FELICIA.

BLANCA.

Fiel amiga, ¿eres tú? ven á sacarme
De mis terribles dudas. ¿Qué medita
Acciolino? ¿El festin abominable
De su triunfo celebra? ¿Ha sospechado
Que aun exîste mi esposo?

FELICIA.

Su cadáver
Manda buscar al despuntar la aurora;
Y á este fin presuroso sus parciales
Fue á convocar, dexando enfurecido
Orden de suspender en todas partes
El público festejo de esta noche.
Me informo de Leopoldo, pero en balde;
En la vasta mansion de este palacio
Reyna un triste silencio; no hubo nadie
Que, sin temblar al verme, respondiese
A mis indagaciones.

1 Mirando á la puerta del foro.

BLANCA.

Mas mi padre
¿Adónde está? ¿Los nobles ciudadanos
Y Alberto qué se hiciéron?

FELICIA.

No te afanes
Inútilmente; acaso ya en el templo
La venganza concierta su corage;
Porque si la ocasion faltó esta noche,
En otras circunstancias pueda hallarse.
Yo espero en sus esfuerzos.

BLANCA.

¡Ah! Felicia;
Tú consolar pretendes mis pesares;
Pero mi corazon sólo me anuncia
Horrores, infortunios y desastres.

FELICIA.

Desecha como indigno de tu pecho
El temor que tu espíritu combate;
Y si para calmar tus inquietudes
Te pudiese prestar seguridades,
Dispon de mi amistad.

BLANCA.

Confio en ella.
¿Tendrás valor?

FELICIA.

Dudarlo es agraviarme.
¿Qué puedo hacer por tí? Resuelve, manda.

BLANCA.

Pues arrostra animosa en el instante
De esa prófunda bóveda las sombras;
Desciende entre el horror y obscuridades
Al panteon; si encuentras á mi esposo
En su lóbrego seno, él informarte
De Genaro podrá. Dile que ansiosa
Espero de su suerte asegurarme;
Dile que venga á mis amantes brazos
A consolar mi amor: ve, no dilates
Este alivio á mis penas..... Pero aguarda [1]....
Amiga, no me atrevo á separarme
De tu lado un momento; iré contigo [2].
Mas... ¿qué rumor?... escucha. ¡Oh qué cobarde
Mi corazon palpita!

ESCENA III.

DICHAS, ACCIOLINO *y Guardias por la puerta del foro.*

BLANCA.

¡Oh Dios, qué veo!
Acciolino.... Felicia, no te apartes
De este lugar.

1 Deteniendo á Felicia.

2 Se encaminan á la izquierda; ruido dentro, y se detienen.

ACCIOLINO *á los guardias.*

Soldados, sin mi órden
No permitais que se introduzca nadie
En esta habitacion.

BLANCA.

¿Qué atrevimiento,
Acciolino, es el tuyo? ¿De qué nace
La osadía de entrar en este sitio,
Adonde gimo en soledad los males
Que causa tu rencor?

ACCIOLINO.

Quedemos solos [1].

BLANCA.

¿Qué profieres? ¿Intentas insultarme
Impunemente? Amiga, no te vayas.

ACCIOLINO.

Retírate, muger, sin obligarme
A que use del rigor [2].

BLANCA.

¡Cielos! Felicia....
¿Dónde.... dónde?

FELICIA *aparte.*

Busquemos quien la ampare [3].

1 Los guardias se retiran enteramente.
2 Felicia se encamina á la puerta de la izquierda.
3 Se va por la izquierda.

ESCENA IV.

ACCIOLINO, BLANCA.

BLANCA.

La fuga me valdrá [1].

ACCIOLINO [2].

¿Y adónde piensas
Segura estar de un poderoso amante?

BLANCA.

¡Oh Dios! defiende mi inocencia.

ACCIOLINO.

Escucha.
No vengo, aunque ofendido, á lamentarme
De tu fiero desden, porque Acciolino
Ignora de las quejas el lenguage;
Tampoco á recordar la preferencia,
Con que te complaciste en mi desayre,
Eligiendo á Bautista por esposo;
Pues no consiguió entónces agraviarme
Como muger tu femenil capricho:
Mas, como vencedor, quiero el ultraje
Vengar con que una débil prisionera
Se atreve á mi poder para insultarme.
Tú has despreciado en público, insensata,
La oferta de mi mano y mis piedades;

1 Quiere irse. 2 Deteniéndola.

Tú preferiste que tu patria fuese
Objeto de mis iras, al enlace
Con que yo, degradando mi grandeza,
Olvidé mis rencores para honrarte.
Por tu obstinada resistencia he visto
Mi clemencia ofendida por tu padre;
He sufrido las necias amenazas
De tus conciudadanos miserables;
Y en fin, he tolerado que Leopoldo,
Protegiendo su audacia, rebelase
Contra mí la obediencia de las tropas
Que siguiéron mi suerte en los combates.
De mi bondad estoy avergonzado;
Mis continuos agravios son tan grandes,
Que con la posesion de tu hermosura
Apénas lograrán recompensarse.
A ella aspiro: resuelto á conseguirla
Estoy como enemigo ó como amante;
Entre la fuerza y el amor elige
Cómo tu corazon has de entregarme.

BLANCA.

Tirano.... Mas [1] ¡qué digo! yo me pierdo
Si excito su furor. Dexa [2] que extrañe,
Acciolino, los medios afrentosos,
Y el injusto rigor de que te vales.
¿Quién te ha dicho que pueden con la fuerza

1 Aparte lo que sigue.
2 Sigue hablando con Acciolino.

Las almas generosas conquistarse?
La violencia en amor confirma el odio:
El rendimiento....

ACCIOLINO.

El mio ha sido en balde.
Preferiste á Bautista.

BLANCA.

Tú conoces
Que un femenil capricho es despreciable.

ACCIOLINO.

Lo dixe, y lo confirmo; pero entónces
Tu beldad, tu candor pudo inspirarme
Un sentimiento débil; no eras digna
De seguir á Acciolino en los combates.
Te olvidé como hermosa en breve tiempo;
Pero despues te he visto en las marciales
Campañas del honor, y tu heroismo
De nuevo ha conseguido que se inflame
Mi corazon por tí; si depusieras
El teson con que intentas despreciarme,
Los dos unidos la feroz Germania
Temblara nuestros nombres formidables.
La ciudad de Bazano su grandeza
Cobrara y su esplendor; y el mismo Marte
Ornara nuestras sienes victoriosas
De palmas y laureles inmortales.
¡Oh Blanca! si el aspecto lisonjero
De la pompa marcial puede obligarte,

Cede á mi amor, sí, cede á la fortuna
De hacer felices estos habitantes.
¿Por qué has de desdeñar al lado mio
De la fortuna infiel vivir triunfante?

BLANCA.

Porque no me permite mi decoro,
Que tan pronto mi fe pueda entregarse
A quien causó la muerte de mi esposo,
Y á quien para rendirme al fin se valé
De la violencia, y no de la ternura.

ACCIOLINO.

Mi corazon desdeña ese lenguage
Impropio de un guerrero, y no consienten
Tampoco mis ofensas que dilates
La posesion que anhelan mis deseos.
Ya eres libre; la muerte de tu enlace
En mi favor ha roto la coyunda:
La sombra de tu esposo no es bastante
A impedir mis placeres.

BLANCA.

Yo la adoro
Esa sombra infeliz; vive su imágen
En mi fiel corazon; en él grabada,
A mi vista presente en todas partes,
Me recuerda la fe que le he jurado:
No la quebrantaré sin ser infame;
Y esta afrentosa mancha, á quien has visto
Arrostrar en los campos militares

La muerte y el terror, es espantosa.
Pues tú conoces mi valor constante,
Dexa que el tiempo á tu pasion conceda
Sin mi oprobio, de amor felicidades;
Y dexa que de un héroe que idolatro
Mi llanto á la memoria se consagre.

ACCIOLINO.

Agraviado y zeloso, ya ¿qué espero?
Resuelto estoy á todo [1].

BLANCA.

Favor.

ACCIOLINO.

Nadie
Estorbará, consiga...

BLANCA [2].

Sí; mi muerte.

ACCIOLINO [3].

Suelta, fiera: ni aun ella libertarte
Puede de mi poder.

1 Se quita el morrion, lo pone sobre la mesa, y se acerca á Blanca.

2 Sacando un puñal.

3 Quitándola el puñal, y guardándolo.

ESCENA V.

DICHOS, BAUTISTA *por la puerta del panteon con la espada desnuda.*

BAUTISTA.

Podrá su esposo.

ACCIOLINO *confuso.*

¡Qué miro! ¡Del sepulcro tú....

BAUTISTA.

Cobarde,
Tiembla; yo vivo para confundirte;
Para que no consigan tus maldades
Tu criminal deseo.

ACCIOLINO *aparte.*

¡Oh rabia!

BAUTISTA.

Vivo,
Para que mi valor de tus crueldades
Tome venganza; para que castigue
Esta accion tan horrible, como infame.
Desnuda el vil acero, si te atreves
La posesion de Blanca á disputarme:
Solos estamos; lidia sin ventaja
Cuerpo á cuerpo conmigo; y si lograres
Vencerme, sacia entónces tu apetito
A costa de mi honor y de mi sangre.

BLANCA *aparte.*

Yo tiemblo.

ACCIOLINO *á* BAUTISTA.

¿Y tú has pensado que Acciolino
Aceptaria el singular combate
De un prófugo vencido, que se esconde
Con viles artificios despreciables
De mi venganza? Yo me avergonzara
De esgrimir esta espada fulminante,
Contra quien, de su esposo guarecido,
Temiendo mi valor, pensó engañarme.
Ya estás en mi poder, ya las cautelas
De tu fingida muerte no te valen,
Sino para aumentar mis justas iras.
Yo ofrecí tributar á tu cadáver
Los últimos deberes; pues te encuentro,
Blanca verá tus pompas funerales.

BLANCA.

¡Ah cruel!

BAUTISTA.

¡Oh malvado! yo respiro;
Si me vences, podrás vanagloriarte.

ACCIOLINO.

Ya verás á mi voz....

BLANCA.

Deten la lengua;
¡Ay triste! No, Acciolino, el odio manche
La carrera feliz de tus hazañas.

Olvida generoso los fatales
Extremos del rencor, oye mis ruegos;
Y si es que Blanca mereció agradarte
Alguna vez, excúsale á tu gloria
De una venganza vil la nota infame.
Si en el amor es tu rival Bautista,
Yo soy la delinqüente; en mí se sacie
Toda tu indignacion; pague el delito
Blanca que ha cometido en ser constante:
Si con mi honor desciendo hasta el sepulcro,
Contenta moriré, porque se acaben
Con mi exîstencia el odio y los rencores
De dos guerreros en valor iguales.

BAUTISTA.

¡Yo igual suyo! ¿Qué dices, fiel esposa?
¿Cómo esta afrenta tu dolor añade
A mi desgracia?

ACCIOLINO.

Escucha, temerario.
Solo te resta un medio de aplacarme,
Que tu supuesta muerte facilita:
Resuelve abandonar estos lugares,
Si has de salvar tu vida; un confidente
A mis mandatos fiel, para llevarte
Hasta Germania, partirá contigo:
Allí podrás gozar de mis piedades
Ocultando á los hombres tu exîstencia:
Miéntras que yo los tristes habitantes

De esta ciudad procuro hacer felices.
De tu vida el secreto es importante,
Para que no conspiren en mi daño;
Y para conseguir el tierno enlace
Que á Blanca le destino: si la adoras,
No impedirás que un poderoso amante
Desde esclava la eleve á ser su esposa;
Y piensa que si altivo te negares
Al medio que te dicta mi clemencia,
Pagarás la osadía con tu sangre.

BAUTISTA.

Tu clemencia es bien digna de un tirano;
Tu corazon de bronce, muy distante
Está de conocerla, pues propone
Por precio de ella un crímen detestable.
¡Yo abandonar á Blanca! ¡yo mi vida
Ocultar con infamia, por privarme
Del nombre de su esposo en favor tuyo!
No lo esperes jamas, malvado; ántes
Mil vidas que tuviera desperdicio
Fueran de tus furores. ¿Qué pensaste
De mí? ¿Blanca tu esposa ni tu esclava?
Nunca será.

ACCIOLINO.

Será lo que yo mande.
Guardias [1].

1 Llamando.

ESCENA VI.

DICHOS, *Guardias por el foro.*

BLANCA.

¡Oh Dios! ¿Qué intentas, Acciolino?

ACCIOLINO.

Acabar de una vez con mis ultrajes [1].
A ese traydor, que oculto en este sitio
Intentó cauteloso asesinarme,
Arrastrad á morir.

BLANCA *interponiéndose.*

Piedad, clemencia,
Acciolino....

BAUTISTA *á* BLANCA.

No ruegues á ese infame
Impostor. Dexa, esposa, que esta espada
En sus ministros viles y cobardes
Empiece tu venganza.

ACCIOLINO.

Ni aun la gloria
Tendrás en mi presencia del combate:
Ríndete á mi rigor: mira este acero [2]
Pronto de Blanca á derramar la sangre
Si te defiendes.

1 A los guardias.

2 Sujetando á Blanca, y amenazándola con el mismo puñal que la quitó.

BAUTISTA.

No; suspende el golpe.

BLANCA.

No, esposo, te detengas vacilante
Por mi peligro; piensa que la muerte
De un eterno baldon puede salvarme.

ACCIOLINO.

Calla, fiera.

BLANCA *á* BAUTISTA.

Defiende valeroso
Tu vida, que es la mia; si triunfante
Quedas de este tirano, nada importa
Que yo perezca; y si murieses ántes,
Volveremos á unirnos en la tumba.

ACCIOLINO.

Resuelve: ó la traspaso en el instante
El corazon.

BAUTISTA.

¡Ah bárbaro! detente.
No hay en mi pecho, no, fuerza que alcance
A soportar su muerte ante mis ojos. (vadme.
Ve aquí mi espada [1]. ¡Oh Dios! Guardias, lle-

ACCIOLINO [2].

Ya he triunfado: estás libre: oid vosotros [3].

1 La arroja á los pies de los guardias.

2 A Blanca, guardando el puñal.

3 Habla en secreto á los guardias, miéntras representan Blanca y Bautista.

BLANCA.

Bautista, me has perdido; mas constante
Pensé que era mi esposo; con mi vida
De una vez terminaban mis afanes;
Mas tú en poder de un monstruo aborrecido
Me abandonas.

BAUTISTA.

¡Ah! Blanca, yo....

ACCIOLINO *á los guardias.*

Llevadle [1].

BAUTISTA.

Aprende á respetarla de su esposo;
Pues mi muerte tus iras satisface.
Blanca, á Dios para siempre [2].

ESCENA VII.

BLANCA, ACCIOLINO.

BLANCA [3].

No: tu esposa
Te seguirá al sepulcro; en él mis males
Acabarán conmigo. No me impidas [4]
Vaya á morir con él.

1 Da á los guardias el puñal que quitó á Blanca.
2 Los guardias se lo llevan.
3 Quiere seguir á Bautista: Acciolino la detiene.
4 Lo que sigue á Acciolino.

ACCIOLINO.

Si lo intentares
Apresuras su fin.

BLANCA.

¡Qué! ¿tan impío
Será tu corazon, fiera implacable?
Aborto del averno, ¿qué pretendes?
¿No se sacian de estragos tus maldades?

ACCIOLINO.

No, pérfida; me resta la venganza:
Ella sola podrá desagraviarme
De tu astucia, tu engaño y fingimiento.
La causa de ese llanto abominable
He descubierto al fin; se ha desgarrado
El velo que ocultaba mis ultrajes:
Sí; tú lloras la muerte de Bautista;
Muy en breve sangriento su cadáver....

BLANCA.

No, Acciolino; perdon. Heme á tus plantas [1]
Invocando postrada tus piedades:
Mi llanto te enternezca; compadece
Mi dolor y mi estado lamentable.
¿Por qué te ha de ofender que de tus iras
La vida de un esposo libertase?
Él viva, y yo perezca; si mi engaño
Es delito que puede condenarme.
¡Ah! mírame á tus pies en mis angustias,

1 Se arrodilla.

Abatida, llorosa y suplicante;
Mira á Blanca de Rossi, adonde nunca
Pensó que su desgracia la humillase.
Suspendase el decreto sanguinario
De tu rigor; que vuelan los instantes
Considera, y el golpe... ¡oh Dios!... resuelve.

ACCIOLINO.

Y ¿cómo piensas tú recompensarme
De mi piedad, si su perdon concedo?

BLANCA.

Yo seré por mi esposo.... por pagarte
Tu clemencia seré....

ACCIOLINO.

¿Qué? di.

BLANCA.

Tu esclava.
Mi gratitud....

ACCIOLINO.

No logrará obligarme.
Resuelve ser mi esposa.

BLANCA [1].

Tu enemiga,
Bárbaro, eternamente: ¿te complaces
En mis tormentos? ¡Qué! ¿me ves postrada,
Y tú insistes feroz en insultarme?
Monstruo, yo te abomino.

1 Levantándose con furor.

ESCENA VIII.

DICHOS, *Guardias que entregan á Acciolino el puñal ensangrentado.*

ACCIOLINO [1].

Muger fiera,
Observa este puñal.

BLANCA.

¡Oh Dios! su sangre....
¡Ah cruel!.... ¡ay esposo!.... yo fallezco [2].

ACCIOLINO.

He aquí rendida á su dolor infame
Esta beldad soberbia: ella respira [3],
Sin que de mi poder pueda librarse.
Aun el desmayo aumenta su hermosura:
Pero este abatimiento es el desayre
Mayor de mi pasion.... ¿Y qué placeres
Pudiera yo gozar en esta imágen
De la muerte? Insensible [4].... Reservemos
Mi amor á la venganza: ante el cadáver
De mi rival, al pie de su sepulcro
Mis esperanzas deben coronarse.

1 Mostrando á Blanca el puñal.
2 Cae desmayada.
3 Observándola.
4 Tomándola la mano.

ESCENA IX.

DICHOS, FELICIA *por la puerta del panteon.*

FELICIA.

Yo vuelvo á ver... ¡Gran Dios! ¡Blanca infelice [1]!
¡Oh Acciolino! ¿llegáron tus crueldades
Hasta verla morir?

ACCIOLINO.

Blanca respira
Para premiar las ansias de su amante.
Cuida de su exîstencia; y si se informa
De su traydor esposo, asegurarle
Podrás, que en la morada de la muerte
Por mi venganza eternamente yace.
Y dile que disponga en favor mio
Su altivo corazon, para entregarme
La posesion feliz de su hermosura,
Sin que mis iras su decoro manchen [2].
Venid vosotros; velareis, amigos,
En torno del palacio vigilantes,
En tanto que consigue mi cautèla
A Leopoldo alejar de estos lugares [3].

1 Corre á Blanca, y la incorpora en su regazo.
2 Lo siguiente á los guardias al irse.
3 Se va con los guardias por el foro.

ESCENA X.

FELICIA, BLANCA *desmayada.*

FELICIA.

¡Ah! ¡qué horrible discurso! ¡triste amiga!
¿Qué la podré decir? Pero á cobrarse [1]
De su desmayo empieza: de la muerte
La palidez retrata su semblante.
Blanca [2].

BLANCA *volviendo en sí.*

Esposo... ¡ay de mí!... Bautista, vuelve...
¡Cielos! ¿Quién es? Felicia, dime: ¿sabes
Toda mi desventura? Tú la causas.

FELICIA.

¡Yo! ¿Qué dices?

BLANCA.

Sí, amiga; por salvarme
Expusiste á la saña de ese monstruo
La vida de Bautista.

FELICIA.

Ni tu padre,
Ni Alberto, ni otro alguno de los nobles,
Hallé en el panteon que te amparase:
Solo tu esposo estaba, y tu peligro

1 Blanca empieza á volver en sí.
2 Llamándola, y ayudándola á levantar.

Leyó en mi turbacion: yo quise en balde
Impedir que á este sitio....

BLANCA.

En él he visto
Un acero teñido con su sangre.

FELICIA.

¡Qué horror!

BLANCA.

Sigue mis pasos, ven.

FELICIA.

¿Adónde?

BLANCA.

Adonde entre las sombras sepulcrales
Vuelva á unirme con él eternamente;
Y adonde si mis ansias no llegaren
A recoger sus últimos suspiros,
Mi corazon la angustia despedace [1].

1 Se van por la puerta del panteon.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

El teatro representa el panteon de la familia de Blanca, con puerta y escalera en el foro, que supone la entrada principal: otra á la izquierda, que comunica á la habitacion de Blanca; y otra á la derecha, que conduce al templo. Se verán varios sepulcros con inscripciones del nombre de Rossi: á la izquierda cerca del proscenio se ve el de Bautista, cuya losa estará entre abierta, y apoyada por el frente sobre una barra de hierro á la altura de una vara: al pie del sepulcro estará la armadura y manto de Bautista. La escena no tiene mas luz que la de una lámpara, que está suspendida en medio de las bóvedas. ALBERTO, *Nobles por la bóveda del templo.*

ALBERTO.

Cierta es la desventura, compañeros [1]:
Franca está de este seno pavoroso
La entrada en el palacio; á los reflexos
De esa pálida luz, abierta noto

1 El verso siguiente mirando á la puerta del foro, que está abierta.

La losa sepulcral. ¡Oh Dios [1]!... ¡qué miro!
¡Las armas de Bautista.... sus despojos....
Destrozados, sangrientos...! ¡oh barbarie!
¡Oh caudillo infeliz! miéntras nosotros,
Perdida la ocasion de la venganza,
Por la ciudad vagamos presurosos
En busca de Genaro, la perfidia
Ha consumado el crímen: ya en el fondo
De la tumba abismóse para siempre
La exîstencia del héroe valeroso:
¿Cómo pudo lograr la tiranía
Poner fin á su vida, cielos? ¿Cómo
El bárbaro Acciolino ha descubierto
En nuestro daño á su rival glorioso?
Yo observé desde el templo á ese tirano
Girar errante de este sitio en torno;
Vi á sus parciales profanar la entrada
De esta sacra mansion, y rezeloso
Prevenir se custodie este palacio
Contra las intenciones de Leopoldo.
A buscaros entónces me apresuro:
Mas ¡oh desgracia! ¿Para qué os convoco?
¿Para ver en la muerte de Bautista
El triunfo del tirano y nuestro oprobio?
¿Quién duda que Acciolino ha descubierto

1 Se acerca al sepulcro de Bautista, y reconoce su armadura y manto.

Nuestra conspiracion? Se perdió todo:
Vendidos estarémos; de Genaro
El destino se ignora; mas nosotros
Venderémos bien caras nuestras vidas
En el último trance.... Pasos oygo [1].

ESCENA II.

DICHOS, GENARO *por la puerta del templo.*

ALBERTO.

He aquí el momento. ¿Quién?

GENARO.

Fieles amigos,
Yo soy; no rezeleis.

ALBERTO.

¡Tú del furioso
Acciolino estás libre! Di, Genaro,
¿A quién la vida debes?

GENARO.

A Dios solo:
Él me reserva á ser el instrumento
De su eterna justicia.

ALBERTO.

¿De qué modo,
Si el infeliz Bautista....

1 Rumor dentro.

GENARO.

Fui testigo
De su bárbara muerte: entre el asombro,
Entre el dolor mi corazon recuerda
Temblando el espectáculo horroroso.
Apénas á las puertas de este alcázar
Volví, quando admirado desconozco
Las guardias que lo cercan; sus aceros,
A que penetre en él, fuéron estorbo.
Indago en el umbral por qué me impiden;
Y en tanto que me observan silenciosos
Con semblante feroz, veo en el atrio,
De las hachas al brillo luminoso,
Conducir á Bautista desarmado
Por los viles ministros del encono.
Allí darle la muerte resolviéron
Los infames verdugos; valeroso
Bautista se defiende largo tiempo
Con los esfuerzos de su brazo heroyco:
Yo viendo su peligro inevitable
Me afano por llegar; grito.... socorro;
Ruego, amenazo, gimo; y todo en vano:
A mis lamentos y á mis quejas sordos
Esos tigres lográron oprimirlo,
Y á mi vista uno de ellos, mas furioso,
Con un puñal el pecho le atraviesa:
La sangre salta en humeante arroyo
Sobre el vil asesino, que se goza

En ver el espectáculo espantoso:
Cayó Bautista exânime; y su cuerpo
Arrastráron crueles con oprobio
Hácia este panteon: horrorizado,
Del palacio las puertas abandono,
Y por el templo hasta este sitio llego
Respirando venganza; yo la imploro,
Y el momento se acerca de lograrla.
Acciolino perezca; cayga el monstruo
Destrozado á la vista de esta tumba:
Vuestras espadas de su pecho odioso
Se bañen en la sangre, que brotando
Sobre este pavimento ante mis ojos
Sirva para calmar la triste sombra
De un caudillo infeliz y virtuoso.

ALBERTO.

Todos perecerémos, si á ese impío
No logramos rendir; bastantes somos
Para la empresa; amigos, no esperemos
Los parciales, á quienes cuidadoso
Fue á convocar por la ciudad Genaro;
Pues dilató su ausencia nuestro enojo,
Y por ella Bautista ha perecido.
Pero si en este sitio pavoroso
Hemos de aniquilar á ese malvado,
Indícanos, Genaro, de qué modo.

GENARO.

Aquí vendrá buscando su castigo:

A los guardias oí, que rezeloso
De estar obedecido, de Bautista
Quiere ver el cadáver lastimoso;
Vosotros en las bóvedas inmensas
De este lóbrego sitio, cautelosos
Os podeis ocultar; yo prevenido
Observaré si llega el alevoso [1]
A esa entrada, la sola que él conoce:
Si por ella desciende, yo animoso
Repetiré, Acciolino, y á su nombre,
Que es la señal de muerte que dispongo,
Le asaltareis intrépidos, dexando
En leves piezas su cadáver roto.
Para que las tinieblas no malogren
Nuestra venganza, algunos de vosotros
Por la puerta del templo prevenidos
Con hachas, á mi voz estareis prontos.
Quando haya perecido, gritarémos
Libertad, y asaltando valerosos
Sus guardias con las armas en la mano,
Sembrarémos el susto y el asombro
En la ciudad: entónces sus esfuerzos
Entre la confusion y el alboroto
Unirán á los nuestros, los que ahora
Esperan de la empresa el feliz logro.
Bazano, libertada por sus hijos,

1 El verso siguiente señalando la puerta del foro.

Cobrará en breve su esplendor glorioso;
Y el cuerpo de Acciolino destrozado,
Revolcado en su sangre y en el polvo,
A las plantas de Blanca arrastrarémos;
Porque consiga en su mortal ahogo
Templar con la venganza las angustias,
Que sufre por la muerte de su esposo.

ALBERTO.

¿Acaso sabe Blanca que Bautista
Ha perecido?

GENARO.

Alberto, yo lo ignoro;
Ni sé cómo ha logrado su existencia
Descubrir el tirano; pero todo
Lo sabremos despues. Fieles amigos,
No perdamos un tiempo tan precioso
En vanas discusiones.

ALBERTO.

A vengarnos:
Pero nuestro furor debe á Leopoldo
La vida perdonar.

GENARO.

Él compasivo,
Fuera de estas murallas, cuidadoso
Para hallar el cadáver de Bautista
Del sol espera el astro luminoso.

ALBERTO.

Pues está léjos del comun peligro,

No dexemos con vida en el destrozo
Ninguno de los bárbaros verdugos,
Despues que á nuestros golpes cayga el mons-
Parte, Genaro. (truo.

GENARO.

Sombras inmortales
De los valientes Rossis, si mis votos
Penetran la morada del sepulcro,
Prestad á nuestros brazos el heróyco
Valor con que otro tiempo defendisteis
Vuestra abatida patria: y tú [1], glorioso
Espíritu del héroe que lloramos,
Acepta la venganza que dispongo [2].

ESCENA III.

ALBERTO, *Nobles.*

ALBERTO.

En tanto que el momento se avecina,
Retiraos, amigos, y estad prontos
A la voz de Genaro [3]. ¡Infeliz Blanca!
Yo contemplo su estado lastimoso;

1 Lo que sigue mirando al sepulcro de Bautista.

2 Se va por la puerta del templo con dos de los nobles.

3 El resto de los nobles se retira detras de los sepulcros.

Quizá ignora la muerte de Bautista;
O la llora en secreto. Rumor oygo [1]
En la bóveda obscura que conduce
Hasta su habitacion.

ESCENA IV.

ALBERTO, BLANCA, FELICIA, *aquella apoyada en los brazos de esta, el cabello suelto en el mayor desórden y abatimiento; ambas salen por la bóveda que conduce á su habitacion.*

FELICIA.

¡Oh qué espantoso
Sitio!

ALBERTO *aproximándose.*

¿Quién va, quién es?

BLANCA.

Alberto, amigo,
La desgraciada Blanca.

ALBERTO.

En tu socorro
Los nobles y tu padre....

BLANCA.

¿Acaso vive?

ALBERTO.

Sí: nuestras esperanzas en él solo

1 Rumor dentro.

Consisten; él dispone la venganza
Que la ocasion perdida....

BLANCA.

Lo sé todo.
Tarde será; bien tarde.

ALBERTO.

¿Pues acaso
De Bautista el destino....

BLANCA.

No lo ignoro:
Pereció por salvar la triste vida
De su misera esposa.

ALBERTO.

¡Por tí! ¿Cómo?

BLANCA.

Mis abatidas fuerzas no permiten
Que ahora repetir pueda el horroroso
Orígen de mis penas. Vete, amigo;
Y dexa que á la sombra de mi esposo
Mi llanto se consagre.

ALBERTO.

Tu peligro
En este panteon....

BLANCA.

Ninguno corro:
Estos frios sepulcros me aseguran.

ALBERTO.

Si te hallase tu padre....

BLANCA.

Será corto
El tiempo de mis lágrimas; si vuelve
Antes que calme mi dolor penoso,
A su voz yo te ofrezco retirarme.

ALBERTO.

En fe de esa palabra no te estorbo [1].

ESCENA V.

BLANCA, FELICIA.

BLANCA.

Heme en tu seno al fin, mansion sagrada
De la eterna quietud, donde el reposo
Termina los tormentos. ¡Ah! mis plantas
Agoviadas del peso del oprobio
Y la afliccion apénas me sostienen:
¡Ay Felicia! este seno tenebroso,
Este sacro silencio de la tumba,
Que asusta á los mortales, reconozco
Que alivia mi dolor; él es conforme
A este recinto triste y pavoroso.
Cara amiga, en él yace para siempre
El héroe ilustre, cuya sombra adoro;
Y en él mi corazon viene á ofrecerle

1 Se va por donde los nobles.

Mis angustias, mi llanto y mis sollozos.

FELICIA.

¿Tan poco puede mi amistad contigo,
Que desprecias mi ruego afectuoso?
¿Por qué empeñada en aumentar tus penas,
Renovarlas intentas en el fondo
De este lúgubre sitio? Por dos veces [1]
Entre las densas sombras de ese ignoto
Camino de la muerte, desmayada
Te sostuve en mis brazos cariñosos;
Te vi casi espirar; pero al cobrarte
No sirviéron mis súplicas de estorbo
A tu funesto amor: ¡ah! retrocede
Amiga; que aun es tiempo; vamos pronto
Léjos de estos horrores; ¿qué consigues
Con que su vista aumente tus ahogos?

BLANCA.

Siento que me consuela; sí: mis fuerzas
Renacen por momentos; sin apoyo [2]
Puedo mover mis plantas vacilantes.

FELICIA.

¿Adónde vas?

BLANCA.

No temas. Ve aquí el trono [3]

1 El verso que sigue señalando á la bóveda por donde saliéron.

2 Se separa de Felicia, y se adelanta en la escena.

3 Señalando los sepulcros del foro.

De la virtud; la tumba; ¡oh qué felice
Descansa en ella el hombre virtuoso!
Mis nobles ascendientes, que lo fuéron,
En una eternidad ya son dichosos:
Y yo vivo.... ¡ay de mí! porque mi vida
Espera conseguir el triste gozo
De ver difunto á quien amé constante,
Y despues espirar.

FELICIA.

¡Cielos, qué oygo!
¿Y es ese tu designio? ¿Y que pretendes,
Cruel, executarlo ante mis ojos?
¿Qué se hizo tu valor? Di ¿qué se hiciéron
Los sentimientos puros, religiosos,
Que el Dios, que te ha formado de la nada,
De tu obediencia exîge? Desconozco
Tu virtud: ya no es Blanca la heroina,
Que mis cuidados mereció amistosos;
La desesperacion entró en su pecho:
Por ella busca el medio criminoso
De acabar con la vida su desgracia,
Usurpando al Eterno de este modo
El supremo poder.

BLANCA.

Felicia, cesa;
Yo tiemblo; yo me humillo ante su trono;
Él ve mi corazon: á sus decretos
Sabios, incomprehensibles ya me postro,

Y ofreciéndole humilde mis angustias,
Él este error perdonará piadoso.

FELICIA.

Sí hará; pero volvamos.

BLANCA.

¿Dónde, amiga,
Dónde estaré segura, si no logro
Estarlo en este sitio? Ya en la tierra
No hay para mí defensa: sin apoyo,
Sin amparo, sin fuerzas; tú lo sabes,
Y en fin, cara Felicia, sin esposo.

FELICIA.

¡Infeliz!

BLANCA [1].

De esa luz á los reflexos
En esta obscuridad ya ven mis ojos
La urna adorada que mis ansias buscan.

FELICIA *interponiéndose.*

No te acerques, espera.

BLANCA.

¿Aun este corto
Alivio has de impedirme? Cruel Felicia,
Déxame por piedad.

FELICIA.

Mira que estorbo,
Que tu dolor la muerte te apresure.

1 Acercándose al sepulcro de Bautista.

BLANCA.

No; te engañas, amiga; de este modo
Consolaré mis penas; y te juro,
Que miéntras no peligre mi decoro,
No atentaré á mi vida. Tú sin duda
No has amado jamas; pues si no ¿cómo
Fueras tan inhumana? Si me impides
La vista de ese objeto lastimoso,
Me verás espirar.

FELICIA.

¡Desventurada!
No puedo resistir [1].

BLANCA [2].

Estos despojos....
Mi corazon de nuevo se estremece.
¡Ah! suyos fuéron... Sí. ¡Gran Dios [3]! Yo toco
En ellos con horror su helada sangre.
Mira, Felicia, en la armadura el roxo
Esmalte de sus venas.

FELICIA.

¡Oh infelice!

BLANCA.

No hay duda; mi dolor llegó á su colmo.

1 Se aparta.

2 Acercándose al sepulcro reconoce la armadura de Bautista.

3 Cogiendo el manto.

FELICIA.

Blanca, si de este sitio no te alejas,
Yo te dexo.

BLANCA.

¿Y qué importa tu abandono,
A quien todo en la tierra lo ha perdido [1]?
¿Son estas las delicias, tierno esposo,
Que en tus brazos pensó la triste Blanca
Gozar miéntras viviese? ¿Es este el solio
De la fe conyugal? ¡Qué! ¿serán estos
Los eternos laureles victoriosos
Con que pensabas coronar tu frente?
¿Qué se hizo el aparato, qué el adorno
De las pompas de Marte? ¿Qué se hiciéron
Tus virtudes, tu amor?.... ¡ay! todo, todo
Despareció como fugaces sueños.
¡Oh ilusiones del bien, que en vano lloro!
¡Oh esperanzas mentidas de fortuna
Fuisteis por siempre! Víctima del odio
Yace el héroe de Italia, y á mis quejas,
A mis lamentos en la tumba sordo,
Descansa; y yo respiro.... y yo no puedo
Con el fuego animar de mis sollozos
La vida que en un tiempo fue la mia [2].
Helado mármol, que insensible toco,
Enciéndete en la llama de mi pecho;

1 Volviéndose al sepulcro.
2 Se arrodilla junto al sepulcro.

Yo te abrazo; tú encierras mi tesoro;
Vuélmelo, cruel; sí; yo te pido
Mi cara prenda, vuélveme mi esposo [1].
¡Mísera! Yo deliro. Es una piedra;
No puede enternecerse; ni tampoco
Puedo morir sin ofender al cielo.
¿Esperaré cobarde, que á mis ojos
El bárbaro Acciolino se presente
A exîgir con la fuerza mi desdoro?
¿Podré por su violencia deshonrada
Pasar mis dias en perpetuo oprobio?
No será.... no será. Blanca, la muerte
Primero, que toleres de ese aborto
Infernal los halagos, ni aun la vista:
No triunfará jamas de mi decoro.
Óyeme, sombra amada; fui tu esposa;
No quebrantará Blanca el tierno voto
De su fe conyugal, hasta que logre
Unirse á tí en el seno del reposo.

FELICIA.

Su dolor me penetra; vamos, Blanca.

BLANCA.

No; déxame. Ya siento que recobro
Para ver su cadáver mis esfuerzos.

FELICIA *mirando á la puerta del foro.*

¡Qué resplandor! ¡qué estruendo!

1 Se levanta.

ESCENA VI.

DICHAS, ACCIOLINO, *dos guardias con hachas.*

ACCIOLINO *baxando.*

Falta solo
Hallar á Blanca; vamos.

GENARO *dentro.*

Acciolino.

BLANCA [1].

Acciolino.... la muerte.

FELICIA.

¡Oh Dios! Socorro.

ACCIOLINO [2].

Mi nombre.... aquel lamento....

ESCENA VII.

DICHOS, ALBERTO *y Nobles con las espadas desnudas. Por la puerta del templo* GENARO *y dos Nobles con hachas.*

ALBERTO.

Infame, tiembla.

1 Al nombre de Acciolino vuelve la cabeza, lo ve, se inclina dentro del sepulcro, separa la barra que sostenia la losa; esta cae, y muere.

2 Suspenso en medio de la escena. Felicia inmediata al sepulcro.

ACCIOLINO.

Traydores....

FELICIA.

¡Ah! favor.... Socorred todos
A Blanca, que perece.

GENARO.

¡Qué he escuchado!
Hija mia.... ¡qué miro!.... Venid pronto,
Levantemos la losa [1].

ACCIOLINO *en ademan de querer irse.*

Estoy vendido....
Ella muere.

ALBERTO *impidiéndole la salida.*

Detente, horrible monstruo,
No has de salir con vida de este sitio.

GENARO.

No hay remedio; espiró. Ya está en su rostro
La muerte impresa. ¡Desgraciada hija!
¡Padre desventurado!

ACCIOLINO *observando á Blanca.*

Sí; el hermoso
Objeto de mi amor y mis rencores
Inanimado yace.... yo.... ¡qué asombro [2]
Hiela mi corazon!.... Bautista.... tente.
¡Qué horror!.... tu sombra veo.... reconozco

1 Genaro y nobles sacan á Blanca del sepulcro; queda en brazos de su padre.

2 Horrorizado, creyendo ver la sombra de Bautista.

Las sangrientas heridas de tu seno....
¡Oh vista!... ¡oh crímen! .. Implacable esposo...
¿Señalas su cadáver y el sepulcro?...
No soy la causa.

GENARO *á los nobles.*

¿A qué esperais vosotros?
Esta víctima ved; su sangre corre
Por libertar su honor de ese furioso.
El cielo con prodigios lo amenaza;
Cúmplase su castigo [1].

ACCIOLINO *á los nobles.*

No, alevosos,
Este puñal [2], que cometió el delito,
Es á quien toca la venganza solo [3].

1 Los nobles hacen ademan de acometer á Acciolino
2 Saca el puñal que quitó á Blanca.
3 Se hiere, y cae muerto.

ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

Advertencia.....Pág. *1*
Saul. *Escena trágica unipersonal*..... *9*
Safo. *Drama trágico en un acto*..... *23*
Florinda. *Tragedia en tres actos*..... *57*
Blanca de Rossi. *Tragedia en cinco actos*. *131*

ERRATAS DEL TOMO SEGUNDO.

Pág.	*Lin.*	*Dice*	*Léase*
27	4	¿Tú le nombrabas?.....	¿tú no le nombrabas?
38	6	El momento.....	el monumento.
40	6	Mi patria y mi nombre.....	mi patria y nombre.
67	4	Dada treguas.....	daba treguas.
70	20	Y si acaso Egilona.....	y si acaso á Egilona.
75	8	¿No has perdido.....	¿No ha perdido.
85	6	Con que la suerte.....	en que la suerte.
123	1	Falta medio verso de Florinda que dice.....	conmigo descortes..
133	20	Virtud, desgracia.....	virtudes, gracias.